El tiempo en el que fuimos libres

NOEMÍ QUESADA

El tiempo en el que fuimos libres

Noemí Quesada

Sinopsis

Los Gestores del Tiempo han llegado a la Tierra para quedarse. En el año 2075 el dinero ha dejado de existir y la nueva moneda de cambio es el querido y preciado tiempo, algo que siempre hemos creído nuestro. Rainbow y Adam se conocen en dos mundos muy diferentes, aunque en realidad es el mismo. Él no contempla la vida sin disfrutar de un bombón de chocolate, una película de culto o la música, placeres que están penados al considerarse innecesarios para vivir. Ella no concibe gastar sus unidades de tiempo en algo que traspase los límites de los Gestores. Pero, entonces, Rainbow descubre la otra cara del mundo o, más bien, Adam se la enseña, y las preguntas comienzan a aparecer. Junto a ellas, la necesidad de respuestas. ¿Somos realmente libres si coaccionan nuestra capacidad de elección? ¿Puede el amor superarlo todo?

«No somos el tiempo que tenemos, sino lo que hacemos con ese tiempo»

Título original: El tiempo en el que fuimos libres

Copyright © Noemí Quesada, enero, 2023.
Diseño de cubierta: Roma García.
Sello: Independently published.
ISBN: 9798365673137
® Todos los derechos reservados.

Los hechos y personajes relatados en este libro, aunque parten de la realidad, son puramente ficticios o fruto de la imaginación. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.2170 y siguientes del Código Penal).

La propiedad intelectual de una obra literaria, artística o científica corresponde al autor por el solo hecho de su creación (art. 1TRLPI). Está integrada por derechos de carácter personal y patrimonial, que contribuyen al autor la plena disposición y el derecho exclusivo a la explotación de la obra sin más limitaciones que las establecidas en la ley (art. 2 TRLPI).

“Todos los descubrimientos verdaderos surgen del caos, son resultado de dirigirse hacia lo que parece incorrecto y ridículo y tonto.”

Chuck Palahniuk

“A todos nos llega un momento en la vida en el que se nos escapa de las manos el control que nos mantiene cuerdos. La mayoría intentamos recuperarlo. La mejor forma de luchar contra el caos es con más caos.”

Emily Vancamp

NOTA DE LA AUTORA

Era mediodía, estaba sacando a pasear a mi perro y esa misma noche estaba previsto el cambio de hora. Había que adelantar el reloj y perder así una hora del día. Le mandé un audio a alguna amiga quejándome de lo mucho que odio el cambio de hora, preguntándole cuándo se suponía que lo iban a dejar fijo en el horario de verano. Fue cuando me pregunté qué pasaría si de repente alguien decidiera jugar con el reloj, restar o sumar horas a un día, a un año, a una vida. Fue así, pensando en unos posibles Gestores del Tiempo que se hacen con el control de todo, como esta historia comenzó a brotar. Pasaron meses hasta que me sentí preparada para ponerla en marcha, necesitaba tener muchos puntos claros antes de comenzar a escribir, pero, como siempre, me dejé llevar conforme los personajes y ese nuevo mundo fueron cobrando vida. La disfruté tantísimo que una parte de mí se ha quedado impresa junto a ellos o, quizá, son ellos los que se han quedado grabados en mí.
Sea como fuere, deseo que la disfrutes tú también.

Feliz lectura.
Noemí Quesada.

Tiempo sin tiempo

Preciso tiempo, necesito ese tiempo
Que otros dejan abandonado
Porque les sobra
O ya no saben qué hacer con él
Tiempo
En blanco, en rojo
En verde
Hasta en castaño oscuro
No me importa el color
Cándido tiempo
Que yo no puedo abrir y cerrar
Como una puerta
Tiempo para mirar un árbol, un farol
Para andar por el filo del descanso
Para pensar qué bien hoy no es invierno
Para morir un poco y nacer enseguida
Y para darme cuenta
Y para darme cuerda
Preciso tiempo el necesario
Para chapotear unas horas en la vida
Y para investigar por qué estoy triste
Y acostumbrarme a mi esqueleto antiguo
Tiempo para esconderme
En el canto de un gallo
Y para reaparecer en un relincho
Y para estar al día
Para estar a la noche
Tiempo sin recato y sin reloj
Vale decir preciso
O sea necesito
Digamos, me hace falta
Tiempo sin tiempo

Mario Benedetti

El tiempo en el que fuimos libres

Noemí Quesada

PARTE I

1

Esa es la vida que tenemos

«El mundo, tal y como lo conocíamos, había cambiado».

La abuela siempre repetía esta frase. A veces lo hacía sin más, a modo de oración. Otras, lo hacía como ritual antes de comenzar a contarme uno de sus peculiares y variados cuentos que, más tarde comprendí, no eran más que la cruda realidad. Mi madre la reprendía. No quería que me metiera esas ideas en la cabeza, pero a mí me encantaba escucharla. Ahora sonrío al recordarlo, aunque por entonces me enfadaba ante la tozudez de mi madre y no comprendía a qué se debía tanta discusión.

—Mamá, no empieces de nuevo con tus historias para no dormir.

—Estas historias la prepararán para el día de mañana. ¿Acaso piensas que puedes mantenerla para siempre en esta burbuja?

—Solo es una niña, mamá. No necesita más preocupaciones de las necesarias. Tiene una familia que la ama y la quiere, tenemos un techo donde dormir. Sus necesidades están cubiertas.

—Por ahora. Espera a que empiece a hacerse preguntas, a querer explorar todo cuanto hay ahí fuera. Te arrepentirás de no haberla preparado.

—¿Qué pretendes? ¿Que la aliste junto al resto de niños para que le den formación profesional? ¿Enseñarla a luchar con tan solo seis años y que forme parte del ejército? Tú te has encargado de enseñarla a leer y escribir, tiene los conocimientos necesarios, y cuidando del huerto tiene una tarea que la mantiene ocupada. No es esa la vida que

quiero para ella.

—Esa es la vida que tenemos.

—Pues quizá…

Mi madre se mordió el puño con rabia y comenzó a llorar sin que yo comprendiera el por qué. Decidí meterme en la cama sin que la abuela me contara su cuento esa noche. No entendía qué pasaba, pero sabía que estaban discutiendo por mi culpa.

Mi madre tenía razón, fui una niña feliz. Al menos, hasta que empecé a comprender que los cuentos de la abuela no eran solo cuentos. Viví en una burbuja hasta que empecé a preguntarme qué había más allá de ese bosque que rodeaba nuestra casa. Las preguntas, hasta entonces dormidas por la inocencia de la niñez, me avasallaron con el comienzo de la adolescencia. ¿Había más gente o éramos solo nosotros? ¿Era el bosque tan peligroso como mi madre decía o había algo más que me estaban ocultando, tal y como contaba la abuela? Sus cuentos empezaron a tomar forma en mi mente recién despierta y se volvieron reales. La cáscara de huevo en la que me encontraba hasta ese momento se resquebrajó y quedé expuesta a la realidad.

La realidad no era lo que había vivido hasta entonces en la tranquilidad de un hogar junto a mi madre y la abuela. La realidad era que había todo un mundo allá fuera que yo desconocía por completo y que me moría por descubrir. La abuela también tenía razón en eso. En cuanto descubriera la verdad, ya no podrían pararme.

"Tu madre acababa de cumplir los dieciséis años cuando sucedió. Llevábamos mucho tiempo escuchando advertencias, alertándonos de que el mundo estaba al borde del colapso. Los llamaban catastrofistas, sembradores del miedo, locos dementes. Resultó que tan solo fueron unos visionarios. La Tierra se había vuelto en nuestra contra. Sequías que duraban años, terremotos, heladas históricas… Y eso tan solo fue el principio. Lo realmente duro fue cuando los recursos empezaron a escasear. Comida, agua, luz. Cosas básicas que hasta entonces habíamos tenido al alcance de nuestra mano sin parar a preguntarnos de dónde salían, se estaban agotando. Llegaron las primeras guerrillas, cundió el pánico, el caos estaba servido. Tuvimos que adaptarnos rápidamente a una

locura para la que no estábamos preparados, y nosotros lo hicimos huyendo hacia la casa de campo, lejos del bullicio de la ciudad. Eso fue lo que nos salvó. Cuando llegaron los Gestores del Tiempo todo fue a peor. Ese fue el principio del fin. Se adueñaron de todo y de todos. Nos hicieron sus esclavos. Y el dinero, algo tan banal y codiciado que dominaba el mundo, dejó de existir. La vida de cualquier persona se basaba en el dinero. Tener, ganar, conseguir, crecer, ascender, comprar, adquirir, generar, multiplicar… Incluso eso dejó de tener sentido y me sentí muy defraudada. Nos habían educado para alcanzar metas, hacer algo grande, tener un buen trabajo, un mejor nivel de vida. Resultó que todo era mentira. El dinero no servía para nada. Cuando la vida se reduce a la pura supervivencia, todo lo que no sea seguir vivo deja de importar. Pero había más. Fuimos unos ingenuos al pensar que el caos ya había alcanzado su tope con la desaparición del dinero, hasta ese punto estábamos cegados. Cuando los Gestores del Tiempo instauraron su nuevo sistema de monedas en base a unidades temporales, ahí sí, comprendimos que no teníamos ni idea de lo que era la vida. Resultó que lo más preciado que siempre habíamos tenido y que erróneamente habíamos dado por hecho, era el tiempo. Ni las propiedades, ni los éxitos o las comodidades, ni los placeres mundanos y, ni mucho menos, el dinero. Siempre había sido el tiempo. Y tuvieron que llegar ellos para que lo descubriéramos".

La abuela y mi madre sufrieron el cambio de mundo. Tuvieron que esconderse, adaptarse a la nueva sociedad que se había instaurado. Se aislaron en su casa de campo e iban cambiando de sitio cuando había redadas para evitar ser descubiertos. Por lo visto, a Los Gestores les llevó bastantes meses hacerse con el control de toda la población. Los agentes barrían las zonas de manera continua, pero se centraban sobre todo en los núcleos de población más grandes, como pueblos y ciudades. Gracias a eso pudieron ocultarse durante un tiempo. Gracias a eso, año y medio después, nací yo.

En una de las múltiples discusiones entre la abuela y mi madre me enteré de que mi madre se quedó embarazada de mí con tan solo diecisiete años. En medio del caos que se había formado, mi madre se refugió en los brazos de un chico del que nunca más volvió a saber, y

semanas más tarde se enteró de su estado. En aquellas circunstancias traer un niño al mundo era algo impensable, así que mi madre quiso deshacerse del problema. Sabía que era lo más sensato, que tener un hijo no le traería nada bueno, pero no tuvo el valor para hacerlo. Me alegré de aquello y le di las gracias. Ella lloró, pues no podía quitarse el peso de la culpa de encima, pero yo jamás le reproché nada. La comprendí de una forma dolorosa al saber en qué se había convertido el mundo, lo joven que era ella, que el chico aquel, mi supuesto padre, nunca volvió a dar señales de vida. Quizá, si nadie me hubiese contado nada de cómo era la vida en la antigüedad, yo habría crecido pensando que esa forma de vivir era normal. Al fin y al cabo, ¿qué es normal y qué no? Nacemos en una sociedad, nos educan y preparan para vivir en ella y nosotros nos adaptamos. Sin preguntas, sin cuestionar nada más allá de lo básico. Quizá habría sido mejor, pero estaría ciega. Sin los cuentos de la abuela yo no podría comparar, no tendría perspectiva ni juicio ni capacidad de comprender. Sin esos cuentos yo no sería más que otro ciego en una nueva sociedad.

La verdad siempre es la mejor opción. Y la verdad es que no somos dueños de nuestro tiempo. Cuando me di cuenta de eso fue cuando mi mundo realmente se derrumbó.

"*Aprendimos a base de errores en qué consistía el nuevo mundo. Aprendimos que los Gestores del Tiempo, esos seres superiores y poderosos que nadie sabía de dónde habían salido, tenían el poder absoluto sobre nosotros. Las lenguas decían que venían de otro planeta, que pertenecían a una secta con poderes secretos o que habían viajado hasta aquí desde el futuro para salvarnos de nosotros mismos. Supongo que nunca lo sabremos, pero me quedo con la última opción… Como ya te he contado, la sociedad estaba desatada, La Tierra estaba muriendo poco a poco, o más bien, nosotros la estábamos matando, así que ellos se hicieron con el control. En mi época había un refrán que decía que lo más preciado que tenemos es el tiempo. ¿Sabes?, escuchas tanto ese tipo de frases que algunas dejan de tener sentido. Pero lo era. Y en cuanto empezaron a racionarlo, nos dimos cuenta. Nuestros días tenían veinticuatro horas; siempre era así. Daba igual lo que ocurriera en tu familia o en la otra parte*

del planeta, que todos contábamos con veinticuatro horas antes de volver a empezar un nuevo día. Era algo inamovible… hasta entonces. Los Gestores del Tiempo comenzaron a restarnos unidades de cada día, como un castigo a raíz de lo que ellos consideraban inadecuado. Las reglas eran sencillas.

Regla número uno: por delitos mayores como asesinatos o violaciones, tu tiempo se reducía drásticamente provocándote la muerte instantánea.

Regla número dos: por delitos menores como reyertas, hurtos o allanamientos, te restaban veinte unidades del día.

Regla número tres: por sucumbir a los placeres básicos, cinco unidades menos.

Era fácil no matar. Era fácil no entrar en conflictos. Pero lo difícil, ay, querida, lo más difícil era, precisamente, lo más sencillo.

En su sociedad modelo no había cabida para ningún tipo de disfrute corporal o sensorial. Ellos consideraban que nuestra misión en el planeta era trabajar para mejorarlo, por lo tanto, nada que no contribuyera a eso estaba permitido. Te estoy hablando de comida, de arte, de cine y literatura. Te estoy hablando de las cosas por las que realmente merece la pena vivir. Nos quisieron convertir en robots con un sistema de premios y castigos de lo más eficiente. Ante una conducta ejemplar, si formabas parte de su ejército, si eras el ciudadano perfecto, tu tiempo permanecía intacto. Por el contrario, si rompías alguna de sus tres únicas reglas, tu tiempo se reducía.

Pasaron casi cuatro años hasta que dieron con nosotros, fue cerca de tu segundo cumpleaños cuando ya no pudimos eludir los continuos rastreos. Pensábamos que nos obligarían a alistarnos, que tendríamos que separarnos, pero no fue así. Ellos no obligaban, sino que querían que cada uno tomara sus propias decisiones. Pero yo me pregunto, ¿qué es el libre albedrío ante la coacción? Nos inocularon a todos algún tipo de tecnología para tenernos controlados y saber qué hacíamos en cada momento. Era una cárcel al aire libre. Lo único que nos pertenecía eran nuestros sentimientos y pensamientos, esos seguían siendo absolutamente nuestros. Podías ser un degenerado con una mente enferma que, mientras te comportaras según sus normas, no tendrías problema. En cambio, podías ser una persona excelente, pero como sucumbieras a cualquier placer terrenal y humano, estabas perdido. ¿Sabes lo que pasa cuando reducen tu

tiempo día tras día? Que envejeces mucho más rápido. Que la muerte siempre anda un poco más cerca. Había un refrán que me daba repelús, pero que no podía ser más acertado: el sueño es primo hermano de la muerte. Y eso era lo que hacían. Cuando tu día terminaba, fuera con las unidades que fuera, te inducían el sueño hasta que el reloj comenzaba de nuevo a contar".

2

Una vez que la venda se cae, se queda en el suelo para siempre

Recuerdo la primera vez que perseguí a escondidas a mi madre a través del bosque para acompañarla a comprar comida. Tan solo hacía unos días que se me había caído la venda de los ojos y ya no era una niña a la que podían entretener con cualquier cosa. Quería salir de la cabaña, traspasar el bosque y ver qué había más allá. Recuerdo la primera vez que vi la ciudad, las calles, los edificios, las personas. Había vida más allá del bosque, todo un mundo desconocido y atractivo que se me hacía impensable. No podía creer que todo aquello siempre hubiese estado allí. ¿Por qué me lo habían ocultado? ¿Qué clase de persona deja que su hija crezca pensando que el mundo se reduce a su familia y su cabaña? ¿Cómo pude creerlas sin cuestionar nada? Estaba furiosa, muy enfadada y dolida, pero me pudo mucho más la curiosidad. La primera vez que pisé una tienda de alimentación fue un momento clave en mi vida. Me quedé atónita junto a la puerta mientras trataba de comprender lo que estaba viendo. Mi cerebro, hasta entonces adiestrado y convencido de que tan solo contábamos con cierto tipo de alimentos, sufrió una sobrecarga. En aquel lugar había una extensa variedad de comida que jamás habría imaginado. La mayoría no la conocía, pero era lo más llamativo que había visto nunca. Recuerdo que mi madre me llevaba de la mano por los diferentes pasillos a toda prisa mientras yo miraba todo con los ojos y la boca abiertos de par en par. Fue toda una explosión de colores, de olores, todo un deleite y una nueva necesidad. Quise probarlo todo, pero, obviamente, no podía.

—Hija, todo esto está prohibido, son cinco unidades por cada cosa.

No se te ocurra jamás tocar nada. Además, no lo necesitamos. Mira qué mayor te has hecho sin necesidad de nada de esto. Es tu vida la que está en juego.

Necesidad. ¿Qué son las necesidades ante la posibilidad de disfrutar de algo solo por el simple placer de hacerlo?

Aquella primera vez en la tienda de alimentación no pude atender a las advertencias de mi madre, no conseguí pronunciar palabra. Solo miraba y miraba mientras mi mente explotaba. Más tarde, cuando regresamos a casa, salí del trance y dejé salir el potente conflicto que se estaba tejiendo dentro de mí. Reproché a mi madre y a la abuela su decisión de no haberme contado nada. Grité, pataleé, lloré hasta agotarme. Amenacé con irme de casa, de hecho, lo hice en varias ocasiones, pero cuando llegaba a la pequeña plaza que había al otro lado del bosque, el miedo me invadía y volvía más enfadada todavía, si acaso eso era posible. No solo tuve que lidiar con la adolescencia, sino con la enorme verdad que se me había venido encima. Nadie tiene derecho a ocultar algo tan grande a otra persona, ni siquiera una madre, y así se lo hice saber. Quizá fui demasiado dura con ella, ya que la convertí en el foco de todos mis reproches y más tarde llegué a negarle incluso la palabra, pero ella siempre se mantuvo impertérrita, firme en sus convicciones y parca en palabras. Poco a poco, a base de explicaciones de la abuela, fui comprendiendo todo un poco más, aunque jamás llegaría a estar de acuerdo con lo que hicieron. Una vez más, la abuela tuvo que hacer el trabajo duro conmigo.

—Pero… si todo esto está prohibido, ¿por qué no lo eliminan? —le pregunté cuando ya empezaba a ser capaz de razonar.

“Era su forma de torturarnos, la parte más difícil y la más sencilla, como ya te he contado. Querían que todo ese tipo de placeres instantáneos e innecesarios estuvieran al alcance de nuestra mano, que nosotros mismos nos obligáramos a no sucumbir a ellos. Debían de saber mejor que nosotros mismos que los seres humanos somos débiles y que la fuerza de voluntad no es una de nuestras mejores cualidades. Echo especialmente de menos el azúcar y todo lo que ello conlleva. Galletas, chocolate, bizcochos, tartas… Mataría por un trocito de tarta de queso o uno de esos pastelitos de limón

con merengue… Créeme, es mejor que nunca hayas probado nada de todo eso porque es demasiado difícil vivir sabiendo lo que es y que nunca más podrás degustarlo. Pero, al fin y al cabo, nada de eso es necesario, por lo tanto, es prescindible".

—Te traeré una cosa, abuela. Tú solo dime qué prefieres y yo la compraré.

—¿Estás loca, niña? Si se entera tu madre que has dicho eso ya puedes darte por castigada. Yo también me llevaré un buen rapapolvo por haberte metido mis ideas tontas en la cabeza.

—No son ideas tontas, abuela, además, no se enterará. Tú ya eres muy mayor, pero yo tengo mucho tiempo por delante y puedo sacrificar cinco unidades por ti. Es más, quiero hacerlo. ¿Será nuestro secreto?

—Escúchame bien, pequeña necia, tú no tienes nada y mucho menos, tiempo. ¿Es que nos has aprendido nada? Nuestro tiempo es de ellos, no nos pertenece y no puedes malgastarlo por unas onzas de chocolate. Me matarás de un disgusto si te veo aparecer con algún alimento prohibido. Por favor, prométeme que jamás quebrantarás la tercera regla. Eso es lo que quieren, ¿sabes? Quieren que pequemos para después castigarnos. No les des la satisfacción.

Sin embargo, nadie queda inmune después de haber descubierto un nuevo mundo. Mis ideas, mis pensamientos y deseos, esos que eran lo único que realmente me pertenecía y que seguían siendo la única libertad que se me permitía, ya no eran tan fáciles de doblegar. Saber que teníamos al alcance de nuestras manos todas las posibilidades tan solo hacía que quisiéramos tenerlas. Mi mundo se había convertido en un deseo insatisfecho y nada quema más que el anhelo.

Después de eso, llegó el adoctrinamiento por parte de mi madre y la abuela. Yo me estaba convirtiendo en una adolescente rebelde en un mundo nuevo y no había cuerdas suficientes para amarrar mi creciente curiosidad. Mi madre llevó la voz cantante en la enorme lista de prohibiciones, aunque la abuela la secundaba en todo. A esas alturas yo ya sabía que mi madre era quien tenía la última palabra y que a la abuela no le quedaba otra que obedecer. Ella siempre había

sido una rebelde, sus cuentos lo dejaban más que claro, pero de algún modo, no sé muy bien en qué momento, mi madre se convirtió en la madre de las dos y su palabra era la que más valía. Fui consciente en ese instante de la autoridad de mi madre, de sus estrictos límites, de su control sobre nosotras. Yo ya no era una niña, ya no hacía falta disfrazar nada, así que se convirtió en lo que siempre había sido, solo que ya no era necesario esconderlo. Mi casa era una especie de prisión y mi madre tenía todas las llaves. Hasta que crecí. Hasta que descubrí de qué iba la historia. Hasta que se dio cuenta de que, si quería tenerme atada, literalmente tendría que hacerlo.

"Niña, no puedes hacer caso a tus instintos. Sé de lo que hablo, yo también fui una adolescente rebelde, pero hay que adaptarse y, lo más importante, sobrevivir. Llevamos mucho tiempo viviendo tranquila y cómodamente en esta casa. Tu madre se ha esforzado mucho por conseguir todo esto que tenemos y no puedes llegar ahora tú y estropearlo todo solo por una subida de hormonas. Además, yo moriré dentro de poco y os quedaréis solas. Ella se está haciendo mayor y tú pasarás a convertirte en el pilar de esta familia. Ya sabes cómo funciona, un trabajo te genera unidades de tiempo, las que necesitas para vivir en una casa, tener agua corriente, luz y alimentos básicos. Todo lo demás corre de tu cuenta. Tienes que ser fuerte, tienes que vivir bajo las normas que hemos creado, esas que te hemos inculcado desde siempre y las que nos han mantenido vivas hasta ahora. Prométemelo. Prométeme que serás buena, que no desobedecerás a tu madre. Sabré si lo haces porque estaré vigilándote desde el más allá y te saldré en forma de fantasma para asustarte. ¡No te rías! Siempre he querido vagar como un fantasma para ver qué hace la gente en sus casas"

Ella siempre con sus cuentos, sus ideas locas y disparatadas. Le hice la promesa, claro que se la hice, pero la abuela me conocía lo bastante bien como para saber que no estaba siendo sincera.

Durante mi niñez, cuando yo conocía del mundo solo lo que me contaba mi madre, la abuela se encargó de enseñarme la realidad en forma de cuentos para abrirme los ojos. Después, cuando mis ojos y mi

mente ya estaban más que abiertos, trató de volver a cerrarlos. Pero ella sabía tan bien como yo que aquello era un imposible. Una vez que la venda se cae, se queda en el suelo para siempre.

3

¿Es tu primera vez?

Fueron unos meses duros. Meses de cuestionarme todo, de preguntar sin obtener respuestas satisfactorias, de inspeccionar con miedo las zonas a las que se me permitía llegar. Resultó que la tienda de alimentación no era lo único que me hacía babear y quedarme pegada al cristal con cara de lela. Descubrí las bibliotecas, los cines, las tiendas de música, los centros de estética, las flores y todo un sinfín de cosas supuestamente innecesarias pero de lo más llamativas. Cada día volvía a casa con más y más preguntas que mi madre se negaba a responder. Era la abuela la encargada de darme la información a cambio de la promesa de no adquirir jamás ese tipo de productos.

Mi sistema de creencias y toda la estructura de mi cerebro se desmoronaban y se volvían a reconstruir con el paso de los días. Yo había nacido y me había criado sin tener nada de todo eso. Mi madre y la abuela vivían sin ese tipo de lujos penados. Entonces, ¿por qué me llamaban tanto la atención? ¿Qué tenían? ¿Cómo podían ser tan atractivos para conseguir que hasta soñara con ellos sin conocerlos? Existe un tipo de anhelo más poderoso que aquel que se fragua después de una pérdida. Es el anhelo por algo que jamás has tenido y que, sin embargo, deseas con todas tus fuerzas. Ese deseo puede consumirte hasta el punto de enloquecer. Y después de varios años de tratar de controlarme, de luchar conmigo misma, de negarme todo cuanto deseaba, de llorar, de enfadarme con el mundo y con mi familia, eso fue lo que pasó. Enloquecí. Esa era la única explicación para lo que estaba a punto de hacer.

—Abuela, no vuelvas a decir que este es tu último cumpleaños.

Siempre dices lo mismo, y mírate, un año tras otro aquí estamos, celebrando que seguimos juntas.

—Esta vez lo digo de verdad. Cumplo noventa y seis años y sé que mi tiempo se ha agotado. Cuando duermo… mis sueños son… Ya paso más tiempo allí que aquí. Sé que va a suceder dentro de poco y tienes que estar preparada.

—Mamá, por favor, ¡deja de asustar a la niña!

—No la estoy asustando y ya no es una niña —gritó contrariada—. ¡Ya ha cumplido los veinte! Deja de tratarla como tal o acabarás perdiéndola. La verdad, Hellen, es más poderosa que cualquier tipo de miedo o coacción.

—El miedo y la coacción son lo que nos mueve hoy en día y lo que nos mantiene vivas.

—Por suerte yo ya no lo estaré mucho tiempo más.

—¡Mamá!

—¡Es la verdad! Ya no puedes callarme con tus amenazas. Si voy a morir quiero decir todo cuanto tenga que decir antes de irme.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? Últimamente estás imposible.

Había llegado un momento en que mi madre trataba a la abuela como a una niña. Había sido progresivo, pero comenzaba a ser incómodo. La abuela estaba en sus cabales pese a sus noventa y seis años, pero ya no tenía fuerzas para seguir fingiendo que todo lo que ordenaba mi madre le parecía bien. Al principio eran pequeños gestos, palabras sutiles cargadas de aspereza. Poco a poco se fueron convirtiendo en desafíos en toda regla que mi madre capeaba como podía, la mayor parte de las veces, tratándola de loca. La abuela odiaba que le dijera que estaba perdiendo la cabeza. Eso le hacía gritar y gruñir como yo nunca había visto y, muy a su pesar, darle la razón a mi madre. Realmente parecía que estaba perdiendo el norte, pero yo sabía bien que no era así. Ella y yo siempre habíamos tenido una conexión especial y me dolía ver cómo, los que ella decía que eran sus últimos días, se los pasaba peleando y sufriendo. Su espíritu rebelde había estado doblegado demasiado tiempo y quiso resarcirse en su final.

Temí acabar como ella. Temí dejar pasar mi vida sin pena ni gloria,

bajo el yugo del miedo, para descubrir en mi final que no había valido la pena.

Fueron muchas las veces que visité las tiendas de alimentación con la intención de entregar mis primeras cinco unidades. Quería conseguir un pastelito para la abuela, como regalo de cumpleaños. Sabía que restar solo cinco unidades no sería el fin del mundo, que podría vivir con ello, pero tenía demasiado miedo. Las dos me habían advertido hasta la saciedad sobre ello y la abuela especialmente me recalcaba el hecho de que, una vez se empieza, ya no se puede parar. No quería convertirme en una adicta incapaz de controlarme y acabar con mi vida en la mitad de tiempo. Había tantísimas cosas por probar y por hacer que si tan solo quisiera pecar con cada una de ellas una sola vez… El precio era demasiado alto, inasumible. Pero era la abuela, era su último cumpleaños, posiblemente, y quería darle ese placer, por si acaso era el último.

Aquella mañana, mientras mi madre trabajaba en el hospital, salí de casa decidida a quebrantar, por primera y única vez, la tercera regla. Lo había pensado mucho, me había mentalizado. Con cada visita a las tiendas me sentía más preparada para romper la ley, pero yo no era una chica a la que le gustara transgredir y crear una revolución. Compartía ese espíritu con la abuela, pero solo como una ilusión. A la hora de la verdad, tuve que admitir que yo era más como mi madre, una persona que prefería vivir cómodamente sin meterse en líos. Era una buena opción, la única válida en ese nuevo mundo, pero… De nuevo el deseo, el anhelo, el miedo.

Me encontraba frente a los enormes expositores de tartas, pasteles y todo tipo de dulces variados. Creo que los habría reconocido aunque no hubiesen estado esos luminosos carteles gigantes anunciando su presencia, hecho que los hacía todavía más tentadores. El olor era delicioso, algo salido de un lugar superior, como una droga irresistible que te hacía salivar solo con pensar cómo sería tenerla en la boca. Se veían brillantes, jugosos, suaves al tacto, esponjosos. Algunos eran como espuma, endeble pero consistente. Otros parecían cascadas de líquidos chorreantes, densos… Casi podía degustarlos. Traté de imaginar cómo sería vivir en un mundo en el que todo aquello no

estuviese prohibido. No me extrañó que, tal y como me contaba la abuela, la sociedad de su época hubiese enloquecido. Demasiado a lo que sucumbir, toneladas de estímulos al alcance de cualquiera sin ningún tipo de norma, la locura de querer todo y nunca encontrarte saciado. Habría sido otro tipo de tortura muy diferente.

Me costó decidirme entre la tarta de queso y los pastelitos de limón. La abuela había nombrado muchas cosas a lo largo de los años, pero el recuerdo de esos dos dulces siempre la hacía salivar y cerrar los ojos regodeándose en aquel placer tan añorado. Finalmente, me decanté por la tarta de queso. El aspecto que tenía era insuperable y algo me decía que el queso estaría más rico que el limón. ¿Cómo saberlo? Alargué la mano. Ya había visto cómo funcionaba en las numerosas visitas anteriores con mi madre. Agarrabas un alimento y automáticamente pagabas con tus unidades. Era algo instantáneo y tan solo un leve pitido mecánico te confirmaba que se había conformado la transacción. Alargué la mano un poco más, casi lo podía rozar, pero me temblaban los dedos, estaba hiperventilando y tenía más miedo que nunca. ¿Y si no era capaz de hacerlo? ¿Y si empezaba y ya no podía parar?

—¿Es tu primera vez?

Se me escapó un grito al escuchar aquella voz masculina que provenía de detrás de mí. Lo primero que pensé fue que me iban a detener, a expensas de que yo sabía que no era así como funcionaba, pero el miedo es algo irracional y yo temí por mí en ese instante.

—Vale, no hace falta que contestes, por tu cara me queda claro que es tu primera vez.

El chico me sonrió. Yo quise salir corriendo, pero mis piernas estaban tan paralizadas como mi capacidad de razonar.

—Tranquila, técnicamente todavía no has hecho nada. La primera vez no es fácil…

El chico se colocó a mi izquierda y comenzó a deslizarse, casi como si estuviera bailando, entre todos los mostradores con una enorme sonrisa. Parecía estar pensándose muy bien qué iba a elegir de entre todo aquello y, mientras tanto, me lanzaba miradas intermitentes cargadas de provocación. ¿Sería uno de ellos? ¿Quería alentarme para

que lo hiciera?

—Bombones —dijo al fin sin dejar de sonreír—. Mira que hay donde elegir, pero es que me pierden estas pequeñas bolitas rellenas.

Agarró una bolsita y la lanzó al aire antes de volver a cogerla para llevársela a la nariz. El pitido de su transacción ni siquiera le sobresaltó cuando yo sentí que casi me quedaba sin aliento.

—Hoy de almendra. ¿Quieres que te ayude con lo tuyo?

Conseguí negar con la cabeza, pero las palabras estaban atascadas.

—Me llamo Adam. ¿Y tú?

Yo solo quería llorar de puro pánico. Nunca había interactuado con nadie más allá de mi familia y la gente con la que me cruzaba por la calle, mucho menos había mantenido una conversación con un desconocido.

—Vale, estás al borde del colapso. Salgamos a tomar el aire.

El chico me llevó con él a la calle. Posó su mano en mi brazo y me empujó con suavidad junto a él. Parecía saber mejor que yo qué era lo que necesitaba, porque el aire fresco me vino de fábula.

—A ver, estás en tu derecho de no decirme tu nombre, pero me gustaría saberlo. Igual podría adivinarlo, pero ¿cuántas probabilidades tengo? Ni siquiera sé calcular algo así. Siempre he pensado que Abby es nombre de rubia. ¿Amy? ¿April? Como ves, todos empiezan por la misma letra… Igual es que no tengo demasiada imaginación.

Adam hablaba de una forma despreocupada y relajada contrastando de pleno conmigo. Nos habíamos sentado en un banco frente a la tienda. Hacía un increíble día soleado en el que el frío apenas importaba si los rayos de sol rebotaban directamente en tu cara haciendo brillar todo cuanto tocaban. Él jugueteaba con la bolsa de bombones como si nada, como si no fuera un alimento prohibido, como si él fuera el dueño de aquel pecado. Técnicamente lo era, porque había sacrificado cinco unidades por aquello, pero había algo más.

—Antes has dicho «hoy de almendra». Es que… ¿haces esto muy a menudo?

—No, no, no… Primero me tendrás que decir tu nombre. No contesto preguntas de una desconocida y seguirás siéndolo a menos

que sepa cómo te llamas.

—Oh, claro, perdona. Soy…

¿Me estaría metiendo en un lío? ¿Decir mi nombre a un desconocido era cruzar el límite? Nunca me habían advertido sobre ello, pero había tantas normas que ya era imposible saberlo.

—Venga, tu nombre a cambio de un bombón. ¿Has probado alguno? Espero que no seas alérgica a los frutos secos —se rio como para sí mismo.

Abrió la bolsa y me tendió uno. Estaban envueltos en un papelito brillante de color rojo, a juego con la bolsa.

—Una bolsita de cinco bombones por cinco unidades. No es un mal cambio… ¿Piensas cogerlo?

—Debería marcharme.

—¿Qué? ¡Venga! Te estoy regalando un bombón y te acabo de librar de un ataque de pánico. Solo es un nombre. Y puedes inventártelo si quieres, total, no me voy a enterar.

Después de decir eso sacó un bombón del envoltorio y se lo llevó a la boca como si aquello fuese lo mejor del mundo. Realmente lo parecía. No quise interrumpirlo mientras lo saboreaba con los ojos apretados, frente al sol, con las manos apoyadas en el banco y el cuerpo ligeramente recostado. No le daba ningún pudor estar cometiendo aquel delito en plena calle; es más, parecía sentirse orgulloso. Fue algo casi obsceno.

—No entiendo cómo puedes estar haciendo algo así —le dije mientras lo mirada embobada.

—Yo no entiendo cómo tú puedes no estar haciéndolo, Ashley.

El dulce olor proveniente de su boca me embriagó, pero traté de reponerme.

—¡No me llamo Ashley! —exclamé entre risas.

—Para mí sí. Acabo de decidirlo en este preciso instante.

Seguí contemplándole y sonreí. De algún modo hizo que confiara en él lo justo para no salir huyendo. Puede que fuera un error de los grandes, pero me había caído bien y no podía dejar de mirar cómo se relamía con el maldito bombón. El sol hacía brillar su cabello oscuro. Lo llevaba despeinado, ni corto ni largo; al menos, esa fue mi

impresión. Era alto, tez ligeramente bronceada, ojos castaños. Fueron sus labios lo que más llamó mi atención. Eran carnosos, perfectamente perfilados y estaban jugosos por la mezcla de saliva y chocolate. Nunca había visto nada igual aunque, para ser honesta, no había visto gran cosa.

—Me llamo Rainbow.

—Rainbow —paladeó de una forma parecida a como había hecho con el bombón—. Ese no lo habría adivinado jamás. ¿Vas a aceptar ahora mi regalo?

—Será mejor que no.

—¿Me estás tomando el pelo? —se carcajeó.

—Yo no como de eso. Además, es tuyo, es tu tiempo, no podría aceptarlo.

—Está bien, Rainbow. Es lícito. ¿Qué me dices? ¿Necesitas ayuda ahí dentro o te lo has pensado mejor?

Adam hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la tienda. No estaba preparada para volver a entrar.

—Será mejor que me marche. Ha sido… ha sido una mala idea.

—¿Seguro? A veces esas son las mejores.

Volvió a sonreír de esa forma despreocupada mientras elevaba las cejas con picardía y yo pensé que aquel chico estaba loco de remate. ¿Cómo podía vivir así?

Me puse en pie y comencé a caminar lentamente sintiendo sus ojos clavados en mi espalda.

—¡Oye, Rainbow! —gritó cuando ya nos separaba cierta distancia haciendo que me girase con precaución—. ¡Encantado de conocerte!

Asentí tímidamente y seguí mi camino sintiendo que el suelo que pisaba ya no estaba tan firme como lo había estado siempre. No me equivoqué.

4

Me encantaría asumir ese riesgo

—¿Dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto?

—Tranquila, abuela, solo estaba paseando.

Me miró con recelo, pero decidió creérselo. A mí de repente me invadió la tristeza por no haber sido capaz de conseguir ese trozo de tarta para ella. ¿Por qué me resultaba tan difícil? Adam había dicho que la primera vez lo era, pero para él parecía algo tan fácil que no entendía cómo podía tratarse de la misma cosa.

Me pasé el día haciéndole compañía y pidiéndole que me contara alguno de sus numerosos cuentos. Quizá podría recabar algo más de información o, por lo menos, mantendría la mente ocupada sin pensar en el misterioso chico devorador de bombones. No lo conseguí. Mucho menos cuando fui a acostarme y descubrí que había algo en el bolsillo de mi abrigo. El ruido del papel me paralizó y no me hizo falta sacarlo para saber lo que era. ¿Cuándo lo había puesto ahí y cómo no me había enterado? Con una lentitud pasmosa admiré la perfecta esfera que tenía entre mis dedos. Me lo acerqué a la nariz y olfateé curiosa y, también, muerta de miedo. Tenía en mis manos un alimento prohibido y no me había costado ninguna unidad. Quise devorarlo de inmediato, pero algo me dijo que probar aquello sería mi perdición. No sé de dónde saqué la fuerza para hacerlo, pero lo guardé debajo de mi colchón con la intención de deshacerme de él al día siguiente.

No pude hacerlo. Ni siquiera después de una semana. Lo que sí hice fue volverme adicta a olerlo cada noche antes de irme a dormir. Sentía que portaba bajo mi humilde colchón algún tipo de caja de Pandora, que el mundo entero se vendría abajo si yo sucumbía a ese

pecaminoso placer. Sentía que era un regalo envenenado, pues si mi madre o la abuela lo encontraban, me metería en un buen lío. Sin embargo, aquel bombón me dio fuerzas para volver después de unos días a la tienda de alimentación. Mi propósito seguía en marcha y pensaba conseguirle a la abuela una porción de tarta de una vez por todas. No lo conseguí. Tampoco la siguiente vez que fui ni la siguiente, ni la siguiente. Las dudas, el miedo y la frustración me estaban volviendo loca.

En una de mis múltiples y fallidas visitas volví a encontrármelo. Estaba de nuevo frente al mostrador de dulces y pasteles plenamente concentrado en su elección. Volvió a coger una bolsita de bombones, lanzándola al aire primero, y después salió de la tienda con aire triunfante. Yo estaba sobrecogida, no entendía cómo podía hacer algo así, mi cabeza no comprendía ese tipo de comportamiento y quizá por eso me atraía tanto. Decidí armarme de valor e imitar sus gestos. Simplemente me acercaría al mostrador, cogería una porción de tarta de queso como si fuese algo que solía hacer con normalidad y saldría de allí sin dar más vueltas. Solo era un pequeño gesto, alargar la mano, prensar los dedos y ya sería mía. Estaba a punto de hacerlo cuando, de nuevo, me sobresalto su voz.

—No me lo puedo creer. ¿Todavía sigues así?

Escondí la mano tras mi espalda como si me hubiesen pillado robando. Así era como me sentía.

—Vamos, Rainbow, ¡no es tan difícil! A ver, primero dime, ¿estás segura de tu elección? Porque tienes mucho donde escoger y sería una pena desperdiciar tus primeras cinco unidades con algo que no te gustara. Aunque la tarta de queso está deliciosa, es casi imposible que eso ocurra.

—Yo solo… estaba mirando.

—Llevas mirando demasiado tiempo. Yo sabes que yo apuesto por el chocolate, pero la tarta de queso también es una gran elección. ¿Te gustó?

—¿Cómo dices?

—¡El bombón! Te lo metí en el bolsillo sin que te dieras cuenta. Un regalo es un regalo y no se puede rechazar. ¿Qué te pareció?

—Yo… a decir verdad…

—No me lo puedo creer. ¡No lo has probado! —exclamó sorprendido con una leve sonrisa—. No solo me siento defraudado y dolido, también muy triste. Me estoy imaginando al pobre bombón solo y abandonado en algún rincón oscuro de tu casa y se me parte el alma. ¿De dónde te has escapado?

—¡Eso mismo me gustaría saber a mí! ¿De dónde has salido tú? —le dije un tanto mosqueada por sus certeros comentarios.

—Yo siempre he vivido en Kansas City. Tú no eres de por aquí, ¿me equivoco?

—Nos mudamos hace un tiempo, mi madre va cambiando de trabajo según la necesitan. —Intenté darle una respuesta ambigua, todavía no sabía si podía fiarme de él—. Es enfermera.

—Entiendo. ¿Es para ella el trozo de tarta? Si no has sido capaz de comerte un bombón no creo que te aventures a adentrarte en el extenso mundo de las tartas.

—Es para la abuela. Fue su cumpleaños y quería hacerle un regalo, pero…

—Pero tienes demasiado miedo.

Asentí avergonzada. Aquel chico que no me conocía de nada no paraba de dar en el clavo una y otra vez.

—Venga, va, la cogeré yo por ti. ¡Pero me debes una! —me advirtió con una enorme sonrisa.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes!

—Vamos, Rainbow, no puedo seguir viendo cómo te debates de esa manera. Tu abuela se merece ese regalo y tú también deberías probar un poco.

—Ni hablar. ¡No pienso dejar que hagas algo así!

—Pues siento contradecirte, pero creo que voy a hacerlo.

—No.

—Mira, ya estoy alargando los brazos. ¡Yo no quiero, pero son ellos que tienen vida propia! —se reía mientras a mí me daba un patatús.

—Adam, te lo suplico, no lo hagas.

—¿Tarta de queso a la de una?

—¡Para!

—¿A la de dos?

—¡Te juro que como la cojas te las tendrás que ver conmigo! —le dije en un alarde de falsa valentía.

—Me encantaría asumir ese riesgo.

Adam me miró como si mi amenaza no fuese más que un divertido reto y agarró la porción de tarta.

—Y a la de tres. Tarta de queso para la señorita Rainbow.

Lo había hecho. Había cogido la porción y yo no podía dar crédito. El pitido que se llevó sus cinco unidades me hizo llevarme las manos a la cara.

—¿Qué has hecho? ¡Estás loco!

—¡Solo es un trozo de tarta! Y tu abuela va a llorar de felicidad. Créeme, ha merecido la pena.

—Pues siento decepcionarte, pero eso no va a ocurrir porque no pienso aceptarla —me crucé de brazos para reafirmar mi negativa.

—Ay, venga, primero el bombón y ahora esto. Te pienso perseguir hasta tu casa y entregársela yo mismo si hace falta.

—No vas a hacer eso.

—Pues cógela —me la tendió junto a su habitual sonrisa.

—Te he dicho que no. Además, ni siquiera te conozco, ¿por qué lo has hecho?

—La historia de tu abuelita me ha conmovido y todos necesitamos a alguien que nos dé un empujón de vez en cuando.

—Pues ha sido un error y mucho menos necesito que nadie me empuje.

—Rainbow, son mis unidades, puedo hacer lo que quiera con ellas, pero no me gusta desperdiciarlas. Ten por seguro que, de una forma u otra, tu abuela va a comerse este trozo de tarta.

—Yo diría que sí que te gusta desperdiciarlas. No se me ocurre otro motivo para lo que haces.

—¿Lo dices por los bombones? Eso no es desperdiciar, créeme. Valen cada unidad que cobran por ellos. Lo sabrías si los hubieras probado. Pasa igual con los libros, la música… Joder, los cabrones nos han quitado lo mejor.

—¿También consumes eso? —le pregunté sorprendida.

—No tanto como me gustaría, pero claro que sí. Y no soy el único, ¿qué sentido tiene, si no?

—¿Sentido? ¡Nada de lo que haces o dices lo tiene!

Adam se tomó unos segundos para respirar antes de contestarme. Yo también los necesitaba.

—Tiene el sentido que tú quieras darle y no pienso ser esclavo de nadie. Seguro que no has visto una peli de lo más antigua que se llama Braveheart. Su frase estrella es… Espera, esto tengo que hacerlo fuera o no quedará igual de bien.

Sin darme tiempo para reaccionar me cogió de la mano y me sacó a rastras de la tienda, hasta el banco donde nos sentamos la primera vez. Se subió encima de él, sujetando con las manos en alto los bombones y la tarta, y mirando al cielo gritó:

—¡Puede que nos quiten la vida, pero jamás nos quitarán la libertad!

Después comenzó a reír y se dejó caer en el banco como si nada hubiera pasado ante mi mirada desencajada.

—Es oficial, estás loco de remate.

—Bueno, eso no voy a negártelo. ¿Un bombón? Estos dorados son de caramelo —elevó las cejas repetidas veces antes de llevarse uno a la boca.

—¿Quieres dejar de tentarme? No quiero nada. Gracias por el gesto, pero tengo que irme.

—¡Otra vez no! Me aburro mucho, ¿sabes? Y tú eres lo más interesante que me ha pasado últimamente. Dame un poco de bola…

—Lo siento, pero no pienso participar en esto.

Adam resopló cabizbajo, pero acto seguido se puso de pie de un salto.

—Está bien, pasa de mí y de mis tonterías, pero llévale el trozo de tarta a tu abuela. Te arrepentirás toda la vida si no lo haces.

—No puedo, es demasiado.

—Rainbow —Adam se acercó a mí y me agarró por el cuello del abrigo. Estaba tan cerca que pude sentir su aroma, su calidez, su aliento de chocolate—, te aseguro que pienso dejar ese trozo de tarta ahí, sobre ese banco, para que se lo coman los pájaros.

—No harías algo así.

—¿Quieres hacer la prueba? Cógelo.

—Te he dicho que no.

—Pues bien, será para el primero que pase —dijo depositándolo sobre el banco—. Espero que duermas bien esta noche sabiendo que he sacrificado cinco unidades para nada.

—Yo no te lo he pedido, no has debido hacerlo. No puedes hacerme sentir culpable por una decisión tuya.

—Hasta la próxima, querida Rainbow. Algo me dice que nos volveremos a ver. —Me sonrió mientras caminaba de espaldas en dirección opuesta a mí.

Yo me quedé de pie, con los brazos en jarras, haciéndole frente y esperando a que él reculara. Pero eso no ocurrió. Adam desapareció y yo esperé junto al trozo de tarta hasta que comenzó a anochecer. Tragándome mi orgullo decidí coger la dichosa porción y encaminarme hacia mi casa maldiciendo y refunfuñando contra él. Era tal el enfado y el desconcierto que llevaba encima que casi no acierto a esconder mi secreto debajo del abrigo antes de entrar. Mi madre estaba esperándome junto a la puerta de lo más preocupada y tuve que aguantar como pude su interminable sermón. Yo solo pensaba en si la tarta se derretiría bajo mi abrigo o no. Por suerte, salió indemne de él.

5

Por el placer de las cosas prohibidas

A la mañana siguiente, en cuanto mi madre se fue, no me lo pensé un segundo. Tenía que aprovechar la oportunidad que Adam me había dado.

—Abuela, tengo un regalo para ti. Ya sé que tu cumpleaños ha pasado, pero… Antes de dártelo tienes que prometerme que guardarás el secreto.

—Ay, niña, ¿qué has hecho? Puedo verte los ojos de culpable incluso con mi mala vista.

—Ni siquiera he sido yo, ¿vale? No puedo decirte cómo, pero no he sacrificado unidades, así que, por esa parte, puedes estar tranquila.

—¿Tranquila? De todo menos eso. ¿Qué has hecho?

—Abuela, prométemelo. Que no se entere mamá o me matará.

—Espero que sea bueno y que no te hayas metido en un lío —me regañó apuntándome con el dedo.

—Yo espero haber acertado. ¿Estás lista? Cierra los ojos.

La abuela obedeció sin más provocando en mí una ternura desmedida. Sonreía mientras se daba golpecitos en las piernas de puros nervios.

—Puedes abrirlos. Felicidades.

La abuela lanzó sobre la porción de tarta la mirada más llena de vida que le había visto jamás. Fue como si hubiese rejuvenecido de repente, como si una inyección de vitaminas la hubiese recorrido entera. Después comenzó a llorar desconsolada.

—Pero, niña, ¿cómo se te ocurre? Si se entera tu madre nos mata. No has debido hacerlo, no hacía falta. No podría perdonarme que te ocurriera algo malo por mi culpa —gimoteó.

—Ya te he dicho que no he sido yo. Mis unidades siguen intactas y tú por fin vas a poder volver a saborear un trocito de tu querida tarta de queso. Espero que esté a la altura.

La abuela asintió convencida y se dispuso a llevarse un trozo a la boca.

—¡No te habrás acostado con nadie a cambio de esto!

—¡Abuela! ¿Cómo se te ocurre? —me reí a más no poder—. No te quiero tanto, ¿sabes?

—Menos mal, porque pienso chupar hasta el plato. ¿Estás lista? ¿Dónde está tu cuchara?

—No, tranquila, es tu regalo, entera para ti.

—De eso ni hablar. Lo haremos juntas o no lo haremos. Ay, hija, no quiero saber lo que has hecho para conseguirla, pero a mí me has hecho muy feliz.

—Me alegro.

La abuela se llevó un trozo de tarta a la boca y, efectivamente, tal y como Adam había vaticinado, lloró mientras lo saboreaba. Yo lloré mientras contemplaba su rostro arrugado henchido de felicidad.

—Te toca. No puedes seguir viviendo sin probar esto.

—¿Te das cuenta de que eso es justo lo contrario de lo que me decís siempre, de lo que lleváis repitiéndome toda la vida?

—Pues no deberías hacer tanto caso a nadie. La vida es para vivirla, no para sobrevivir a duras penas como hacemos nosotras. Hay que exprimirla y saborearla, como a este trozo de tarta —dijo llevándose otro pedazo a la boca.

—Voy a tener que darle la razón a mamá. Realmente estás perdiendo la cabeza.

—O estoy más cuerda que nunca, según como se mire. Y ahora, come. Es mi deseo de cumpleaños.

Me apuntó con la cucharilla hasta que me atreví a probar un bocado y, aun muerta de miedo, lo hice. La explosión de sabores en mi boca fue tal que, después de aquella tarta compartida en el más absoluto

secreto, ya nada fue igual.

Es curioso cómo, cosas que pensamos que pasarán por nuestra vida sin pena ni gloria, nos acaban marcando tanto. Cómo, lo que pensamos que será el drama de nuestros días, acaba quedando relegado al olvido. La primera vez que probé un alimento prohibido pasó a ser unos de esos recuerdos que puedes saborear cada vez que vuelves a ellos. Siempre recordaré aquel trozo de tarta como el más delicioso del mundo y, también, como el más amargo. Porque la abuela tenía razón, seguir viviendo después de probar algo así iba a ser mucho más difícil.

A continuación, comencé a hacerme preguntas acerca de los libros, de la música, del cine. ¿Realmente Adam veía películas? ¿Leía libros? Tenía que volver a verlo. No solo para hacerle todo tipo de preguntas, sino también para darle las gracias. Jamás habría pensado que un desconocido pudiera hacer algo tan bonito por mí.

Volví a la tienda de alimentación con la intención de volver a encontrármelo, pero no ocurrió de inmediato. Mientras paseaba por allí me dedicaba a memorizar la infinidad de productos prohibidos que había. Me gustaba observarlos detenidamente fijándome en cada detalle. Lo había convertido en una costumbre nada sana, pero que me entretenía como ninguna otra cosa.

—¡Boo! —susurró junto a mi nuca haciendo que se me erizara toda la piel.

—¡Me has asustado!

—Deberíamos de empezar a quedar en otro sitio, ¿no te parece? ¿Vas a coger algo o solo estabas mirando? Yo hoy solo he venido a mirar, no puedo propasarme. Si te soy sincero, también esperaba volver a verte. Necesito saber cómo acabó la historia de la tarta. ¿Vamos fuera?

Lo seguí hasta el mismo banco de siempre tratando de esconder una escurridiza sonrisa bajo mi abrigo. Cada vez me gustaba más ese chico.

—Me encanta el sol de invierno —exclamó mientras se deshacía de su cazadora—. Tú también te has dejado caer por aquí para ver si coincidíamos, ¿a que sí? Venga, dispara, ¿le llevaste el trozo de tarta a

tu abuela? ¿Probaste tú un poco?

Adam estaba recostado sobre el respaldo del banco. Tenía los ojos cerrados y las piernas estiradas, como si se negara a que una sola parte de su cuerpo se quedara sin sentir los rayos del sol. Mientras lo miraba embelesada me preguntaba cómo podía resultarme tan atractivo, cómo era tan diferente a mí, cómo era posible su estilo de vida. Adam era una jodida interrogación gigante. Eso es lo que era.

—Lo hice. Esperé un rato, por si aparecías, pero viendo que no... No pude dejarla ahí tirada, así que me la llevé.

—Buf, menudo alivio. ¿Y?

—La abuela lloró —le sonreí emocionada.

—Lo sabía.

—Y estaba deliciosa.

—¡Bien! Unidades bien empleadas, pues. —Me devolvió la sonrisa.

—Yo… quería darte las gracias. No lo hice en su momento; es más, me puse hecha una furia, pero no podía dejar pasar un día más sin agradecerte lo que hiciste por nosotras. No entiendo por qué lo hiciste, pero fue genial.

Adam me miró con el ceño fruncido, me mostró una sonrisa torcida que fue casi más espectacular que una completa y volvió a girar la cara hacia el sol.

—Acepto tus agradecimientos, pero me sigues debiendo una.

—Lo sé, por eso he traído esto. Espero que todavía se pueda comer después de tanto tiempo.

Saqué del bolsillo de mi abrigo el bombón que él me había regalado y se lo ofrecí.

—¿Todavía lo conservas? ¿Es que tienes superpoderes o qué? Ahora que lo pienso, sí que tienes nombre de heroína.

Me reí a carcajadas.

—¿Y cuál sería mi superpoder?

—La inmunidad al chocolate, obviamente.

—Eso no es un poder.

—Es un poder defensivo y no me vendría mal un poco.

—Toma, sigue siendo tuyo —volví a ofrecerle el bombón al ver que no lo cogía.

—Está bien… Yo no soy tan fuerte como tú.

Adam retiró el envoltorio rojo con parsimonia, como si se tratara de un ritual. Colocó el bombón entre sus manos y lo partió en dos trozos irregulares. Me dio el más grande.

—Es lo más justo. Y me encantaría que tu primera vez fuese conmigo.

Esa frase me dejó tan fuera de juego que no se me ocurrió otra cosa que coger el trozo de bombón. Estaba relleno con más chocolate y pequeños trocitos de almendra.

—Vamos, Rainbow, ¡se me está cayendo la baba!

—Voy, dame solo un segundo —le dije un tanto avergonzada por ser tan miedica.

—Por el placer de las cosas prohibidas.

Adam elevó su trozo de bombón y me sonrió antes de llevárselo a la boca. Gimió de placer, como un ronroneo suave y profundo. Supe al instante que yo también quería experimentar esa sensación, así que imité su gesto y procuré disfrutarlo al máximo. Jamás habría imaginado que un trocito tan pequeño de chocolate pudiese hacerme sentir tanto. Estaba completamente embriagada, como poseída por ese sabor dulce y delicioso. Cerré los ojos, me relamí, gemí extasiada y luego me regodeé un buen rato en el sabor que se esparcía por toda mi boca.

—Ha sido la reacción que esperaba. No, ha sido mejor que eso. Y muy sexy, a decir verdad.

Lo miré alterada y me cubrí con el abrigo sintiéndome de pronto más expuesta que nunca. Él se limitó a sonreírme.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo olvidarme de ellos?

—Me puedo hacer una idea.

Asintió visiblemente satisfecho.

—Rainbow, me ha encantado compartir esto contigo, pero tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—Algunos trabajamos, ¿sabes?

—Oh, ya, claro… ¿Dónde trabajas?

—Donde me mandan. Soy limpiador de espacios públicos.

Esa información me dejó sin palabras y no sabía por qué.

—¿Qué haces tú con tu vida?

—¿Yo? Pues… básicamente me dedico a mirar todos los productos de la tienda de alimentación.

Aquello nos arrancó una carcajada a ambos.

—Esa ha sido buena, pequeña Rain, pero, como mínimo, sabes leer, y deduzco de has tenido algún tipo de ocupación en todos estos años…

—Sé leer, escribir y muchas cosas más. Ventajas de tener una abuela que en un mundo anterior fue profesora. También tengo notables conocimientos de jardinería y cultivos. Soy la encargada del pequeño huerto que tenemos junto a mi casa. No tememos mucha variedad, solo verduras de hojas verdes de las que crecen solas, pero están repletas de vitaminas y van genial para la sopa—le contesté sabiendo que no era gran cosa pero orgullosa de ello.

—Hum, eso es interesante, hablaremos sobre ello, pero me largo ya. ¡Hasta la próxima! —exclamó mientras se ponía en pie.

—¡Espera! Tengo un montón de preguntas que hacerte, ni siquiera sé por dónde empezar.

Solo necesitó un segundo para contestarme.

—En este banco, cada miércoles por la mañana. Y sigues debiéndome una, no lo olvides.

Adam desapareció sonriente después de soltar aquello y yo permanecí sonriente durante un buen rato más sin ser capaz de moverme del sitio. Ese era uno de los muchos efectos que tenía sobre mí. ¿Otro efecto de los grandes? Por primera vez en mi vida quise buscarme un trabajo. Sabía que mi madre no aprobaría esa idea, así que aquella tarde volví a casa decidida a poner a la abuela de mi parte. Para mi sorpresa, apoyó mi decisión.

6

Siempre hay huecos por los que colarse

—Rainbow, no vamos a tener otra vez esta conversación. ¿Es que nunca te das por vencida?

—Eres tú la que debería aceptar de una vez por todas que necesito trabajar. Las tres lo necesitamos. Y, como dijo la abuela, debería haber empezado mucho antes.

—A la abuela ni caso que últimamente no sabe ni lo que dice.

—Pues yo la veo mejor que nunca. ¿Cuántos años llevas manteniendo esta familia? ¿Cuántos más piensas hacerlo? En algún momento tendré que empezar a contribuir y cuanto antes, mejor.

—Pero ya sabes lo que eso implica. En el momento que obtengas un trabajo tendrás que vivir en tu propia casa, pagar tus facturas, ser independiente y…

Mi madre estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Hacía tiempo que no tenía uno y no soportaba saber que era por mi culpa.

—Hellen, la niña tiene que hacer lo que tiene que hacer. Ya ha cumplido los veinte, le irá bien. Hemos criado a una chica responsable, ha sobrevivido a la adolescencia sin cometer ninguna tontería. No puedes pedirle más —intervino la abuela.

—Claro que puedo pedirle más. Es lo único que tengo y estoy en mi derecho de querer tenerla junto a mí. Podemos seguir viviendo así, como hemos hecho siempre; al menos, hasta que ya no quede más remedio.

—Sabes que eso no es posible. Bastantes años has disfrutado de su compañía desobedeciendo mis órdenes. No quisiste alistarla, la

criamos a escondidas, al margen de la sociedad. Las tres hemos sido una burbuja aislada y nunca hemos permitido que nada la rompiera.

—¡Pues así debe seguir siendo! —gritó fuera de sí.

—Mamá, escúchame. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. He tenido una infancia maravillosa junto a ti y junto a la abuela, pero ha llegado el momento de salir al mundo real. Y ella tiene razón, podéis confiar en mí.

—Pero… nos vas a dejar muy solas y…

—Vendré a visitaros cada día. Lo prometo.

Mi madre comenzó a llorar en silencio, como asumiendo que la decisión estaba tomada y que ya no podía hacer nada. Dejé pasar unos días en los que apenas me dirigió la palabra y de repente me dio la sorpresa.

—Te he conseguido trabajo en el hospital.

—¿De verdad?

—Como limpiadora. Es algo provisional y hay que ajustarlo en base a tus necesidades —dijo con expresión de disgusto—. ¿Estás segura de esto? Una vez que entres en el sistema ya serás suya para siempre.

—¿Acaso no lo somos ya?

Un par de días después acompañé a mi madre al hospital. La entrada en el sistema requería de mucho protocolo y, aunque fue tedioso, también me pareció alucinante. Mantuve por primera vez una conversación larga con alguien que no fuera mi familia o Adam. Por fin me adentraba en un edificio de la ciudad. Había paseado más allá de la tienda de alimentación y de la pequeña plaza que había en torno a ella, pero no me había atrevido a aventurarme yendo demasiado lejos. Había crecido al margen del mundo, aislada en absoluta soledad, y ver aquello me seguía produciendo un choque brutal. Durante mi infancia llegué a pensar que el mundo estaba prácticamente vacío, que no existía nadie más allá del bosque. Cómo pude estar tan ciega. Lo que más me impactó en su momento fue que, al contrario de lo que siempre había creído, el mundo estaba lleno vida, todo un batiburrillo de estímulos, personas, ruido y conversaciones. Recuerdo la primera vez que intenté hablar con alguien. Me detuve frente a una mujer cualquiera, llené mis pulmones de aire, la miré y… no pude. Me

desinflé, agaché la cabeza y volví a casa. En mí, el miedo siempre ganaba la batalla a la curiosidad.

La abuela ya me lo advirtió en repetidas ocasiones, pero jamás imaginé aquello. Una cosa es saber algo y otra muy diferente es comprobarlo con tus propios ojos.

"*La sociedad es parecida a la mía. Supongo que habrá cambiado algo desde que no salgo de aquí, pero, según me cuenta tu madre, todo sigue más o menos igual. La gente trabaja a cambio de algo. Antes era dinero. Trabajábamos para poder pagar una casa, un coche, la comida, facturas… La principal diferencia es que antes eras tú el que gestionaba todo eso. A veces no conseguías llegar a fin de mes, pero si lo hacías bien hasta podías ahorrar un poco y darte un buen capricho. Incluso había gente que viajaba de un país a otro solo por el mero hecho de conocerlo. ¿Ves la diferencia? Ahora ellos estudian tu situación y te asignan una casa en función a tus necesidades. Ajustan las horas de trabajo y las unidades para cubrir tus gastos esenciales y, a partir de ahí, cualquier capricho te cuesta tiempo de vida. Quizá, a ojos de un extraño, sin explicar nada de esto, esta vida y la anterior se verían prácticamente iguales. A decir verdad, lo único que daña la vista es la falta de vehículos, pero es de agradecer. Tanto humo, tanto ruido... ¿Te imaginas un mundo repleto de cacharros con ruedas que siempre iban pitando con prisas a todas partes? Quitar eso fue una buena idea, fíjate tú. Mis abuelos me contaban que en su época no todo el mundo podía permitirse un vehículo, así que tan solo fueron una moda pasajera y nefasta. Pero volviendo al tema, ahora comenzarás a trabajar para poder vivir. Serás una esclava más del sistema y espero por tu bien que sepas llevarlo. He dado la cara por ti delante de tu madre, pero tampoco quiero te marches*"

Los veintiuno era la edad límite para comenzar a trabajar. Los padres podían hacerse cargo de sus hijos hasta entonces, pero pasada esa barrera, les tocaba contribuir. Yo solo me estaba adelantando unos meses, tan solo era cuestión de tiempo. Todo lo era.

Me asignaron una casa pequeña y modesta a medio camino entre el bosque y la ciudad, aunque no pude verla hasta el día en que comencé

a trabajar casi un mes después. Tuve que leer muchos impresos, hacer un curso sobre limpieza de hospitales y dejar que modificaran lo que fuera que llevábamos en el cuerpo para tenernos controlados. Estaba asustada, pero, a la vez, tenía ganas de comenzar a vivir de verdad. Y me moría por contárselo a Adam. Fue lo primero que hice en nuestro primer miércoles.

—¿Vas a comenzar a trabajar antes de lo que te exigen?

—¿Cuándo empezaste tú?

—Cuando no tuve más remedio que hacerlo. Cumplí los veintiuno hace tres años.

—¿Y qué tal fue?

—Bueno… Al principio es la emoción de independizarte y eso, pero pasado un tiempo se vuelve muy monótono. Trabajas para poder pagar la casa y las facturas. Nada más. Es una sociedad esclava al cien por cien y me repatea ser parte de ella, pero aquí estamos. No podemos negar la realidad —dijo con la serenidad de quien ha aceptado por completo su destino.

—¿Y siempre funciona igual? ¿Nadie tiene una unidad extra para hacer cualquier cosa que no sea lo esencialmente básico?

—Lo que ellos consideran básico para sobrevivir —me corrigió—. Lo tienen calculado con exactitud. Otra cosa no, pero inteligentes son un rato.

—Entonces… Los bombones, las películas, todo eso corre de tu cuenta, pero ¿cómo lo haces? Quiero decir que estás sacrificando tu tiempo a cambio de un placer momentáneo… Te estás restando tiempo de vida.

—Rainbow, ¿qué es la vida, si no? La vida no puede ser solo trabajar, cubrir necesidades básicas y tratar de llegar lo más lejos posible sin sufrir ningún percance. Todavía no nos han convertido en robots y me niego a ser uno de ellos. Me gusta disfrutar y seguiré haciéndolo aunque tenga que entregar mi tiempo a cambio de ello. Si te soy sincero, me parece un buen trato.

—¿Cómo va a ser eso un buen trato?

—Porque nunca he pretendido llegar a vivir cien años. Prefiero vivir menos, pero tener algo interesante que contar, algún recuerdo

divertido en el que regodearme. Como que sacrifiqué cinco unidades de mi tiempo por una porción de tarta de queso para la abuela de una desconocida.

—¡Oh, ahora me siento incluso peor! —exclamé compungida llevándome las manos a la cara.

—Pueden obligarnos a vivir bajo sus normas, pero todavía nos queda la capacidad de elección. Siempre hay huecos por los que colarse, así tengas que pagar un precio. ¿Sabes?, todas las cosas buenas lo tienen y yo estoy dispuesto a pagarlo.

Me quedé de piedra ante aquella confesión. Efectivamente, Adam tenía asumido su destino, pero no era el que ellos le habían impuesto. Era el suyo propio, el que él había decidido. Comprendí el por qué de su actitud tan relajada, su serenidad ante la vida, los pequeños caprichos que se daba. Estaba en paz consigo mismo. Y no le asustaba la muerte.

7

¿Es que no piensas parar nunca?

Adam y yo fuimos forjando una bonita relación. Aunque solo nos veíamos un día a la semana y aquellos encuentros apenas duraban un par de horas, tenía la sensación de estar en buenas manos. No sé qué fue lo que hizo que me fiara de él. Quizá fue que siempre tuve tendencia a confiar en las personas. Confié en mi madre y en la abuela para forjarme una visión del mundo que solo era válida desde su prisma y luego descubrí que siempre había estado engañada. Lo hicieron para protegerme, eso lo sé, pero los hechos son los hechos.

Pude pensar que él estaba haciendo lo mismo conmigo, que tan solo me estaba enseñando su visión del mundo, sus ideas, pero jamás se me pasó por la mente algo así. De una forma extraña confiaba en él y cada vez ansiaba más volver a verlo.

—¿Algún consejo sobre limpieza? Ya debes de ser todo un experto.

—Me sigue haciendo gracia que vayas a trabajar de lo mismo que yo.

—Bueno, lo mío no será tan emocionante. Tú vas cambiando de lugar, pero yo no saldré del hospital. Se me va a poner cara de fluorescente —bromeé para tratar de ocultar mis preocupaciones acerca de aquello.

Había tenido la suerte de no necesitar nunca cuidados médicos más allá de los que podía ofrecerme mi madre. Rasguños, pequeños traumatismos, una torcedura leve de tobillo, algún dolor ocasional de oídos y poco más. Mi madre decía que a nadie le gustan los hospitales, y la primera vez que estuve en uno entendí por qué. Eran horribles. De imaginar que tendría que ir allí días tras día a limpiar, se me revolvía

el estómago.

—Pues tengo que decirte que los hospitales son chungos. Es fácil limpiar el resto de espacios, pero allí hay…

—¿Qué hay? —pregunté asustada.

—Fluidos. Corporales. Y asquerosos.

—Oh…

—No habías caído hasta ahora, ¿verdad?

Fue evidente que no ante mi falta de respuesta.

—Rainbow, puedes atrasarlo varios meses más, hasta tu cumpleaños. No tienes por qué hacerlo.

—Pero tendré que hacerlo.

—¿Y si tratas de encontrar otra cosa?

—¿Cómo qué? Nunca he sido alistada, no tengo ninguna capacidad, no me van a contratar en ningún sitio mejor. Suerte que mi madre ha podido conseguirme esto.

—Pues si estás decidida a hacerlo, será mejor que lo hagas bien. Te acostumbrarás rápido, ya verás.

Quise creerme sus palabras, no tenía alternativa. También quise desertar hasta tener oficialmente veintiún años, pero no podía hacerle eso a mi madre. Después de mucho insistir me había conseguido un trabajo y no podía dejarla tirada. Así que, con la llegada de una primavera igual de fría que el invierno, comencé a trabajar.

El primer día no me fue mal. No tuve que limpiar ningún gran desastre de fluidos, pude intercambiar algunas palabras neutrales con mis compañeros y, al terminar mi turno, pude conocer la que iba a ser mi casa de ahí en adelante. No tenía nada de especial respecto a las otras, pero era mía y eso me hizo sentir bien. Estaba ubicada en una zona residencial rodeada de casas idénticas, todas con la fachada en una mezcla de ladrillo rojizo y pintura blanca. Tenía una pequeña entrada con un par de escalones y estaban separadas entre sí por un delgado murete de ladrillo blanco. Me pareció preciosa. Yo venía de una cabaña en el bosque en la que el color principal era el marrón y el gris. Austera a más no poder, impregnada de humedad y con una cama en la que ya apenas cabía. Claro, me di cuenta de todo eso cuando pude comparar, porque hasta aquel instante la cabaña en la

que siempre había vivido me parecía lo más. Jamás pensé que la humedad fuera un impedimento, sino algo que simplemente estaba allí como otro huésped más, y ni hablar del tamaño de la cama. ¿Cómo es que nunca me había preguntado si no había camas más grandes?

Con cada nueva cosa que descubría mi cerebro estallaba en mil pedazos y así se lo hice saber a mi madre y a la abuela, que me ayudaron con mi escasa mudanza. Solo contaba con mi ropa de siempre y no quise llevarme nada más, pese a la insistencia de mi madre. Comprendí al ver la casa nueva los malabares que mi madre había hecho desde siempre para mantenernos a la abuela y a mí. No vivíamos en la cabaña porque sí. Vivíamos allí porque solo había un sueldo para tres bocas y no podíamos permitirnos nada mejor. Otra venda que se desprendía de golpe de mis ojos. Plof. ¿Cuántas iban ya?

Mi horario de trabajo comenzaba cada mañana a las seis y terminaba a las doce del mediodía, aunque no podía irme hasta haber acabado todas mis tareas. También tenía un día libre por semana que siempre iba rotando, para que todos tuviésemos los mismos derechos. La primera semana de trabajo me tocó librar sábado y, aunque algunos compañeros me dijeron que había tenido mucha suerte, para mí todos los días eran iguales. No hacía nada especial, solo trabajar y pasar la mayor parte posible del tiempo con mi madre y la abuela. Necesitaba acostumbrarme al cambio y decidí tomármelo con calma. Hasta que llegó el miércoles.

—No sabía si te encontraría a esta hora por aquí —le dije visiblemente contenta por verlo aparecer.

—Sé de sobra que terminas a las doce. Eso sí, tendremos que mover nuestras citas a este nuevo horario. Puedo ajustarlo en el curro, total, tengo que echar mis horas sí o sí y a ellos lo mismo les da.

—¿Estás seguro? No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Tranquila, sé cuidarme. ¿Un bombón?

—¿Otra vez? ¿Es que no piensas parar nunca? —le regañé.

Adam reía mientras retiraba el papelito azul de uno de ellos. A mí se me hacía la boca agua con solo recordar el sabor, pero era mayor el miedo de saber que él era un delincuente reincidente. Así mismo se lo hice saber.

—Por favor, no me llames eso. Haces que parezca horrible.

—Porque lo es.

—Uy, sí, este chocolate es lo peor que he comido nunca —dijo con sarcasmo mientras olfateaba la bolsa con expresión de asco—. ¿Quieres medio? Hoy son de café.

—¿Café?

—Es como un dos por uno. No es lo mismo que tomarte un café de verdad, pero te servirá para conocer el sabor. Y la mezcla es una puta pasada.

—Joder, no puedo rechazarlo.

Compartimos el bombón en silencio, saboreándolo hasta la saciedad. Sí que era una pasada.

—¿También tomas café?

—Un par de veces al año. Puedo vivir sin él, pero me gusta el sabor.

—Estás fatal —reí negando con la cabeza.

—Rainbow, quiero proponerte algo.

Adam pronunció aquella frase acercándose de repente a mí, mirándome con intensidad. Le gustaba montar numeritos, pero yo todavía no me había acostumbrado a ellos, mucho menos si su presencia invadía mi espacio vital.

—¿El qué? —conseguí preguntar a duras penas.

—Quiero invitarte a una fiesta.

—Una… ¿fiesta?

—¡Sí! Es este viernes por la tarde en casa de un amigo. El sábado es tu día libre, así que no tienes excusa. Sabes lo que es una fiesta, ¿verdad?

—¡Sí, claro! La abuela me ha hablado de ellas.

Adam se tapó los ojos con las manos y se rio con ganas.

—Tengo tantas cosas que enseñarte que ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Y qué te hace pensar que quiero averiguarlas?

—Créeme, quieres conocerlas todas. Dentro de poco me suplicarás por ello.

—Deliras. ¿Tiene el chocolate algún tipo de sustancia tóxica?

—Pues el chocolate no, pero sí el alcohol. Me ahorro preguntarte si

alguna vez lo has probado. Y no, el que tu madre usa para curarte las heridas no tiene nada que ver —se mofó sacándome la lengua.

—No me gusta que me trates como a una niña —le dije, disgustada.

—Pero si es lo que más me gusta de ti, pequeña Rain. La posibilidad de poder enseñarle el mundo a alguien que hasta ahora ha vivido con los ojos cerrados es demasiado estimulante para mí. Por favor, no me lo niegues. ¿Te acuerdas que me debías una por lo de la tarta? Ha llegado el momento de pagar y tienes suerte de que no te pida de vuelta esas cinco unidades. Tan solo tienes que acompañarme a esa fiesta y dejarte llevar.

«Tan solo» eso. Aquello era demasiado para mí, pero, de algún modo, sabía que cualquier cosa que él me propusiera obtendría un sí por mi parte. Quizá tenía demasiadas ganas de conocer ese mundo del que él me hablaba, pero todavía no estaba lista para admitir tal cosa. Todavía no podía asumir que me estaba convirtiendo en una persona diferente, aunque estaba claro que estaba ocurriendo.

El viernes, después de comer, les dije a mi madre y a la abuela que estaba demasiado cansada para pasar la tarde con ellas, que quería aprovechar para descansar. Jamás les había mentido tan descaradamente, pero la emoción por salir con Adam apaciguó un poco el sentimiento de culpa. Estaba a punto de acudir a una fiesta de verdad en el mundo real y estaba demasiado nerviosa. Traté de mentalizarme recordando los cuentos de la abuela, esas fiestas de las que ella me hablaba de vez en cuando, pero ni por asomo estaba preparada para lo que viví aquella noche.

8

ADAM

Una vez me encontré con un cachorro de perro abandonado en un callejón. Las mascotas formaban parte del pasado, según me habían contado siempre, solo los locos tenían una. Cuando se instauró la nueva sociedad las mascotas pasaron a ser un capricho, por lo tanto, la mayoría de gente se deshizo de ellas. Solo los locos de verdad estaban dispuestos a sacrificar cinco unidades de su tiempo por cada saco de comida, pero todavía había quien lo hacía. Esa gente me hacía seguir confiando en el mundo, en el ser humano. Esa gente era la mejor.

La primera vez que vi su melena rubia en la tienda de alimentación, sentí como si ella fuese un animalito perdido e indefenso. Me recordó mucho a aquel cachorrillo. Se la veía tan insegura, tan asustadiza, tan inocente que solo pude quedarme allí mirando cómo se movía vacilante, cómo le temblaban las manos, cómo sus ojos reflejaban la explosión ante el nuevo mundo. Aquella chica que consiguió captar toda mi atención era una neófita en toda regla. No sabía de qué agujero se había escapado, pero habría apostado una mano a que acababa de salir de él.

Desde pequeño he tenido un espíritu aventurero. Mi curiosidad nunca se veía saciada y ansiaba explorar y conocer todos los entresijos del mundo que me rodeaba. Las historias de La Tribu se me quedaban cortas, me parecían irreales, como algo muy lejano y cuestionable. Por eso comencé a vivir muy pronto, pero aquello no fue nada nuevo para nadie. En La Tribu todos crecíamos deprisa. Se nos entrenaba para afrontar este mundo, se nos preparaba a conciencia para no caer

presos del sistema y se nos educaba para ser capaces de tomar nuestras propias decisiones, para saber discernir, para pensar por nosotros mismos y para ser capaces de elegir qué vida queríamos tener.

Los más ancianos nos contaban historias de su anterior mundo y los más jóvenes, pero mayores que nosotros, nos metían la hostia de realidad haciéndonos saber que ese mundo ya no existía y que teníamos que aprender a vivir en el que nos había tocado.

«Lo más importante no es lo que te pasa, sino lo que haces con aquello que te pasa».

Ese era el lema insignia de La Tribu. Y decidí tomármelo al pie de la letra.

La Tribu era un conjunto de varias familias que habían permanecido unidas durante años, desde que se instauró la nueva sociedad. No éramos unos antisistema como Los Antípodas, pero tampoco estábamos adoctrinados como Los Adeptos. Estábamos en un punto intermedio en el que vivíamos bajo las normas de las que no nos podíamos librar, pero manteniendo nuestra capacidad de elección sobre los placeres que nos dábamos, las unidades que arriesgábamos y, en definitiva, sobre nuestra propia vida.

Nada ni nadie puede controlarte plenamente. Siempre hay un resquicio de esperanza, de libertad, y nosotros lo aprovechábamos al máximo. No éramos conocidos por llegar a viejos, pero lo éramos por llegar felices y libres. ¿Qué más se podía pedir?

Rainbow no era nada de eso. La habría catalogado como una Adepta, pero se la veía demasiado novata para serlo. Ni se me ocurrió pensar en que formara parte de los otros dos clanes principales ni de ninguno de los nuevos emergentes, esos que aparecían y desaparecían cada poco tiempo sin llegar a nada. Los jóvenes lo intentaban, pero los tres clanes principales eran los que dividían o unían a la sociedad.

Era demasiado enigmática y, a la vez, todo un libro abierto. Fue inevitable hablarle, querer conocerla, sacrificar mis unidades y que empezara a formar parte de mi vida. No fue solo por aburrimiento, como le dije al principio. Fue que, en un mundo gris, ella resplandecía haciendo honor a su nombre, como el majestuoso arcoíris que era.

9
Ahora también para ti

Adam me esperó en el que ya habíamos nombrado como nuestro banco. Hicimos el camino a pie hasta la casa de su amigo, una similar a la mía, rodeada de más casas iguales, pero en la parte norte de la ciudad, al otro lado del río Misuri. Era la primera vez que me alejaba tanto y mi nerviosismo era evidente.

—¿Tiemblas de frío o de nervios?

—¿Puedo decir que ambas?

—Si me hubieses dicho solo una de las dos no te habría creído.

Dicho aquello se pegó a mí y me rodeó por la cintura colocando su mano en el bolsillo de mi abrigo, junto a la mía. Eso solo consiguió que temblara aún más.

—Tranquila, ya estamos llegando. Prometo darte algo de beber que te sacará todos los nervios del cuerpo y te hará entrar en calor.

—No quiero intoxicarme, sé perfectamente lo que hace el alcohol. Por cierto, ¿de dónde lo sacáis?

—Es comunitario. Todos somos como una gran familia en la que cada uno aporta algo. A veces organizamos fiestas, otras compramos algún libro y lo vamos pasando, y así con todo.

—Vaya… Eso es increíble…

—Lo sé. Soy afortunado de pertenecer a La Tribu.

—¿La Tribu?

—Así nos llamamos. ¿Has oído hablar del resto de clanes?

Negué en silencio.

—Te lo contaré otro día, ya hemos llegado.

—¡Espera! ¿Ellos saben que yo…? ¿Voy a ser la única nueva por aquí?

—Vamos, Rain ¿eso qué más da? Estás conmigo y eso te incluye en el grupo. ¿Estás lista?

Le dije que sí, pero era evidente que no. Él rio conociendo la respuesta real. Aun así me armé de valor y caminé detrás de él hasta el umbral de la casa. Durante el rato que tardaron en abrir la puerta traté de descifrar el sonido que estaba escuchando, entremezclado con gritos y voces. Cuando nos dieron paso comprendí, sin haberla escuchado jamás, que aquello era la música.

Un par de chavales saludaron a Adam con un choque de manos y nos dieron paso. Agradecí que no hubiera presentaciones y que no se fijasen demasiado en mí. Lo último que quería era llamar la atención, sin embargo, a mí todo me la llamaba. Era incapaz de cerrar la boca. La música, una melodía rítmica en la que cantaba una chica, sonaba a todo volumen en el salón. Había gente bailando, riendo, bebiendo y fumando. La zona de la cocina estaba menos saturada y Adam fue directo hacia allí. El ambiente era más relajado, la mesa estaba llena de todo tipo de bebidas alcohólicas, paquetes de cigarrillos y comida prohibida hasta decir basta. No podía entenderlo, me explotaba la cabeza.

—Ey, ¿estás bien?

—Ni de lejos. ¿Cómo es posible?

—La Tribu, ya te lo he dicho antes. Todo es de todos, todos contribuimos y disfrutamos, pero ¿te cuento un secreto?

Adam se acercó a mi oído sin esperar a que le respondiera.

—Los bombones son solo para mí —susurró—. Ahora también para ti.

Su confesión me hizo sonreír y me encendió las mejillas. Supuse que se había dado cuenta de aquello, pero por suerte no dijo nada.

—¿Quieres probar? —me ofreció un vaso lleno de un líquido dorado y espumoso.

—Me parece que no.

—¿De verdad? No hace falta que te lo bebas todo, pero es una oportunidad única para probar cosas gratis.

Adam elevó repetidamente las cejas en ese gesto pícaro y divertido que tan bien le representaba y supe que tenía razón. Solo un trago de cada bebida y un solo bocado de cada comida. Podía hacerlo e iba a hacerlo.

—Está bien. Probaré una vez de cada.

—¡Sí! Rainbow, bienvenida a tu primera vez en el mundo real.

Brindamos con la cerveza, di un trago y fue horrible. Mientras Adam se reía y me miraba como si yo fuese lo más interesante de aquella fiesta, devoré un pastelito de fresa para librarme del amargo sabor. Casi me desmayé extasiada de puro placer.

—¿De verdad? ¿Prefieres los pastelitos de fresa a los bombones de chocolate?

—¿No hay algo que combine los dos sabores?

—Vaya, pequeña Rain, ¡eres toda una temeraria!

Durante el resto de noche me dediqué a alternar comida y bebida en pequeñas cantidades. Me tenía que contener para no devorar todo a lo loco; muchas tentaciones y demasiado deliciosas. Había sabores dulces, ácidos, chispeantes y estimulantes. Sobredosis de variedad para un paladar tan virgen como el mío. Adam decía que el alcohol y el azúcar eran la combinación perfecta y a mí realmente me lo parecía. Estaba eufórica, feliz, desinhibida, y queriendo saber más y más acerca de todo cuanto me rodeaba. Aquella noche abrí una puerta que nunca más volvió a estar cerrada; una que ya lo estuvo demasiado tiempo. Aquella noche abrí la puerta de la verdad.

—¡Quiero bailar! —grité a pleno pulmón.

—Pensaba que querías pasar desapercibida.

—¡Y qué más da! Ven, vamos a bailar. ¿De dónde sacáis la música? ¿Y todos estos libros? —volví a gritar dirigiéndome a toda prisa hacia la estantería del salón que estaba repleta de ejemplares.

Cogí uno al azar, de color verde con una flor dorada en la portada. Ni siquiera me esforcé en leer el título porque todo estaba demasiado borroso. Lo abrí y deslicé mis dedos por todas sus páginas, me lo llevé a la nariz y esnifé hasta quedarme seca.

—Adam, esta es la mejor fiesta de mi vida.

—Es la única fiesta de tu vida —dijo quitándome el libro de las

manos para volver a dejarlo junto a los demás—. Y acabas de cortarte.

—¿Cómo dices?

—Tu dedo.

No lo había notado, pero un leve rastro de sangre manchaba mi dedo índice. Le pegué un lametón y me puse a bailar como no había bailado jamás. Después de un rato le hice un gesto a Adam y los dos acabamos saltando y bailando a lo loco en medio del salón junto al resto de personas.

—¡Me parece que he creado un monstruo! —me gritó al oído para hacerse oír por encima de la música.

—Un monstruo feliz, feliz. ¡Un monstruo feliz!

Adam me acompañaba dando saltos, moviendo pies y manos, riendo conmigo. El mundo brilló un poco más aquella noche. Lo siguiente que recuerdo es que caminábamos en plena noche cerrada sobre el puente que cruza el río.

—Estoy cansada —gimoteé—. ¿Llegaremos antes de que me duerma?

—Vamos bien de tiempo, descuida, pero mañana vas a estar para el arrastre. ¿De verdad recuerdas dónde vives?

—¡Claro! Es una casa blanca con ladrillo rojo…

—Acabas de describir todas las casas de esta zona.

—Cuando la vea lo sabré. ¿No te parece que la luna está enorme?

Llegamos al conjunto de casas y me dirigí a la que creí que era la mía. No había ningún rasgo distintivo, así que tiré de intuición. Él se encargó de meter la llave en la cerradura.

—Rainbow, esta no abre —susurró medio agachado.

—¿No? Pues entonces será esta de la derecha. Sí, creo que es esa.

Fui incapaz de contar las veces que lo intentamos porque no podía parar de reír mientras él susurraba cosas sin sentido y me mandaba callar una vez tras otra.

—Acabo de intentar entrar a siete casas diferentes. ¿Sabes que por allanamiento te quitan veinte unidades? —dijo con el semblante serio tras cerrar la puerta de mi casa.

—¿No eras tú el que decía que las unidades están para usarlas?

—No de este modo —espetó.

—No te enfades, por favor. Mañana le haré una señal a la puerta para reconocerla. Es que son todas iguales y yo no puedo pensar con claridad.

—Lo sé, te has puesto hasta arriba.

—Tú tienes la culpa.

—¿Qué tal si me das las gracias? —preguntó arrugando la frente.

—Oh, ¡lo siento! ¿Cómo puedo ser tan desagradecida? Lo que has hecho por mí esta noche ha sido… Tú…

Lo miré sin encontrar palabras y me lancé a sus brazos en un impulso incontrolable. Él me rodeó con sus suyos.

—Muchísimas gracias, Adam. No pienso olvidar jamás esta noche —dije junto a su cuello.

—Créeme que yo tampoco.

Me quedé así un rato, disfrutando del abrazo, de la calidez de su cuerpo, de su peculiar aroma. Nunca había abrazado a nadie que no fuera la abuela o mi madre, nunca me habían tocado otros brazos, mucho menos unos masculinos. Jamás me había sentido así. Y pudo haber sido por el subidón de la mezcla explosiva que llevaba en el cuerpo, pero algo dentro de mí gritaba que era por él. Aquella noche, entre sus brazos, sentí que el resto del mundo no importaba, que yo estaba justo donde tenía que estar.

10

ADAM

Se había quedado dormida de pie, con la cabeza apoyada sobre mi hombro, mientras yo la sostenía sintiendo que era demasiado ligera y demasiado inmensa a la vez. Me vi forzado a deshacer el abrazo y llevarla hasta su cama. Le quité las botas, el abrigo y la arropé sin poder dejar de contemplarla. Su larga melena rubia cayó desparramada sobre el colchón y deslicé la mano por algunos mechones. Se había quedado traspuesta con la boca abierta y en una postura que me costó acomodar, pero finalmente lo conseguí. Bastante tendría con la resaca como para añadirle un dolor de espalda o de cuello.

Debería haberme ido a mi casa. Tal vez seguir con la fiesta, incluso tendría que haber ido a trabajar, pero decidí acostarme junto a ella y no dejar de mirarla durante toda la noche. Me tenía fascinado a niveles que no conseguía comprender, y después de aquella fiesta la cosa no se calmó. Ver a una recién nacida experimentar todas esas sensaciones fue brutal. Toda su timidez desapareció en cuanto empezó a probar cosas nuevas y no se cortó un pelo en disfrutarlas. Creo que ni se dio cuenta de cómo la miraban los demás, entre curiosos y divertidos. Ella solo tenía ojos para ese nuevo mundo que acababa de descubrir y fue genial poder experimentar todo eso junto a ella. Me hizo recordar todas mis primeras veces, las sensaciones, la explosión en la boca y en el cerebro. Ella estaba viviendo su propio despertar y yo estaba siendo testigo. Me sentí muy afortunado.

Cuando ya pensaba que la noche no podía ir a mejor, ella decidió

ponerse a bailar. Lo hacía fatal, sin apenas sentido del ritmo, sin seguir ningún paso, solo se movía libremente siguiendo el impulso de su cuerpo junto a la música. Aquello fue lo mejor que había visto en toda mi vida. Si la Rainbow tímida y asustadiza era un espectáculo digno de contemplar, la desinhibida era una puta aurora boreal.

—¡Ay! ¡Mi cabeza!

Me desperté sobresaltado al escuchar sus gritos.

—¿Qué es esto? —preguntó agarrándose la cabeza entre las manos.

—Se llama resaca.

—¡Ahhh!

Se asustó tanto al verme junto a ella que rodó hasta el suelo.

—Socorro —gimoteó.

La levanté como pude mientras me partía de la risa.

—¿Hemos dormido juntos?

—He dormido sobre la manta y ambos seguimos vestidos. Puedes respirar.

Se miró la ropa, miró la mía, comprobó la manta y se relajó.

—Creo que voy a morirme.

—Te sentirás mejor después de darte una ducha rápida.

—¿Qué prisa hay?

—Si lo haces en menos de veinte minutos podremos desayunar juntos. Tengo que ir a trabajar o me quedaré sin las unidades del día.

—¡Oh! Lo siento. Tardaré cinco.

Me gustó que se diera prisa en la ducha para poder desayunar conmigo, pero me sentí fatal por quitarle un poco de su comida, así que le dije que tenía el estómago revuelto y me dediqué a verla comer temeroso de que acabara echando la papa. Ella no dejaba de comentar emocionada cosas acerca de todo lo que había experimentado durante la noche y lo hacía mientras hablaba con la boca llena, manchándose entera sin importarle en absoluto. Hasta tuve que apartar un mechón de pelo de su plato mientras ella seguía hablando y hablando. A mí se me había tatuado la sonrisa en la cara.

—¿De verdad no quieres nada?

Ya lo creo que quería. Quería mil cosas, pero ninguna relacionada con la comida. Me marché de allí sabiéndome preso y con un rugir de

tripas que me acompañó durante todo el turno de trabajo. Si ella estaba descubriendo un nuevo mundo, yo estaba descubriendo un nuevo sentimiento.

11
¿Qué es la felicidad?

Los días fueron pasando mientras me adaptaba al trabajo y a mi nueva rutina. Trabajaba, comía en casa, pasaba la tarde con mi madre y la abuela, seguía cuidando del huerto y volvía a mi casa para dormir. Se me ocurrió anudar una bufanda amarilla al pomo de la puerta para que nunca más tuviera problemas en saber cuál era mi vivienda. Me estuve riendo sola un buen rato recordando a Adam agachado probando en todas las cerraduras, pero no tenía nada de gracioso. Si alguien se hubiese dado cuenta de lo que ocurría, le habrían restado veinte unidades por casa y no me lo habría perdonado jamás.

Por suerte, eso no pasó, pero tenía que ir con cuidado. La fiesta fue una auténtica pasada, me desmadré a lo grande, pero no podía permitir que aquello me cegara. No podía ir por ese camino temerario, por muy atractivo que fuera, y mucho menos comenzar yo a desprenderme de unidades por el simple hecho de disfrutar de unos pocos placeres momentáneos. Adam lo hacía, sus amigos o su Tribu, como la llamó, lo hacían, pero yo no era así. A mí me habían criado de un modo completamente diferente y no entraba en mi cabeza comportarme como ellos. Todo lo que ocurrió esa noche fue una locura, y por supuesto tuve que agradecérselo a él, pero no quería que se volviera a repetir.

Cuando desperté a la mañana siguiente y lo vi junto a mí en la cama creí que estaba delirando. Habíamos dormido juntos, aunque no ocurrió nada más. Por suerte. Solo de imaginarlo me ruborizaba y comenzaba a hiperventilar. ¿Qué me estaba pasando? Adam despertaba en mí muchas cosas y, entre ellas, estaba el tema tabú.

Sexo. Mi madre me había dado la charla hacía años, la abuela me había contado algún que otro cuento picante de su juventud y había visto a parejas cogerse de la mano y besarse cuando acompañaba a mi madre a la tienda de alimentación, pero todo lo demás quedaba a mi imaginación. El tema de intimar tanto con alguien me tensaba, me hacía sentir insegura y cientos de preguntas sin respuesta se me amontonaban sin control. Había imaginado muchas veces cómo sería mi primera vez, incluso las siguientes, y en esas visiones siempre había un chico normal y corriente, sin rostro, pero un chico del montón. Comenzar a pensar que me gustaría que Adam fuese ese chico no lo hacía más fácil, porque él era de todo menos del montón.

Adam era guapo a rabiar, atractivo de pies a cabeza, tenía una personalidad arrolladora, era simpático, divertido, generoso y muy buen chico. Me caía genial. Pero también tenía ese toque misterioso cargado de peligro que, en lugar de restarle puntos, se los sumaba. Agradecí que solo las cosas materiales estuvieran penadas, porque él era alguien por el que habría sacrificado unas cuantas unidades si hubiese hecho falta. Él lo hizo por mí y sabía que, llegado el momento, yo también lo haría por él.

Como cada miércoles, seguimos viéndonos en nuestro banco. Lo primero que quise saber fue todo lo que pudiera contarme acerca de La Tribu, del resto de clanes, y todas las dudas que me fueron surgiendo a raíz de sus explicaciones. Él contestó paciente todas mis preguntas, cosa que le agradecí. Definitivamente, me habían criado al margen de una sociedad que desconocía por completo y sentí que no me habían hecho ningún favor; más bien, todo lo contrario.

—Así que soy una Adepta —le dije con gesto de repulsa ante esa palabra.

—Bueno… no sabría muy bien cómo catalogarte, la verdad. Acabas de salir al mundo y ya has quebrantado unas cuantas reglas, pero ni de lejos eres de La Tribu. Supongo que eres una Adepta en potencia que todavía puede ser reconducida.

—¿Es eso lo que pretendes? ¿Convertirme a tu forma de vida?

—Rainbow, no pretendo nada. Puedes ser una de ellos si quieres, pero hay mucho más dentro de ti que me hace pensar que no serías una buena Adepta. Al menos, no una Adepta feliz.

—Feliz… ¿Y qué es la felicidad?

—No sé, dímelo tú —me instó con un amago de sonrisa.

—Mi madre ha vivido toda su vida para trabajar y trabaja para vivir. Creo que nunca ha sido feliz, pero esto es algo que no me estoy planteando hasta ahora, claro… ¿Y si lo que quieren es que no seamos felices? ¿Tenernos sumidos en un estado inconsciente en el que actuemos como meros robots? De casa al trabajo, de trabajo a casa…

—Nunca te habías cuestionado nada de esto, ¿verdad?

—Es que cuanto más pienso más cosas salen, y ahora empiezo a darme cuenta de que la vida que había llevado hasta ahora no tenía ningún sentido. Y mi madre, ¿qué clase de vida ha llevado? —me pregunté a mí misma en voz alta.

—Nunca nombras a tu padre.

—Mi madre me contó que murió sin llegar a saber que yo existía. Nunca ha querido darme explicaciones sobre ese tema, así que supongo que no fue nadie importante para ella. La verdad es que nunca he sentido su falta, para mí siempre hemos sido mi madre, la abuela y yo.

Le conté mi relación con ellas, sus peleas acerca de mi educación, la sumisión de mi madre ante el sistema, la rebeldía escondida de la abuela.

—¿Cómo se llama tu abuela? Nunca me lo has dicho.

—Tienes razón —reí—. Se llama Regina. ¿Tú tienes abuelos?

Adam hizo una pausa y me miró fijamente antes de contestar.

—Los de La Tribu no llegamos a ancianos. Es el precio a pagar, ya sabes…

—Oh, claro.

Nos despedimos ese miércoles con el ambiente un poco enrarecido y continué así varios días más. Había demasiada información nueva en mi cabeza y no fue fácil digerirla. Necesitaba hablar con la abuela.

—Abuela, cuando eras joven, después de que la sociedad cambiara,

¿eras como mamá?

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes que somos del grupo de Los Adeptos? Bueno, nosotras técnicamente no, pero ella sí.

—Ay, niña, ¿con quién has hablado?

—Con nadie…

—Ya, claro. Que soy vieja, pero no me trates de tonta. ¿Has hecho amigos en el trabajo?

—Todavía no. Son amables conmigo, pero soy la nueva y ellos parecen tener su propio grupo formado. Ya habrá tiempo.

—Entonces quién. Lleva mucho cuidado con quién te juntas, no todo el mundo es de fiar —me regañó sabiendo de mi tendencia a confiar en cualquiera.

—Lo sé, abuela, te aseguro que vivo con cuidado desde que tengo uso de razón. ¿Vas a contestar a mi pregunta?

La abuela torció el morro, disgustada, pero comenzó a hablar y sus ojos brillaron de nuevo.

"*Digamos que fui un poco rebelde en mi época. Al principio creo que todos lo éramos, pues, aunque ahora te parezca mentira, los humanos no nos conformamos con cualquier cosa. Nos rebelamos contra el sistema, luchamos contra él y mucha gente murió hasta que comprendimos que no había nada que pudiéramos hacer. Nos tocaba adaptarnos o morir y, cuando comprendes eso, créeme que te adaptas. O te resignas, cualquier forma es buena, pero el instinto de supervivencia siempre está por encima de todo. Pasadas las primeras semanas de histeria colectiva, ante el panorama que se presentaba en la ciudad, tu abuelo y yo decidimos huir al bosque. Si no hubiera estado tu madre te aseguro que nada me habría hecho esconderme, pero mi hija era lo primero y esa fue la decisión que tomamos. Cuando nos encontraron, tu abuelo comenzó a trabajar de repartidor, su habitual trabajo, y yo me quedaba en casa para cuidar de tu madre. Vivíamos con lo justo, pero tu abuelo, que él sí era un rebelde de verdad, de vez en cuando traía a casa algún que otro capricho. ¡La de discusiones que tuvimos por aquello! Al final me acostumbré a su forma de pensar, a que quisiera sacrificar unidades solo por compartir con nosotras*

un pedazo de pastel o alguna que otra galleta. Pero se fue muy pronto, como era lógico. Lo quería mucho, fue mi gran amor. Y por eso le perdoné que me abandonara antes de tiempo. Pero tu madre no fue capaz de hacerlo y todavía hoy en día sigue enfadada con él. A decir verdad, tu madre vive enfadada con el mundo, pero no puedo reprocharle nada. Cuando mis piernas comenzaron a fallar, ella se hizo cargo de la casa y de mí. Comenzó a trabajar demasiado pronto y se aseguró de que nunca nos faltara de nada. Así ha sido hasta ahora y tú deberás seguir su ejemplo. Es la mejor forma de sobrevivir"

La abuela a ratos hablaba de vivir la vida como si fuera el último día y a ratos me decía que tenía que seguir los pasos de mi madre. Quizá ella estaba dividida entre esas dos personalidades, la joven rebelde que fue en su momento y la Adepta que se vio obligada a ser por las circunstancias. No podía juzgarla, y mucho menos a mi madre, pero, a medida que me iba llegando información del mundo real, las piezas del puzle comenzaban a desencajarse para formar uno completamente nuevo. Y aquello no había hecho nada más que empezar.

12

¿Así es como sueles dar las gracias?

Era sábado por la tarde y me tocaba librar domingo. Sin poder evitarlo eché de menos que Adam me propusiera algún plan, pero me dije que era mejor así. Lo que no esperaba era encontrármelo sentado en mi puerta cuando regresé de casa de mi madre.

—¡Por fin!

—¿Qué haces ahí?

—Llevo como una hora esperándote. Buena idea lo de la bufanda —dijo mientras se la desenroscaba del cuello y la volvía a colocar en el pomo de la puerta—. ¿De dónde vienes?

—Estaba en casa de mi madre. Cuando no estoy trabajando paso allí casi todo el tiempo.

—Ya veo. ¿Me invitas a entrar?

—¡Claro! ¿Hoy no tienes ninguna fiesta?

—Las hacemos muy de vez en cuando. La escasez de recursos y eso… ¿Tienes algún plan para hoy?

En lo que tardé en quitarme el abrigo y encender las luces, él ya se había acomodado en el sofá. Me resultó raro, pero me gustó.

—Pues verás, tengo cantidad de planes irresistibles, pero me he decantado por tumbarme en el sofá hasta que sea la hora de dormir. ¿Qué te parece?

Adam rio por mi sarcástico comentario y me hizo reír a mí también.

—Pues siento estropeártelos, pero tengo una sorpresa. ¿Te apetece una noche de cine?

Lo miré sopesando su pregunta, de pie junto a la cocina, mientras él se disponía a sacar algo de su mochila. Un objeto rectangular de color blanco con el símbolo de una manzana mordida llamó toda mi

atención.

—¿Eso es un ordenador? ¿De dónde lo has sacado? —pregunté entrando en pánico, pues solo los había visto en el hospital y sabía que aquello era más gordo que una bolsa de bombones.

—Pertenece a La Tribu. Me lo han prestado para esta noche.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Mercado negro. Un antiguo miembro estaba muy enfermo a punto de morir e hizo algunos sacrificios de última hora. Decidió entregar sus últimas unidades por el bien de La Tribu y nos consiguió esto, entre otras cosas.

—No lo puedo creer.

—Pues no ha sido el único, de hecho es la forma habitual de irse. Ya que sabes que estás al borde de la muerte, mejor con todas las unidades bien empleadas, ¿no te parece?

—Decidís… ¿quedaros a cero? —susurré dubitativa.

—Eso es.

—¿Pero eso no es como suicidarse?

—No es un suicidio si sabes que tan solo te quedan días de vida. Es adelantar el momento por el bien común y de paso decidir tú cómo y cuándo. ¿Recuerdas que te hablé de aquella película en la que decían que nunca podrían quitarnos la libertad?

—Cómo olvidar tu numerito subido en el banco gritando a pleno pulmón.

—Pues esa es la que vamos a ver.

—¡No te creo! —exclamé.

—Y tengo unas cuantas más, pero las iré trayendo poco a poco.

Me llevé las manos a la cara. Estaba tan sobrepasada que no podía pensar con claridad.

—¿Funciona para algo más que para ver películas?

—Tiene algunos programas útiles, pero nada interesante sin Internet. Eso es algo que solo está al alcance de unos pocos, así que tendremos que conformarnos con esto.

—¿Conformarnos? ¡Esto es mucho más de lo que jamás habría imaginado!

Adam rio.

—¿Piensas quedarte de pie? Esto casi está.

—Oh, claro, aunque ahora mismo no creo que pueda estarme quieta. ¡Estoy demasiado nerviosa!

Me acomodé junto a él y comencé a mordisquearme los dedos. Subí las piernas al sofá y las crucé para evitar estar dando golpes en el suelo.

—Pequeña Rain, prepárate para tu primera sesión de cine en casa.

Admiré su sonrisa una última vez antes de poner toda mi atención en el ordenador. Me pasé toda la película sin poder despegar los ojos del ordenador. Estaba absorta ante la secuencia de imágenes, los actores, la música, los diálogos, las ropas, los caballos y todo lo que estaba ocurriendo dentro de aquella pantalla. También lloré mucho, sobre todo ante el discurso de William Wallace y su grito de libertad. Fueron tres horas de película que se me pasaron en un suspiro, con el corazón encogido y casi sin respirar. Cuando Adam apagó el ordenador yo seguía llorando a moco tendido.

—Te vas a deshidratar. ¿Qué te ha parecido?

—¿De verdad me preguntas eso? ¡Ni siquiera tengo palabras para describirlo! Ha sido —tomé aire a duras penas— un regalo, eso es lo que ha sido. Y de nuevo tengo que volver a darte las gracias, pero eso jamás será suficiente y no entiendo por qué haces todo esto por mí y…

No pude controlarlo. Estaba empachada de emociones, demasiado ida como para pensar con lucidez. Solo podía pensar en sentirle, en tenerle un poco más cerca, y sentía que un abrazo se me quedaría corto, así que simplemente lo hice. Me acerqué a él y lo besé con tantas ganas que acabamos tumbados en sofá. Cuando pensaba que ya no podría estar más hasta arriba de emociones, sus labios me hicieron volar.

—¡Oh! ¡Lo siento! —me disculpé alejándome de él en cuanto fui capaz de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Me llevé los dedos a los labios y los deslicé sobre su saliva sin poder dejar de mirarle. Mis labios se sentían como los suyos, hinchados, jugosos, queriendo más.

—Lo siento muchísimo, Adam, no sé lo que me ha pasado… Bueno, sí lo sé, creo que ha sido la mezcla de emociones, la euforia. Yo… yo

solo quería darte las gracias y no sé… Lo siento.

Me sorprendió de mí misma que en ningún momento tuve la necesidad de apartar la mirada, de agachar la cabeza o de levantarme a toda prisa. Creo que buscaba en su mirada alguna señal que me dijera que aquello no era tan horrible como me parecía. Y, definitivamente, deseaba saber que había sido tan bueno para él como para mí.

—Vaya, ¿así es cómo sueles dar las gracias?

—¡No! —comencé a reír y le lancé un cojín a la cara.

—Vale, ¿recuerdas que te he dicho que traería las películas poco a poco? He cambiado de opinión, las voy a traer todas de golpe.

—¡No seas idiota! Y por favor, no hagas una montaña de esto.

Adam me miraba sorprendido dejando claro que se estaba divirtiendo con lo que estaba ocurriendo. Su sonrisa ladeada así me lo confirmaba. Tenía la capacidad de hacer un amago de broma o chiste y que yo explotara en carcajadas. Tenía el asombroso talento de hacerme sentir segura y tranquila, incluso en aquella situación que siempre pensé que sería de lo más bochornosa e incómoda. Debería haberlo sido. Debería haber sido un beso inestable y errático, fruto de mi inexperiencia, de la falta de conexión entre dos labios que no se conocían. Podría haber sido muchas cosas, pero no debería haber sido tan perfecto.

—Tranquila, ni montañas, ni nada raro por mi parte.

—¿Seguro?

—¡Claro! Eres una recién nacida, se te permiten ciertas licencias.

—Oh, madre mía, vas a estar haciendo bromas con esto cada vez que nos veamos, ¿verdad?

—Puedes darlo por hecho. No todos los días se lanzan a mi boca de esa manera —rio.

Me dejé caer en el sofá y me cubrí la cara con el cojín. Segundos después se puso de pie y me arrancó el cojín de las manos. Cuando abrí los ojos lo tenía tan cerca que me asusté.

—Rainbow, podría irme ahora mismo haciendo que esto se convierta en una situación rara, pero te he dicho que puedes estar tranquila con eso, así que ¿te parece si cenamos? Estoy muerto de

hambre.

Esbocé una sonrisa enorme y me levanté para preparar algo de cena junto a él. Se había traído su propia comida, cosa que le critiqué, pero me dijo que eso era innegociable. Sorprendentemente cenamos en paz y armonía y después le pedí ver de nuevo la película. Ni de lejos había tenido suficiente con una sola vez y eso podía aplicarse a la película y a sus increíbles labios.

—Si la pongo de nuevo nos pondrán a dormir antes de que termine y tendré que pasar la noche aquí.

—¿No nos da tiempo? —me lamenté.

—Me temo que no.

—En ese caso será mejor que nos metamos en la cama. El sofá no es muy cómodo que digamos.

—¿De verdad? ¿Primero me besas y luego me invitas a tu cama?

—¡Para! ¡Es lo más lógico! —le dije un tanto avergonzada. Porque sí, realmente lo era, pero nos habíamos besado y no podía obviar algo así.

—No pienso volver a dormir sobre la manta —me advirtió con gesto serio haciendo que un escalofrío me recorriera entera.

—Pero no te quitarás la ropa.

—¿Dormir vestido? Venga, pequeña Rain, no seas cruel.

—Eso también es innegociable y, si crees que es raro, será mejor que no lo hagamos.

—Hemos dicho que no le daríamos mayor importancia. Porque es lo que quieres, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues ya está. Situación normalizada.

—Bien.

—Genial.

13

ADAM

Debería haberme marchado. No. Lo que debería haber hecho era volver a buscar sus labios y sumergirme un poco más en ellos. Ella me pidió que no le diera importancia, pero había sentido demasiado como para hacer algo así. ¿Cómo un solo beso me había despertado tantas cosas? Tal vez fue la sorpresa, el pensar que quizá fuera su primera vez o que yo llevaba tiempo sin besar a nadie. Trataba de encontrar un pensamiento coherente mientras ella, toda sonrojada pero sin apartar la vista de mis ojos, me pedía normalidad. No era justo. Jamás me había gustado fingir sobre lo que sentía y, sin embargo, con ella me estaba convirtiendo en un experto en el arte de disimular. En cambio, contra todo pronóstico, resultó que ella era transparente y franca hasta decir basta, y aquello me descolocó tanto que no me quedó más remedio que aceptar sus condiciones. Porque si había algo que no podía ni quería desperdiciar era el tiempo, y yo quería pasar el máximo posible junto a ella.

Nos tumbamos encima de la cama vestidos y coloqué el portátil entre los dos a modo de barrera. Necesitaba algo que actuase de escudo o acabaría haciendo alguna estupidez que conseguiría espantarla del todo. Puse la película de nuevo y dejé caer un bombón sobre sus piernas.

—No. Por favor, dime que no es lo que creo que es —rogó inclinando la cabeza hacia atrás haciéndome ver cuánto deseaba besar su delicado cuello.

—Es exactamente eso.

—A ver, te niegas a comer de mi comida, pero sigues regalándome bombones. ¿En serio crees que lo voy a aceptar?

—Lo harías si fueses un poco inteligente.

—Si tú lo fueses no malgastarías tu tiempo en bombones y mucho menos irías regalándolos.

—Nunca he dicho que sea demasiado listo. Y no es un regalo, es una inversión.

—¿Una inversión?

—Shh… te estás perdiendo la película. —Le señalé la pantalla.

Ella me miró con la nariz arrugada y resopló a lo grande antes de girar la cabeza de nuevo hacia el ordenador. Deslicé la mano con suavidad hasta sus piernas y me atreví a coger el bombón que todavía seguía ahí. Me costó un mundo hacerlo sin rozarla, ya que las puntas de mis dedos quemaban por volver a sentirla. Todo mi cuerpo ardía. Retiré el envoltorio y volví a dejar el bombón sobre ella.

—Es de café. No he conseguido nada nuevo todavía —susurré sin despegar mis ojos de la pantalla.

Pude apreciar cómo ella me miraba fijamente, pero desistió al cabo de unos segundos. No tardó mucho más en partir el bombón en dos trozos y dejar uno de ellos sobre mis piernas.

—Eres insufrible —murmuró mientras se relamía.

«Tú eres maravillosa», pensé. Pero, por suerte, no pronuncié aquellas palabras y solo esbocé una sonrisa.

Sabía que ya no podría olvidar el tacto de sus labios, y eso que apenas había habido movimiento, ni mucho menos nos había dado tiempo a abrir la boca. Pero no hizo falta y eso era lo jodido del asunto. Que no hizo falta nada más y, sin embargo, me faltaba todo de ella.

Se pasó toda la película hablando, comentando todos los detalles, riendo y llorando, buscando mi complicidad y haciéndome todo tipo de preguntas. Solo guardó silencio para el gran momento del discurso y fue la única oportunidad que tuve para recrearme en mirarla. Comprobé la hora y, como había calculado, no nos daría tiempo de verla acabar. El sueño estaba a punto de invadirla, así que apagué el ordenador y me metí del todo bajo la manta.

—Te prometo que otro día la acabamos.

Ella me sonrío y se tapó hasta el cuello para después girarse en mi dirección.

—Que descanses.

—Lo intentaré.

Cerró los ojos como si nada mientras yo me preguntaba cómo se había creado esa atmósfera de intimidad entre los dos. Podríamos habernos dado la espalda, o acostarnos mirando al techo, pero hicimos todo lo contrario. Dormimos mirándonos a la cara, apenas a un palmo de distancia y con la certeza de saber que así era como tenía que ser. Que ninguna otra cosa en el mundo tenía más sentido que eso, por muy loco que pareciese. Con una necesidad de volver a besarla que quemaba como ninguna otra cosa, pero, también con la paz de saber que eso acabaría pasando antes o después.

A la hora prevista el sueño hizo acto de presencia en ella y pude dedicarme a contemplarla hasta que a mí también comenzaron a pesarme los ojos. Si había algo que me hacía sentir verdaderamente humano era la capacidad de poder dormir cuando tuviera sueño y no cuando ellos me lo impusieran. El tiempo seguía corriendo igual, las unidades te las restaban del mismo modo, pero habíamos conseguido anular la capacidad de ponernos a dormir. Eso sí, al despertar el reloj comenzaba a funcionar de nuevo y los marcadores volvían a reajustarse. Nadie podía escapar de aquello.

14
¿Qué es la vida real?

Se instaló entre nosotros una especie de rutina en la que cada vez pasábamos más tiempo juntos. Ni siquiera hizo falta que lo habláramos, simplemente dejamos de acudir a nuestra cita de los miércoles en nuestro banco para pasar a vernos casi a diario. Adam se dejaba caer por casa como si también fuera la suya y a mí realmente me lo parecía. Teníamos una bonita relación que supuse sería parecida a la amistad, pero no podía ignorar el hecho de que nos habíamos besado y que me había encantado. La idea de volver a hacerlo reverberaba en mi mente de una forma constante, pero sabía que era mucho mejor seguir siendo amigos. Si cruzábamos la barrera corría el riesgo de quedarme sin la única persona que había tenido a mi lado hasta ese momento, aparte de mi familia, y eso era algo que no me podía permitir.

Había vivido veinte años sin nadie más, había descubierto en plena adolescencia que el mundo estaba lleno de personas, había crecido sin ningún contacto humano más allá de mi madre y la abuela. Sin embargo, me había acostumbrado tanto y tan rápido a él que sabía que ya no podría vivir sin tenerle a mi lado. Mis palabras sonaban desesperadas en mi cabeza, pero no era ese el sentimiento que despertaba él en mí. De algún modo irracional y sinsentido, tenía la certeza de que él era todo lo que estaba bien. Y que yo estaría bien siempre y cuando siguiera junto a él.

Adam me desconcertaba, me hacía llenarme de preguntas sin respuesta, me tensaba de pies a cabeza y provocaba en mí todo un remolino de sensaciones que jamás había experimentado. Y, pese a todo eso, me transmitía paz. Era una maldita contradicción. Él. Yo.

Nosotros. Nada tenía sentido y por fin algo lo tenía. Sentía que estaba enloqueciendo pero que estaba más cuerda que nunca a la vez. Sentía tantísimas cosas y era tan transparente que la abuela supo enseguida que algo me pasaba.

—Dime la verdad. Es un chico.

—¡Abuela!

—Sabía que antes o después ocurriría, pero por tu bien, que no se entere tu madre. ¿Cómo lo has conocido?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Ay, niña, llevo toda la vida contándote historias, ya iba siendo hora de que me contaras tú a mí alguna. Por favor, no te dejes ni un detalle, dale a esta vieja un motivo para soñar.

Sonreí echa una maraña de nervios.

—¿Os habéis acostado?

—¡Pero abuela! ¿Cómo quieres que te cuente esas cosas? ¡No! No nos hemos acostado ni nos vamos a acostar.

—Yo no estaría tan segura. Solo hay que ver cómo sonríes… ¿Es guapo?

Le conté todo a la abuela, era incapaz de tener secretos con ella. Le relaté, mientras ella me miraba ávida de información, cómo nos habíamos conocido, todo lo que habíamos hablado y también reconocí que sí, que Adam era guapo a rabiar.

—Pues es alto, tiene el pelo castaño, ojos marrones… aunque se le ponen verdosos con el sol. Y tiene varios tonos más de bronceado que yo, pero eso no es nada a destacar, ya que soy más pálida que la mayoría de personas.

Mientras le relataba el episodio de la fiesta ella se llevaba las manos a la boca. A ratos se escandalizaba y a ratos sonreía con expectación y nostalgia. Le confesé que había sido él quien había conseguido la porción de tarta de queso y aproveché para hablarle de su forma de vida, de su filosofía.

—¿Crees que tiene sentido lo que hacen?

—Ay, niña, te gusta ponerme en cada aprieto…

—Abuela, habéis criado a una chica responsable, sé muy bien lo que tengo y lo que no tengo que hacer. Solo quiero saber cómo piensas tú

al respecto.

—¿Y qué más da lo que yo piense? Yo ya tengo mi vida hecha y casi terminada y ha sido como ha sido. Aquí lo importante es saber qué piensas tú —me miró exigiéndome una respuesta.

—Yo pienso que es una absoluta locura.

—Bien.

—Pero…

—Ay, el «pero». Todas las discusiones que tuve con tu abuelo fueron por esa palabra.

—Pues entonces no hará falta que te diga nada más.

—Yo sí te quiero decir algo. Estás probando las mieles del pecado y no pienses que tu vida va a seguir igual después de eso. Tienes que ser fuerte, niña. Los vicios son muy atractivos, casi irresistibles, pero no es la vida real.

—¿Y qué es la vida real? ¿Fue la que tuve mientras crecía aislada del mundo? ¿La que descubrí después? ¿La que estoy conociendo ahora?

Mi madre entró en casa interrumpiendo la conversación en el punto álgido.

—¿Todavía estás aquí? Os ponéis a hablar y no paráis nunca. ¿Te quedas a cenar? Vengo de la tienda.

—No, mamá, tranquila, yo ya me iba.

—¿Es por lo de la comida otra vez? Mi comida es tu comida, ya lo sabes.

—Lo sé, solo que ahora yo tengo la mía propia y no quiero seguir robándote.

—¿Robar? ¡Eres mi hija! No uses esa palabra tan fea.

Miré a la abuela y ambas nos reímos cómplices. Mi madre se ofendía con mucha facilidad y a nosotras nos resultaba divertido. Me despedí con un beso a cada una y le di vueltas a la última parte de la conversación hasta que el sueño hizo acto de presencia.

15
Rainbow es perfecto

—Le he hablado a la abuela de ti.

—Vaya… espero que le hayas hablado bien.

—Le dije que habías sido tú el que había conseguido su porción de tarta de cumpleaños.

—Pues entonces la tengo en el bote. —Me guiñó un ojo mientras se disponía a fregar los platos sucios de la cena.

—Y tanto. Quiere conocerte.

—¿De verdad?

—Bueno, solo si quieres, no sé… La verdad es que no tienes por qué hacerlo, pero le haría ilusión. Está empeñada en que le queda poco tiempo de vida y últimamente está de lo más rara.

—Rainbow, lo haré —dijo convencido.

—¿Estás seguro?

—Casi tanto como de que eres una pésima cocinera.

—¡Oye!

Adam se rio y yo no pude fingir que me había enfadado su comentario porque tenía razón; la cocina no era lo mío.

—Muchas gracias. Le va a encantar tu visita.

—Y a mí me encantará conocerla.

Nos quedamos mirando durante lo que me pareció una eternidad. Quería abrazarle en señal de agradecimiento, pero el incidente del beso todavía pululaba por mi cabeza y no estaba segura de poder acercarme y, lo más complicado, alejarme después. Así que nos miramos como idiotas con una sonrisilla tímida en los labios durante un lapso indeterminado de tiempo. Finalmente, fue él quien rompió el

hielo.

—Anda, ven aquí —. Se secó las manos y me abrazó por la cintura atrayéndome hacia él.

Yo me rendí al impulso y me acurruqué en su pecho, de repente demasiado cortada para abrazarle también. Se formó un envolvente silencio y el ritmo de su corazón lo inundó todo. Iba casi tan rápido como el mío o incluso más, si es que eso era posible. Adam suspiró y su cálido aliento se deslizó por mi frente acariciando mi cara. Después me pasó una mano por el pelo y sentí que me erizaba entera. Me había convertido en una piedra incandescente, incapaz de moverme y envuelta en llamas.

—¿Por qué te pusieron Rainbow? —susurró haciendo que todo se tornara más íntimo.

—Mi madre pensó que yo era como un rayo de luz en medio de la lluvia.

Temí que si dejaba de hablar se rompería el abrazo, así que continué.

—Se quedó embarazada muy joven y no sabía si tenerme, pero, por suerte, solo tuvo valor para seguir adelante. Dice que yo fui su arcoíris, por eso me puso este nombre.

—No podría haber elegido uno mejor.

—La abuela quería llamarme Regina, como ella. ¿Te imaginas?

—No te pega nada llamarte así. Rainbow es perfecto —volvió a susurrar.

Asentí sobre su pecho. No le dije que nunca me había gustado demasiado mi nombre, pero que pronunciado en sus labios sí que parecía perfecto.

Llevábamos un buen rato abrazados y temí quedarme así para siempre. Quería separarme, pero me sentía demasiado bien junto a él. Sentía que el anhelo por volver a tenerle cerca había desaparecido, que mi lugar estaba allí, entre sus brazos. Era de locos.

—Podríamos quedarnos así toda la noche. Al menos… hasta que vuelvas a quedarte dormida sobre mí.

—Oh. Mierda, no lo recordaba.

Juro que hice el mayor esfuerzo de mi vida al poner un pie detrás

del otro y alejarme de él. Le sonreí a duras penas y me metí las manos en los bolsillos.

—Se ha hecho tarde. Debería volver.

—Supongo que sí…

Nos despedimos arrastrando los pies, sin poder sostenernos la mirada y con unas sonrisas de lo más infantiles. Me sentí como una niña pequeña e ingenua que no tenía idea de nada. Y realmente era así, no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo ni de lo que estaba por ocurrir.

16

Qué lástima ser tan vieja

—Oh, por favor. ¿De verdad crees que es necesario?

Había quedado con Adam para la cita acordada con mi abuela como una semana después de que se lo propusiera. Mi madre siempre hacía compra los jueves y ese día llegaba más tarde a casa, así que lo teníamos todo planeado. Por nada del mundo quería que mi madre me viera con él.

—Claro que es necesario. No tengo citas muy a menudo.

—Será porque tú no quieres —solté sin pensar.

—Vaya, pequeña Rain, ¿eso ha sido un cumplido?

Opté por guardar silencio y salir de casa a toda prisa. Adam había decidido aparecer tras mi puerta vestido con unos vaqueros, una camisa blanca y una flor roja en la mano. Estaba acostumbrada a verlo en vaqueros con sudaderas o jerséis, pero nunca lo había visto tan elegante y admito que me sorprendió. Estaba increíble.

—¿Cómo se llama y cómo la has conseguido? Es preciosa —comenté encandilada. Había visto puestos de venta de flores, pero nunca había tenido una tan cerca y menos de este tipo.

—Amapola, crece salvaje en algunos lugares.

—¿Seguro?

—No he sacrificado unidades para llevarle una flor a tu abuela, no soy tan inconsciente —dijo adivinando mi pensamiento.

—¿Ah, no? Pensaba que «inconsciente» era tu segundo nombre…

—Ambrose es mi segundo nombre.

Lo miré sorprendida con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Adam Ambrose?

—Significa inmortal, ¿a qué tiene gracia? —Torcí el gesto. La verdad era que no la tenía—. Mi padre, que era un cachondo.

Fuimos paseando hasta la casa de mi madre y a medida que nos acercábamos yo me iba poniendo más y más nerviosa. Caí en ese momento en que mi casa le parecería la choza de un mendigo y sentí mucha vergüenza. Cuando le vi junto a la vieja puerta de la entrada, con su camisa blanca y la flor en la mano, supe que aquello era un retrato perfecto de los dos mundos que habitaban en mí. El que siempre había conocido y el que acababa de descubrir. Y no podían ser más diferentes.

—Abuela, traigo compañía.

Se giró medio dormida, pero sus ojos se fueron agrandando poco a poco a mientras estudiaba la silueta que había junto a mí.

—Así que este es…

—Soy Adam, encantado. Su nieta me ha hablado mucho de usted.

Adam sacó la mano que tenía oculta tras la espalda y le entregó la flor.

—Ay, hijo, no era necesario —dijo sin poder ocultar la emoción—. Hacía mucho que no veía una.

Las arrugadas manos de la abuela acariciaron temblorosas los pétalos mientras las lágrimas le caían a cuentagotas hasta aterrizar en la manta que cubría sus rodillas.

—Muchas gracias, Adam. Ahora veo por qué a mi nieta le gustas tanto.

—¿Eso ha dicho? —se interesó sonriente lanzándome una mirada que yo rehuí.

—No con esas palabras, pero a mí no se me escapa nada. Ven, siéntate a mí lado.

Adam cogió una silla y tomó asiento junto a ella.

—Eres guapísimo, hijo. ¿Son así los chicos de hoy en día? —me preguntó como si yo tuviera la respuesta—. Qué lástima ser tan vieja.

—¡Abuela!

Ella hizo un gesto con la mano, como si estuviera espantando a una mosca. Supe que pasarían de mí durante el resto de conversación, así que me quedé de pie apoyada en la cocina mientras supervisaba lo que hablaban. No me fiaba un pelo de ellos.

—Tengo que agradecerte que consiguieras el trozo de tarta para mí,

pero también tengo que regañarte. No deberías haberlo hecho.

—Lo sé, pero el deber no es algo que vaya demasiado conmigo. Su nieta…

—No vuelvas a llamarme de usted —lo golpeó en la mano, lo cual nos hizo reír.

—Está bien. Tu nieta llevaba semanas tratando de conseguirlo, pero no daba el paso. Estaba harto de verla dudar, así que lo hice. Fue por una buena causa.

—Ay, la verdad es que estaba deliciosa, Adam. Tremendamente exquisita —se relamió.

—Pues he traído un regalo. No es tarta, pero espero que te guste.

Ambas lo miramos sorprendidas mientras él se sacaba del bolsillo un bombón envuelto en papel verde y se lo entregaba a la abuela.

—Adam, ¿otra vez? —le recriminé.

—La ocasión lo merecía.

—Lo siento, pero no puedo rechazarlo. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que probé uno, pero seguro que me lo consiguió mi marido. Os parecéis mucho, ¿sabes? Él también hacía locuras así por mí. Por eso se fue tan pronto…

Adam me dedicó una mirada esquiva mientras mi abuela luchaba contra el papelito verde. Se metió el bombón de una en la boca y cerró los ojos mientras lo saboreaba. Soltó una gran exhalación antes de hablar.

—Avellana. El sabor es inconfundible —sonrió—. Hoy es un gran día, uno de los mejores desde hacía mucho tiempo y todo es gracias a ti, hijo.

—Me alegra oír eso.

—Niña, ¿te importaría ir a mi cuarto a buscar algo para poner esta bonita amapola? Hace tiempo guardé un recipiente alto y azulado que podría servir de jarrón.

Asentí sin gustarme ni un poco dejarlos a solas, pero hice lo que me pidió. Sin duda, la abuela era la que más objetos materiales tenía. Su cuarto estaba abarrotado de trastos, como solía decir mi madre, pero para ella eran recuerdos, prácticamente lo único que la ataba a su anterior vida. Había cosas de mi abuelo, de mi madre cuando era

pequeña, incluso alguna horquilla del pelo que mi abuela solía usar. Nada con valor material, pero cargado de valor sentimental. Me costó un buen rato encontrar el recipiente y salí directa a la cocina para llenarlo de agua. Ambos guardaron silencio de repente.

—¿De qué estabais hablando?

—Nada, nada. Cosas nuestras.

Me saltaron todas las alarmas, pero no quería interrumpir lo que fuera que había surgido entre ellos, así que decidí dejarlo estar. Cuando comenzó a anochecer tuvimos que despedirnos y Adam lo hizo envolviendo a la abuela en un enorme abrazo. Yo hice lo mismo y ella aprovechó para decirme algo al oído.

—No lo dejes escapar, ¿me estás oyendo?

Le sonreí ligeramente ruborizada. Le quería decir que solo éramos amigos, pero la frase se me quedó atascada en la garganta. La abuela no tenía un pelo de tonta.

—Estás en buenas manos, niña. Y tú —señaló a Adam con semblante serio—, más te vale que la trates como se merece o te saldré convertida en fantasma por las noches.

Adam y yo reímos y dimos por finalizada la extraña y reconfortante cita.

—Lo del fantasma va en serio, lleva amenazándome con eso desde que tengo memoria.

—Tu abuela es una gran mujer.

—Lo es. ¿De qué habéis hablado cuando os he dejado a solas?

—Esto… no puedo decírtelo. Una promesa es una promesa —arrugó el rostro sabiendo que no me iba a gustar esa respuesta.

—¿Perdona? ¿Os aliáis contra mí?

—A tu favor.

—No lo entiendo, pero no hagas caso a nada de lo que te diga. Últimamente tiene la cabeza hecha un lío y…

—Rainbow, tu abuela está en sus cabales tanto o más que yo estoy enganchado al chocolate. No tienes que preocuparte por eso.

—Es que no quiero que te enrede en nada, o tú a ella.

—Menuda imagen tienes de nosotros. Anda, vamos, me espera una buena caminata hasta mi casa, pero antes te acompaño a la tuya.

—¿Me llevarás algún día a ese lugar misterioso en el que crecen las flores salvajes?

Adam me besó en la coronilla, me rodeó con su brazo y caminamos así hasta mi casa. Ni siquiera nos hizo falta romper el silencio durante el camino y solo lo hicimos para pronunciar un vacilante «hasta mañana» cuando ya estábamos frente a mi puerta. Me dio la sensación de que él tampoco quería despedirse.

17

Tengo que sacármelo de dentro

Al día siguiente, lo primero que hice al salir del trabajo fue ir a ver a la abuela. Necesitaba saber qué era eso tan secreto que ella y Adam habían hablado, porque no había podido dejar de darle vueltas desde entonces.

—Lo siento, pero no te lo diré.

—¿Te pones de su lado? —me planté en jarras frente a ella.

—Los dos estamos del tuyo.

—Eso mismo me dijo él, pero no lo entiendo.

—Y no tienes nada que entender. Adam es un buen chico y hará lo correcto. Tienes mucha suerte de haber dado con él y, por si no lo sabes, tú también le gustas.

La sangre me subió de repente a la cara.

—¡Abuela!

—Ay, niña, solo hay que ver cómo te mira, hasta un necio se daría cuenta. Me contó que le besaste después de ver la película de Brave Heart. Menudo peliculón, yo también le habría besado —se rio como una niña pequeña que acaba de cometer una travesura.

—Oh, por favor, qué bochorno, abuela… ¿Te dijo algo más?

—Poca cosa… Que quiere tomárselo con calma, que eres muy especial y que no quiere pifiarla y que salgas corriendo. Se lo estás poniendo difícil al chico, ¿verdad? Un poco está bien, pero tampoco te pases. Has heredado el carácter impermeable de tu madre.

Esa confesión me produjo un remolino en el estómago.

—No soy impermeable —me defendí.

—Pero te empeñas en serlo y eso es todavía peor. ¿Quieres saber de verdad lo que pienso? Tengo que decírtelo antes de irme al otro barrio

o la conciencia me carcomerá.

—Y dale, abuela, que manía tienes con eso.

—Manía ninguna. Lo digo porque lo sé, otra cosa es que vosotras no queráis verlo, pero dentro de poco sabréis que tenía razón.

—Te pones imposible —le gruñí.

—Lo que tú digas, pero escucha atentamente lo que te voy a decir. Tengo que sacármelo de dentro.

"*Tu abuelo, dentro de sus posibilidades, vivió esta nueva vida como quiso. A pesar de mis enfados y advertencias, él nunca dejó de hacer aquello que quería. Y yo, a pesar de lo mucho que me enfadaba con él por no hacerme caso, era algo que admiraba profundamente. Tenía unos ideales, una forma de pensar y sentir y no iba a permitir que nadie se la arrebatase. Adam me ha recordado a él, sacrificando unidades por comida, y a saber qué más hará. Lo que quiero decir es que seguimos siendo dueños de nuestro tiempo. Tal vez no del todo y no como antes, pero todavía podemos decidir cómo podemos gastarlo. Sé que tu madre y yo te criamos al margen de la sociedad y que eso ahora está produciendo un choque en ti. Hicimos lo que creímos mejor. Yo lo hice con ella, ella lo hizo contigo, y tú lo harás por tus hijos el día de mañana. Ten muy presente esto: cualquier cosa que hicimos o dijimos, siempre fue por tu bien. Pero tengo que reconocer que yo nunca he estado de acuerdo del todo con tu madre, tú sabes bien que siempre hemos discutido bastante. Dentro de mí hay una parte rebelde que nunca ha querido conformarse con dejar pasar el tiempo y sobrevivir mientras tanto. Una parte de mí, una que se parece a tu abuelo y a Adam, piensa que la vida es para los valientes. Sé que la he mantenido escondida hasta ahora, pero en mi lecho de muerte ya no puedo acallarla más. Si Adam te gusta, deja de fingir y entrégate. Nada nos espera para siempre, los trenes pasan y uno de esos trenes es nuestra propia vida. Te lo dice una anciana que ya ha vivido demasiado y que ahora se arrepiente de no haber armado un poco de jaleo. Lo mío ya no tiene solución, pero puedo insuflarte a ti un poco de ese espíritu soñador y vividor que nunca nadie debería perder. Hay que tener ilusión, sin ella estamos vacíos. ¿Sabes? Parece que la clave está en vivir mucho tiempo, pero eso es un error garrafal. ¿De qué sirve vivir mucho si no haces nada*

con esa vida? La clave está en vivir intensamente e irse a la tumba plena. No caigas en la trampa, hija. Tú eres más lista que eso y ahora tienes al chico idóneo a tu lado para explorar el mundo junto a él. Aprovéchalo"

18

Hiciste lo correcto

No lo podía creer. Hacía dos días que la abuela me había soltado ese discurso. Dos días desde nuestra última conversación. Llevaba horas llorando, sintiendo que tenía en el pecho un vacío enorme. Agradecí que nos obligaran a dormir para poder tener así un poco de alivio, pero al abrir los ojos, apenas unos segundos después de recobrar la consciencia, las lágrimas volvían a mí.

La abuela había muerto. Tal y como ella no dejaba de repetir, su final estaba cerca y mi madre y yo nos lamentamos por no haberle hecho caso. Quizá habríamos podido hacer algo o, al menos, acompañarla en sus últimos momentos, pero la pobre murió sola mientras se echaba su siesta en la silla de ruedas. Decía que la cama era para la noche y se pasaba el rato dando sacudidas con la cabeza. Los de la funeraria se la llevaron nada más notificar su muerte. No hubo ritos ni ceremonias ni nada de nada. Simplemente se desaparecía dejando un vacío inmenso. Estábamos devastadas.

Mi madre me obligó a volver a mi casa. Me dijo que no tenía sentido que me quedara allí, ya que tenía un lugar mucho mejor para vivir. Me negué a dejarla sola, pero me explicó que era algo que tenía que hacer. Necesitaba decirle adiós y me pidió por favor que respetara su decisión. Yo no sabía cómo actuar, pero necesitaba ropa limpia y, a decir verdad, salir de mi antigua casa aunque solo fuera para volver a coger oxígeno. Estaba tan sumida en la espiral de llanto y lamentos que me costó ser consciente de que estaban llamando a la puerta.

La sonrisa de Adam se borró de un plumazo de su cara en cuanto vio la mía.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Asentí a duras penas y volví al sofá. Jamás el cuerpo me había pesado tanto. Era como estar rellena de piedras y sentirme vacía a la vez.

—Es… es la abuela. Ha… Ella ha…

Ni siquiera podía decirlo en voz alta. Me lancé a los brazos de Adam incapaz de seguir hablando. Tan solo podía llorar y llorar. Al parecer, su presencia había activado un nuevo pozo sin fondo de lágrimas.

—Ha muerto, ¿verdad?

Solté un alarido en señal de afirmación.

—Lo siento, pequeña Rain. Lo siento mucho.

Adam me mantuvo entre sus brazos hasta que logré serenarme. Me llevó un buen rato, pero finalmente el torrente de lágrimas me dio una tregua.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijo, cuando nos quedamos a solas. Me dijo que sabía que iba a morir muy pronto.

—No le hicimos caso, Adam. Llevaba meses diciéndolo…

—Era imposible que lo supierais, no podíais hacer nada. Ella se fue feliz, ¿sabes? Tienes que quedarte con eso.

Asentí mientras me limpiaba con la manga del jersey.

—¿Puedes contarme ahora qué fue lo que hablasteis? Fui a verla al día siguiente, pero no quiso decirme nada.

—Supongo que puedo decírtelo, pero no te va a gustar.

—No creo que sea peor que esto.

Adam me miró como sopesando lo que hacer, y finalmente habló.

—Se interesó por mi forma de vida y quiso saber cómo moríamos. Yo le dije lo mismo que a ti, que cuando uno creía que su final estaba cerca se solía entregar las últimas unidades a cambio de provisiones para el bien común y decidir así el momento de su partida.

—No, por favor, dime que no lo hizo —sollocé.

—Me lo pidió. Quiso que la ayudara a hacerlo, pero me negué.

—Joder, abuela —dije para mí—. ¿Por qué te negaste?

—Porque tú no me lo habrías perdonado.

Aquello me arrebató el aliento durante algunos segundos.

—Hiciste lo correcto.

—Eso mismo me dijo ella cuando le expliqué mis motivos, pero…

—Pero nada, si llegas a hacer eso no habría podido volver a mirarte a la cara.

—Lo sé. Sin embargo, sigo pensando que cada uno debería poder elegir el momento de su muerte, llegadas a esas circunstancias. Ten claro que, si no lo hice, fue únicamente por ti —dijo traspasándome con la mirada.

Yo se la mantuve un buen rato, tratando de adivinar qué había más allá de sus ojos castaños, pero el ataque de risa que me entró rompió por completo la magia del momento.

—Vale… me encanta verte reír, pero esto es raro.

—Lo sé, es solo que me he imaginado vuestra conversación y, joder, la abuela estaba como una cabra. Nunca ha dejado de sorprenderme y ahora solo puedo pensar en que quizá también tenía razón con lo de convertirse en fantasma y que yo me moriría de miedo si eso ocurriese. Es de locos —gimoteé entre risas que también eran llanto—. Nada tiene sentido, Adam. ¡Nada! Y lo único que quiero hacer es dormir y que cuando me despierte se haya acabado esta pesadilla. Tengo su discurso grabado aquí, fueron las últimas palabras que intercambiamos y…

—¿Qué discurso?

—No tengo fuerzas para repetirlo y siento que si sigo llorando voy a enloquecer. ¿Puedes hacer que pare, por favor?

Adam deslizó su dedo por mi mejilla y volvió a abrazarme. A mí no me quedaban fuerzas ni para corresponderle.

—Shh, Rainbow, estás agotada. Ya no hace falta que digas nada más. Ven, vamos a la cama.

Quise hacer lo que decía, pero no pude moverme. La pena me había dejado clavada al suelo. Él pareció darse cuenta y me llevó en brazos hasta la habitación. Me quitó los zapatos y me arropó mientras yo seguía sollozando en silencio, porque ya no era capaz ni de emitir sonido alguno. Me hice un ovillo y lo sentí meterse en la cama conmigo. Se colocó junto a mi espalda y me rodeó por la cintura.

Quise darle las gracias, pero me fue imposible. Con sus dedos entrelazados con los míos, me quedé, al fin, dormida.

19

Si no lo haces tú, lo haré yo

Tres semanas. Ese fue el tiempo que necesité para volver a sentirme de nuevo un poco yo misma. Casi todos mis ratos libres los pasaba con mi madre. La ayudé a ordenar y limpiar el cuarto de la abuela y entre las dos tiramos algunas cosas que no servían para nada. Aun así, nos costó un mundo hacerlo. Me quedé de recuerdo el jarrón azul con la amapola marchita; no fui capaz de deshacerme de ella. Durante esas tres semanas vi muy poco a Adam. Lo echaba de menos, pero sentía que tenía que estar con mi madre. Me sentía muy culpable por dejarla sola y le insistí en que viniera a vivir conmigo. Ella se negó en rotundo, dijo que jamás abandonaría aquella casa por muy austera que fuera. Yo le dije que con su trabajo podía conseguir una mejor, ya que no tenía a nadie de quien hacerse cargo, pero la idea pareció horrorizarle. Sabiendo que mi madre no se iba a dejar convencer y que ella tenía su modo de hacer las cosas, me limité a hacerle compañía durante todo el tiempo que pude.

No fue fácil. No fue agradable. Pero fue necesario. Ambas necesitábamos pasar el luto de alguna forma y supuse que todas eran igual de válidas. Lo que ocurrió fue que después de tres semanas yo no podía más y tuve que salir de allí. La pena me estaba consumiendo. Mi madre, sin embargo, se movía como pez en el agua en ese tipo de ambiente. Quizá era que ella ya estaba acostumbrada a vivir entre sombras y era así como se sentía cómoda. No podía llegar a entenderlo del todo, pero tampoco podía hacer nada por cambiarlo. De alguna forma, sentí que las había perdido a las dos y aquello dolió como ninguna otra cosa.

El discurso de la abuela seguía sonando en mi cabeza una vez tras otra. Lo tenía tan reciente cuando todo ocurrió que había podido

memorizarlo. Llegué a pensar que ella estaba esperando a decir todo eso para irse en paz. Y también pensé que la estaría traicionando si no hacía caso a sus consejos. Vivir, sentir, disfrutar, aprovechar, ilusionarse… Es muy difícil asimilar que una persona que toda la vida te ha estado repitiendo la misma clase de cosas, de repente te suelte un alegato diametralmente opuesto y, además, con una seguridad y una pasión que no había mostrado jamás. ¿Tenía razón la abuela? ¿Era eso lo que debía hacer? ¿Aprender a vivir como Adam, saltarme algunas reglas, dejarme de miedos y de dudas y comenzar a vivir de verdad?

La primera noche que fui a dormir a mi casa él estaba allí, esperándome en la puerta como si hubiera estado haciendo lo mismo el resto de noches. Me dio miedo preguntarle si había sido así y tampoco sabía si estaba preparada para conocer esa respuesta.

—Hola.

—Hola.

—Cuánto tiempo —susurré a duras penas siendo consciente de cuantísimo lo había extrañado.

—Para mí, demasiado. Para ti, el necesario.

—¿Sabías que vendría hoy a dormir?

—Sabía que acabarías haciéndolo.

Eso contestaba un poco a mi pregunta y le sonreí a modo de respuesta. Entramos en casa y Adam me sorprendió sacando de nuevo el ordenador de su mochila.

—¿Otra película? —le pregunté ilusionada por primera vez en semanas.

—Y pedazo de película te he traído, pequeña Rain. ¿Alguna vez has oído hablar de un famoso barco transatlántico que se chocó contra un iceberg?

—Es obvio que no, pero no tiene muy buena pinta.

—Te va a encantar.

Me sumergí en la película ajena a todo. Mi mente necesitaba esa liberación y Adam lo sabía. Fue como empezar a renacer. Vimos Titanic en silencio y yo volví a llorar y a reír sin poder controlarlo. Me enamoré de Jack, me ruboricé con la escena del coche con los cristales

empañados y lloré a moco tendido en el momento en el que él se hunde para siempre en el mar.

—Vaya… Igual no ha sido tan buena idea traer hoy esta película —dijo sintiéndose culpable ante mis lágrimas.

—No, tranquilo, ha sido genial, de verdad. ¿Cómo es que tú no lloras?

—La he visto demasiadas veces.

—¿Podremos volver a verla?

—Otro día, te lo prometo. Ahora ya es tarde. —Se miró el reloj.

—Gracias. Sé que siempre te lo digo y la verdad es que esa palabra ya se me queda muy corta. ¿No hay una mayor?

Adam dejó escapar una carcajada que me contagió de inmediato. Necesitaba volver a él.

—No me las des todavía. Te he traído una sorpresa.

—¿Otra más?

—Esta te va a gustar más que ninguna otra.

Sacó de su mochila un bombón envuelto en un papel rosado y me lo entregó.

—En serio, tienes que parar de hacer esto. ¡Jamás voy a poder compensártelo!

—No necesito que me compenses nada, solo que lo disfrutes.

—Pues pienso hacerlo, porque ahora mismo esto es demasiado irrechazable.

Saqué el bombón del papelito y lo partí por la mitad.

—¡Cuidado!

Un líquido de color rosa resbaló entre mis dedos y me los llevé corriendo a la boca para no desperdiciar nada.

—¡Es de fresa! —exclamé con la boca llena sintiendo que me explotaban todos los sentidos.

—Te dije que encontraría la combinación de estos dos sabores y nada mejor que un bombón. ¿Qué te ha parecido?

Adam esperó mi respuesta mientras yo me volvía a chupar los dedos. No quería que ni una sola gota de aquella delicia acabara en una servilleta. Su mirada iba revotando entre mis dedos y mi boca y de repente yo también me encontraba mirando la suya. Hacía

demasiado tiempo que la había besado y las ganas no habían hecho otra cosa que aumentar. Me volví a preguntar qué pasaría si hacía caso a la abuela, si me dejaba llevar con él. Quería encontrar la respuesta más sensata, pero lo tenía demasiado cerca y mi cuerpo gritaba en contra de toda lógica y raciocinio. Quise averiguar qué tal sabría la fresa en sus labios y qué tal se sentirían de nuevo sobre los míos. Ya no podía ignorarlo más. Lo quería todo de él.

—¿Adam?

—¿Sí?

—Voy a besarte.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Nos unimos con demasiadas ganas. El primer beso que nos habíamos dado apenas había sido un atisbo de lo que podíamos hacer juntos. El contacto con sus labios me produjo un agujero en el estómago y me robó un sonoro jadeo. Aprovechó el momento para introducirse en mi boca y caí al vacío. Todo se volvió negro y lleno de luz, de mil colores diferentes, de sensaciones que electrocutaron cada parte de mi ser, como si su lengua fuese portadora de rayos en medio de una furiosa tormenta. Me senté a horcajadas sobre él y hundí mis manos en su pelo. Él me agarró de la cintura y me apretó más contra su cuerpo. Era cálido. Delicado. Firme. Comenzamos a deshacernos de la ropa sin saber muy bien lo que hacíamos, sin dejar de besarnos, de tocarnos. Me sentía poseída por algo superior y quería llegar hasta el final. Jamás había tenido nada tan claro.

—Rainbow. Tenemos que parar —jadeó entre mis pechos.

—Ni lo sueñes.

—No lo digo yo, lo dice el reloj.

—¿Cómo?

Estaba tan aturdida que no sabía a qué se refería. Adam subió de nuevo hasta mi boca y me fue dejando un reguero de tiernos besos hasta el cuello.

—Es la hora. Tienes que dormir.

—¿Te estás quedando conmigo?

Por su cara de fastidio supe que aquello no era ninguna broma. Mi cara era igual o peor y tener que reprimir el deseo fue horrible. En

toda mi vida había deseado nada tanto.

—¿Te imaginas que te quedas dormida a mitad? No puedo arriesgarme —me sonrió pasándose las manos por la cara como si quisiera desprenderse de la intensidad del momento.

—Sería muy mal recuerdo de mi primera vez.

Ni siquiera me dio vergüenza decirlo en voz alta, era demasiado obvio que nunca había estado con nadie.

—Cierto, casi se me olvida. No podemos hacerlo a lo bruto así de primeras.

—¿Ah, no?

—¡No! —se carcajeó mientras se incorporaba y se colocaba la camiseta.

—Pues vaya… Pero estaba yendo bien, ¿verdad? Es decir, si no hubiese sido por el tiempo… ¿A ti te estaba gustando?

Me dedicó una sonrisa tan dulce que casi desfallezco.

—Gustar se queda corto, pequeña Rain. Pero primera vez solo hay una y tenemos que hacerlo bien.

Asentí convencida de eso sabiéndome por completo en sus manos. Nos dirigimos a la habitación y me quité los calcetines antes de meterme en la cama. Estaba en ropa interior.

—Hoy puedes quitártela. Me parece que te has ganado ese derecho.

—¡Por fin!

Se deshizo de los vaqueros, de la camiseta y se tumbó junto a mí.

—No sabes cuánto odio el maldito reloj.

Yo reí satisfecha al saber que se había quedado con ganas de más y crucé mentalmente los dedos para que aquello se volviera a repetir lo antes posible. Me pareció increíble no estar muerta de la vergüenza, pero nada que ver. Me sentía libre y confiada junto él. Me hacía sentir realmente bien.

Volvimos a besarnos, esa vez mucho más sosegado, y entre sus labios desaparecí.

20

ADAM

Tardé un buen rato en pillar el sueño. El subidón había sido demasiado. Ella se había lanzado, por fin, y me alegré por ello. Tenía claro que yo no podría resistirme mucho más, pero por algún motivo pensaba que ella se asustaría, que sería como una frágil muñequita entre mis manos. Otra vez más, Rainbow me sorprendió. No solo se lanzó, sino que se tiró a la piscina sin saber nadar. Nos devoramos como posesos, nos deshicimos de la ropa, me sumergí en sus pechos y entonces… El maldito reloj. Tuve que sacar fuerzas de donde no las tenía para parar algo que era imparable.

Cuando hizo mención a que era su primera vez fui consciente de que había sido mejor así. Ella ya me había contado que jamás se había relacionado con nadie, así que era algo que yo ya sabía, pero en ese momento la conexión entre nuestros cuerpos fue tal que no había caído en que tendría que llevar un poco más de cuidado llegado el momento. No como si fuese de cristal, pero, como le dije, primera vez solo hay una en la vida y yo quería que ella la recordara con una enorme sonrisa.

A esas alturas ya tenía claro que sentía por ella algo más que una simple atracción física. Eso fue lo primero que llamó mi atención en la tienda de alimentación, su largo cabello rubio y sus enormes ojos azules. Después, sin lugar a dudas, fue su actitud lo que hizo que me interesara por ella más allá de su aspecto. Conforme la fui conociendo me fue gustando más y más y nuestros besos me confirmaron que no me había equivocado, que entre ella y yo había surgido algo demasiado especial.

Por eso la esperé cada día en la puerta de su casa hasta que decidió regresar. Durante esas tres semanas la eché tanto de menos que el

pecho me quemaba, pero tenía que darle el espacio que parecía necesitar. A pesar de haber visto a Regina tan solo una vez, su muerte también me había afectado a mí. Me pareció una mujer extraordinaria y me costó mucho negarle su último deseo antes de irse. Quería que la sacara de su casa a escondidas y que empujara la silla de ruedas hasta la tienda de alimentación más cercana para gastar sus últimas unidades a cambio de comida para su nieta y su hija. Me habría encantado hacerlo, para mí es la mejor forma de irse, pero sabía que Rainbow no lo vería igual.

Otra cosa que me dijo aquella tarde fue que cuidara de su niña. Me confesó que Rainbow se había criado sola y que no tenía a nadie más en el mundo aparte de su madre. Me pidió por favor que me hiciera cargo de ella y que me asegurara de que tuviera una buena vida. Lo que no me quedó claro era si con eso se refería a una vida como la de ella o como la mía. Le dije la verdad, que pensaba hacerlo aunque no me lo hubiese pedido. Ella sonrío.

—Es una chica especial.

—Lo sé.

—Y le gustas mucho.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Pero no dará su brazo a torcer fácilmente, así que tendrás que tener paciencia.

Asentí y fue cuando ella volvió con el jarrón para la amapola. Más tarde, en su casa, me di cuenta de que había colocado el jarrón con la amapola marchita sobre la barra de la cocina. Me dije a mí mismo que tenía que conseguirle una flor fresca, aunque tuviera que cruzarme la ciudad hacia el oeste. Solo las había visto crecer por la zona de Wyandotte County, junto al lago. Era un buen paseo, pero merecería la pena.

A la mañana siguiente los dos teníamos que trabajar, así que no hubo tiempo para continuar lo que dejamos a medias la noche anterior. Ella me dijo que dormiría algunas noches en casa de su madre, así que tuvimos que aplazar el momento y las ganas. Algunas veces ella llegaba tan cansada a casa que se quedaba dormida antes de la hora, cosa que me fastidiaba, pero no podía reprocharle ni exigirle

nada. Yo me metía en la cama junto a ella y, mientras la observaba, pensaba y pensaba. No sabía si contarle que no todo el mundo dormía cuando los Gestores del Tiempo lo decidían. Ese era uno de los mayores secretos de La Tribu, si no el mayor. También quería enseñarle mi mundo, presentarle a mi gente, pero ella era tan diferente y tan novata que no sabía si estaría preparada. Yo le había hablado sobre ellos, había contestado a sus preguntas siempre con sinceridad, pero adentrarla en mi mundo me resultaba peligroso. Por un lado deseaba que diera el paso, que se acercara un poco más a mi forma de ver la vida, pero, por otro, me asustaba corromperla. Rainbow era tan pura que temía estropearla si cambiaba demasiado, y era consciente de que, si se producía ese cambio, sería por mí. Estaba deseando vivir todo tipo de aventuras junto a ella, pero seguía viéndola demasiado frágil, todavía como a un cachorrillo abandonado, aunque ella ya había demostrado que era más fuerte de lo que parecía.

Pasó algo más de una semana. Rainbow regresó a su casa y yo la estaba esperando, como siempre, junto a su puerta.

—He llegado al límite.

Le enseñé la flor que tenía oculta detrás de mí con la esperanza de que aquello la alegrara un poco.

—¡Oh, Adam! —Se abalanzó hacia mí y comenzó a sollozar—. ¡Me has traído una amapola!

Se limpió las lágrimas con la mano, cogió la flor y me invitó a entrar. Colocó la flor en el jarrón azul con tanto mimo que supe que la caminata había merecido la pena. Su sonrisa brillaba como ninguna otra, pero también sus lágrimas.

—¿Quieres hablar de ello?

—Mi madre. Quiero ayudarla, de verdad pensaba que le vendría bien mi compañía, ya que no debe de ser fácil seguir en aquella casa como si nada, pero ella se ha vuelto más hermética todavía. Apenas habla, apenas come, está como ida y no deja de repetir que todo está

bien. Se me ponen los pelos de punta cuando hace eso porque es evidente que nada lo está.

Se dejó caer en el sofá y no dudé en rodearla con mi brazo.

—La gente tiene formas muy diferentes de enfrentarse al dolor. Quizá no sepa hacerlo de otro modo o puede que sea lo que necesite.

—Pues lo siento mucho, pero mi intento por ayudarla me está matando a mí. Nos hemos peleado a lo grande. A decir verdad, yo he gritado desesperada y ella se ha mantenido ausente. Ni siquiera me ha dado réplica para discutir. Incluso eso sería más sano que lo que está haciendo.

—Lo siento. Ojalá pudiera ayudarte en algo con eso.

—¿Crees que soy egoísta? —me preguntó mirándome a la cara con aquellos enormes ojos.

—De entre todas las cosas que eres, te puedo asegurar que egoísta no es una de ellas.

—Pues así es como me siento, Adam. Siento que estoy poniendo mi bienestar por encima del suyo, que debería ser capaz de acompañarla en su duelo o que quizá el mío debería ser más como el de ella… Siento que la estoy abandonando, pero te juro que si tengo que pasar una noche más junto a ella en esa casa me vuelvo loca.

Rainbow hablaba con tanta franqueza que llegaba a asustar un poco. Te escupía sus miedos a la cara, expresaba exactamente lo que sentía y eso era algo tan valiente que solo hizo que la admirara más.

—No la estás abandonando, solo necesitas tu hueco para seguir adelante.

Ella cerró los ojos ante mi caricia. Era inevitable verla llorar y no querer secar una a una todas sus lágrimas.

—Seguir adelante… ¿Sabes qué fue lo último que me dijo la abuela? ¿Ese discurso que no he estado preparada para contarte hasta ahora?

Negué en silencio y comenzó a hablar. Lo hacía de manera atropellada, algo alterada, como si todas esas palabras que estaba pronunciando acerca de la vida la hubieran pillado por sorpresa.

—Me dijo que la vida pasa rápido y que hay que disfrutarla, que no tiene sentido vivir mucho si no usas bien ese tiempo. Me dijo…

Regina le había soltado un alegato que bien podría haber sido pronunciado por cualquier miembro de La Tribu. Estaba incitándola a salir del todo del cascarón y, lejos de asustarse o poner en duda sus palabras, Rainbow estaba diciendo aquello con la convicción de haber descubierto una nueva verdad. Vi en sus ojos deseo, esperanza, un grito de auxilio para lograr hacer realidad todo lo que su abuela le había transmitido antes de morir. Vi una mirada nueva en ella y no sabía si eso me gustaba o me asustaba. Al parecer, yo también tenía cosas que descubrir junto a ella y aquella noche tacharíamos la primera de la lista.

—¿Crees que todo eso tiene sentido?

—Para mí tiene todo el sentido del mundo, pero la pregunta es si lo tiene para ti.

Ella se lo pensó unos segundos y, finalmente, me besó.

21

No he estado tan segura de nada en toda mi vida

Decir en voz alta las últimas palabras de la abuela, esas que había conseguido memorizar una por una, fue liberador. Sentí que había llegado a algún tipo de límite que no sabía ni que estuviera ahí, pero pude verlo con claridad cuando lo rocé. Imaginé que nadie sabe dónde está su límite hasta que ya puede tocar la cuerda y esta comienza a asfixiarle. El mío llegó aquella noche y, tras reproducir el discurso de la abuela, lo único que me apetecía era olvidarme de todo para volver a encontrarme de nuevo. Sabía que sus labios tenían ese poder, así que me lancé a ellos dispuesta a llegar hasta el final.

Comenzamos a besarnos despacio, sintiéndonos después de tantos días. Nos deshicimos en tiernas caricias y fue nuestra forma de decirnos que nos habíamos echado de menos. Ya comenzaba a echarlo de menos incluso cuando lo tenía a mi lado. ¿Tenía eso algún sentido? Me quité la camiseta haciéndole saber que no quería ningún tipo de barrera más entre nosotros y después le quité la suya. Bajé hasta el botón de sus vaqueros y se lo solté. Adam gimió levemente cuando su ropa interior rozó mi pantalón. Se deshizo de él a continuación, y los besos pausados y las caricias dieron paso a todo un torbellino de sensaciones, de jadeos, de saliva por todas partes. Sentí que estaba rozando el cielo cuando Adam me arrastró a la cama. Me empujó con suavidad sobre ella y se colocó encima de mí.

—¿Estás segura, pequeña Rain?

—No he estado tan segura de nada en toda mi vida.

Adam sonrió, desnudo sobre mi cuerpo desnudo, y aquello fue demasiado para mí. Fue en ese instante cuando supe que me estaba

enamorando de él. O que ya lo estaba, seguramente. Volvió a besarme, profundo, ardiente, y nos rozamos tanto que creí que enloquecería. Elevé mis caderas pidiéndole más y él separó mis piernas con su rodilla mientras no dejaba de besarme. Comenzó a introducirse muy despacio y esa sensación fue indescriptible. Se me escaparon algunos gemidos tímidos y le agradecí en silencio haber hecho aquello de esa forma, porque no habría sido posible hacerlo de otra. Dolía. Pero era placentero. Una puta pasada.

—Rainbow, mírame.

Abrí los ojos mientras él estaba dentro de mí, completamente quieto, abriéndose paso por un camino demasiado estrecho. O así lo sentía yo.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien.

Nos sonreímos y nos perdimos en la mirada del otro antes de que él comenzara a moverse de una forma suave que me encendió como ninguna otra cosa. Volvimos a devorarnos, a dejar que nuestras lenguas hicieran lo que les diera la gana. Lo acaricié por tantas partes del cuerpo que sentía que me ardían los dedos. Mi piel también ardía en llamas bajos sus caricias, bajo sus besos. Adam estaba completamente dentro de mí, moviéndose, empujando, haciéndome temblar cada vez más, y yo sentía que lo quería más cerca, más dentro, más para siempre. Me dejé ir del todo absorbiendo cada descarga eléctrica que mi cuerpo me estaba regalando. Sus gemidos sobre mi boca me confirmaron que había ocurrido lo mismo con él y volvimos a mirarnos de aquella forma profunda, íntima y casi enfermiza, solo que no había nada de malo en eso. Absolutamente todo lo que había pasado era bueno. Muy bueno. Fue increíble.

—¿Qué tal estás? —me preguntó después de unos necesarios segundos de recuperación.

—Me has dejado sin aliento, así que supongo que eso es buena señal.

—Lo es. ¿Te ha dolido mucho?

—Un poco, pero el placer ha sido mayor. ¿Crees que podríamos hacerlo otra vez?

Adam se carcajeó a todo volumen y yo también lo hice al darme cuenta de que era lo mismo que le preguntaba después de ver una película. Con él todo me parecía poco, siempre quería repetir.

—Quizá mañana, ahora tienes que descansar.

—Sí… No podría volver a hacerlo ahora mismo. Eres grande, Adam Ambrose —le dije de forma sugerente abriendo mucho los ojos.

Él se dejó caer en la cama sin poder dejar de reír y después se incorporó para abrazarme.

—¡Te has sonrojado! —exclamé satisfecha ante aquella visión.

—Haces mucho más que sonrojarme, pero sin duda no esperaba ese comentario.

Nos quedamos allí acurrucados, desnudos, todavía con las sensaciones revoloteando a flor de piel. Nos besamos, nos sonreímos y nos miramos hasta que el sueño, de nuevo, nos atrapó.

22

Quiero conocer tu mundo

Pese a mis ganas, fue imposible repetir a la mañana siguiente. Me levanté algo dolorida y con el tiempo justo de ir a trabajar. Fue parecido a la resaca que tuve tras la fiesta, pero sin el dolor de cabeza y sin el estómago revuelto. Me di una ducha rápida mientras él preparaba el desayuno y nos lo comimos de camino al trabajo.

—¿Nos vemos esta noche?

Me había levantado con una idea muy clara en mi cabeza, pero quería meditarla durante mis horas en el hospital. Me vendría bien para estar entretenida mientras limpiaba y también quería estar segura del todo antes de hablar. Sabía que si cruzaba esa frontera ya no podría volver atrás y, lo más importante, no sabía si querría retroceder. Me pasé las horas de trabajo sumida en mis pensamientos. En lo que había ocurrido la noche de antes, en las palabras de la abuela, en la posible respuesta de Adam ante lo que quería pedirle. Una parte de mí temía que, si él me lo negaba, algo entre nosotros se rompería. La confianza, quizá. Esa que había nacido de la nada, pero que se tornó plena sin saber por qué. ¿Por qué confías en alguien? ¿Por qué desconfías de otros? ¿Qué tenía él de especial? ¿En quién me estaba convirtiendo yo?

—Adam, te quiero pedir algo.

Mi tono de voz captó toda su atención, porque paró de comer y dejó las patatas sobre la mesa. Él nunca dejaba una patata abandonada.

—Tú dirás.

—Lo he estado pensando mucho y siento que ya estoy lista para dar el paso.

—¿Qué paso? Anoche ya dimos uno importante.

—Créeme, para ese estuve lista mucho antes —le sonreí levemente.

—¿Entonces?

—Quiero conocer tu mundo. El mundo.

Él arqueó las cejas, no supe si animándome a seguir hablando, pero lo hice.

—Quiero que me enseñes la otra cara de la ciudad. Quiero conocer tu casa, a tu gente, quiero…

—Rainbow —me interrumpió—. ¿Esto es por lo que te dijo tu abuela? No quiero que te sientas obligada a nada, estamos bien así.

—No, Adam. Bueno, sí que estamos bien así, pero ya no es suficiente. He vivido demasiado tiempo con los ojos cerrados y ya no hay forma de que ignore todo lo que me rodea. Y quiero saber más de ti, ¿por qué nunca me has invitado a tu casa?

—Estaba esperando a que me lo pidieras.

—Pues bien, te lo estoy pidiendo. En realidad, te estoy pidiendo mucho más que eso.

—Ya veo…

Adam pareció estar sopesando muy en serio lo que le estaba pidiendo y por un segundo temí que me cerrara esa puerta.

—Está bien. Lo haremos, pero iremos poco a poco. No quiero que se te vaya la cabeza, me gustas tal y como eres.

Una sonrisa enorme me cruzó la cara.

—A mí también me gustas tú.

—¿Ah, sí? —me preguntó gratamente sorprendido mientras me rodeaba por la cintura.

—Hum… un poco, tampoco te lo creas demasiado.

Él me sonrió con picardía y aplastó su cuerpo contra el mío haciéndome saber que estaba listo para volver a la acción. Yo también lo estaba.

—Me vuelves loco, pequeña Rain —susurró sobre mis labios.

—Lo mismo digo.

Ya no hubo más susurros, ni juegos de palabras, ni ganas contenidas. Ambos explotamos de una forma que no sabía que podía ser posible. Lo que la noche anterior había sido tierno y pausado, se había vuelto pasional, arrebatado, sobrecogedor. Adam me pidió

permiso con la mirada para ir un poco más fuerte, más dentro, y vaya si se lo concedí. En ese momento le habría dicho que sí a cualquier cosa. Lo hicimos como dos auténticos salvajes o así es como yo me sentía. Fuera de mí, completamente ida, con una sola idea en mi mente: sentir, disfrutar, volar junto a él. Fundirme con su cuerpo hasta perder el conocimiento y volver a repetir después. Y es lo que hicimos. Durante varios días seguidos, además. Nos devoramos como fieras, no hubo una parte de nuestros cuerpos que se quedara sin explorar, sin besar, sin acariciar. Entramos en una vorágine de sexo, de manos que se colaban por todas partes y a todas horas, de besos eternos, de miradas que expresaban el infinito sin necesidad de hablar. Si Adam no quería que se me fuera la cabeza, tendría que haberlo pensado antes de hacerme todo eso que me hacía. No podía pedirme que siguiera igual después de haber descubierto cómo era estar juntos, después de saber cómo era tenerlo dentro de mí, después de haber tenido su lengua saboreando cada rincón de mi cuerpo y de haberme asegurado entre lametones que yo era más deliciosa que el chocolate. Nada podría seguir igual después de aquello y eso fue exactamente lo que pasó. Ya nada fue igual.

23

Si no lo tuviera, él no estaría aquí

Nos costó, pero por una tarde conseguimos tener las manos quietas y sustituimos la dosis de tocamientos por esa visita que yo llevaba tiempo imaginando. Adam me había esperado a la salida de mi trabajo para enseñarme, de una vez por todas, la zona norte de la ciudad. Solo había cruzado el río para ir a aquella fiesta, algo que se me antojaba ya muy lejano, y estaba hecha un saco de nervios. Él lo notó al instante y me aseguró que todo iría bien. Yo lo sabía, pero me gustó que intentara tranquilizarme. Por muy nerviosa que estuviera, con él siempre me sentía a salvo.

Dejamos atrás las casas, que eran parecidas a las de mi zona, pero con el ladrillo en color amarillento, y nos adentramos en una especie de bosque que había vivido tiempos mejores. En realidad, aquello no era más que un secarral con algún árbol y arbusto desperdigado aquí y allá. Lo pintoresco del sitio, sin lugar a dudas, eran las caravanas que ocupaban casi todo el espacio. Las había de todos los tamaños, formas y colores, pero todas tenían algo en común, y era que al lado de cada una había un pequeño espacio con sillas y mesas. Algunas de ellas estaban ocupadas y otras no. De algunas caravanas colgaba una especie de toldo que cubría esa zona y otras estaban a pleno sol. Nunca había visto nada así.

—¿Es aquí donde vives? —le pregunté un tanto recelosa.

—Aquí es donde se reúne La Tribu. Algunos de ellos sí que viven aquí. Quieren abaratar costes y eso… Una caravana es más barata que una casa, como ya te puedes imaginar por el aspecto y el tamaño. Además, que ya solo sirven como cascarón, a nadie se le ocurriría usarla como transporte. Yo soy de los que tiene casa.

—Oh… ¿Y qué hacéis aquí?

Ya nos habíamos adentrado en el inmenso recinto y caminábamos a paso lento entre los vehículos. Notaba que la gente me miraba, pero yo estaba demasiado absorta en las explicaciones de Adam.

—Es nuestro punto de encuentro. Aquí pasamos el rato, hacemos reuniones, debatimos, planificamos y cosas así. Por ejemplo, esta noche van a organizar la próxima fiesta que será este fin de semana. ¿Querrás venir?

—¿Otra vez como gorrona?

—Otra vez como mi acompañante —me reprendió con la mirada.

No le contesté. No tenía claro si quería volver a una de esas fiestas. Era demasiado tentador.

—¿Y tu familia? ¿Tienes amigos?

Adam se rio.

—Claro que tengo amigos, soy de lo más simpático, ¿por qué no iba a tenerlos?

—Bueno… yo no los tengo —dije en una evidente mueca de disgusto.

—Por eso tienes que venir a la próxima fiesta. Te presentaré a gente, aunque, si quieres, puedo empezar ahora.

—¿Ahora?

La voz me salió temblorosa. Él me sonrió.

—Estaba bromeando. Te dije que iríamos poco a poco y eso es lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo?

—Me parece bien. ¿Puedo ver tu casa?

Adam me rodeó con su brazo y caminamos hasta una zona de viviendas similar a todas las demás. No sabía muy bien por qué, pero me hacía ilusión ver donde vivía, aunque ya me imaginaba que su casa sería aburridamente parecida la mía, y probablemente, a todas las demás. A simple vista lo era, una casa más igual al resto, pero fijándome un poco más comencé a ver pequeñas diferencias. Algunas muy sutiles, como que solo había un cojín en el sofá en lugar de dos, y otras más evidentes, como el pequeño tarrito de cristal que relucía en la cocina. Había tres bombones en su interior.

—Me gusta tu casa —dije asintiendo mientras inspeccionaba cada

rincón.

—Es igual que la tuya.

—Sí y no. Esta tiene tu toque. Solo un cojín en el sofá, la mesita la tienes a un lado, la cocina está algo más enredada que la mía y me atrevo a decir que los muebles son más oscuros.

—Chica observadora. ¿Quieres ver el dormitorio?

De la mano me llevó hacia allí y cuando entré me quedé pasmada mirando las paredes.

—¡Tienes cuadros! ¡Y tienes un montón!

Me acerqué a cada uno de ellos y me dediqué un buen rato a contemplarlos; incluso me atreví a tocar alguno. No eran más que garabatos sin sentido, formas extrañas y líneas difusas, pero eran a todo color. Una mezcla perfecta de todos los colores existentes salpicados sobre unas láminas blancas que colgaban de todas las paredes de su habitación.

—Son preciosos —susurré boquiabierta.

—No son más que brochazos, pero me relaja pintarlos.

—¡¿Los has pintado tú?! ¿Crees que podría intentarlo yo también?

Adam se rio con ganas y tiró de mí hacia la cama.

—No es justo. Sabes que no puedo negarme si me pides algo de ese modo.

—¿Y cómo te lo estoy pidiendo?

—Pues con emoción, con esa mirada iluminada y radiante llena de ilusión, con esa sonrisa tuya que hace que quiera dártelo todo.

—Oh… Eso es muy bonito, Adam Ambrose —contesté apenas sin aliento mientras le daba un tímido beso en la nariz.

—Tenía muchas ganas de tenerte en mi cama, ¿sabes? Llevo pensando en esto desde que nos conocimos, prácticamente.

—¿Te estás quedando conmigo?

En lugar de responder con palabras lo hizo dándome un largo y sentido beso que me desarmó por completo. Comenzamos a desprendernos de la ropa y a rodar por toda la cama. Estaba atrapada por él, por todo lo que me hacía sentir, pero no sé por qué algo me hizo abrir los ojos de repente. No sé si fue el sonido o que sentí que no estábamos solos en la habitación. El caso es que giré la cabeza y allí,

junto a la cama, con la cabeza apoyada sobre el colchón, había algo que yo no había tenido la oportunidad de ver en persona jamás. Solté un grito de sorpresa y me aparté haciendo que él también se asustara.

—Rainbow, te presento a mi fiel amigo, el Señor Brown.

—No me lo puedo creer. ¡¿Tienes un perro?! ¿Lo puedo tocar?

Adam dio unos leves golpes en el colchón y el perro saltó sobre la cama asustándome un poco más.

—Tranquila, está bien entrenado. Lo tengo enseñado para que se esconda debajo de la cama al oír las llaves de casa, y te aseguro que no mordería aunque quisiera. Es lo más bueno del mundo.

Era de tamaño mediano, con orejas grandes y con el pelo muy corto de un color parecido al de los bombones. Tenía unos enormes ojos azules que hablaban por sí solos y que podrían enamorar a cualquiera. Adam comenzó a acariciarlo y me lancé yo también. Estaba suave, blandito y muy caliente. Jadeaba mostrando su lengua rosada y se le cerraban los ojos de vez en cuando ante la dosis de caricias que le estábamos dando.

—Es precioso. ¿Cómo lo has conseguido? Pensaba que nadie tenía ya mascotas.

—Me lo encontré abandonado en un callejón cuando era un cachorro. Estaba mucho más delgado, era casi de color negro de la cantidad de suciedad que llevaba y, simplemente, no me pude resistir. ¿Tú has visto su mirada? Fue imposible hacer como si nada y me lo traje a casa.

—Pero Adam, estás sacrificando unidades por él —le dije alarmada.

—No siempre, a veces comparto con él mi comida —me sonrió.

—Eso es… No sé cómo puedes hacerlo y ni siquiera llego a comprenderlo del todo, pero es algo maravilloso.

Comencé a besarlo de nuevo, con la intención de continuar donde lo habíamos dejado, pero el perro seguía en la cama moviendo la cola y la novedad pudo conmigo.

—Lo siento, pero no creo que pueda concentrarme con esta cosita mirándome así.

—Ah, no, eso sí que no. Señor Brown, fuera de la habitación —ordenó.

—¡No! ¡Pobre!

—No vas a dejarme de lado por un perro, por muy alucinante que sea. Esta noche eres mía.

El dueño de esa frase, la cual me había hecho estremecerme entera, le hizo un leve gesto con la cabeza para que saliera del cuarto. El perro saltó de la cama en dirección al salón y Adam cerró la puerta tras él.

—No tienes corazón.

—Si no lo tuviera, él no estaría aquí. —Saltó sobre mí de un modo salvaje y excitante.

—Eres alucinante, ¿lo sabías?

—Yo te voy a hacer alucinar a ti. ¿Estás preparada?

Asentí presa de las ganas. Estar con Adam era increíble en todos los sentidos. Explorar su cuerpo, que él explorase el mío, sentirlo por todas partes, acariciarnos, poder reírnos entre medias y siempre querer más. Era consciente de que no podía compararlo a nada ni a nadie, pero no me hacía falta. Sabía que él era todo lo que yo quería, y esa certeza la sentía tan adentro que daba incluso miedo. Me olvidé enseguida del Señor Brown y del mundo que nos rodeaba. Era lo que ocurría cuando estaba con él, que todo lo demás dejaba de importar. Incluso la Tierra parecía detenerse y esa era la mejor sensación posible. Nos perdimos entre sus sábanas una y otra vez hasta que el día marcó el punto y final.

24

ADAM

Por fin había conseguido tenerla entre mis sábanas. Fue demasiado deslumbrante verla allí tumbada con su larga melena rubia y esos expresivos ojos azules que me estaban volviendo loco a pasos agigantados. Al Señor Brown también le gustó ella; ambos se gustaron. Hubo momentos en los que llegué a sentirme desplazado, pero verla disfrutar así de emocionada lo compensaba con creces.

Había aceptado acompañarme a la fiesta. Casi tuve que rogarle, a pesar de saber que se moría de ganas por venir, pero también sabía que ella seguía teniendo miedo a los excesos y a las tentaciones. Me había pedido que le enseñara mi mundo, y yo quería hacerlo, pero yo también seguía teniendo miedo a que ella saliera corriendo en cualquier momento. No podía permitir que eso ocurriera.

Esa vez la fiesta se celebraba en casa de Lissy, lo cual me dio la excusa perfecta para presentarlas y esperar que se cayeran bien. Lissy era una buena amiga y Rainbow necesitaba una. A veces me preguntaba cómo había conseguido vivir aislada del mundo durante tanto tiempo y haber salido tan airosa de ello. Yo me habría vuelto loco de remate, así que eso dejaba patente su enorme fortaleza. Todo lo frágil que me pareció la primera vez que la vi se había ido transformando en coraje con el paso de las semanas y yo no tenía más que palabras de admiración y agradecimiento hacia ella. Por haber confiado en mí, por haber aparecido en mi vida, por hacer que me ilusionara junto a ella con cada pequeña cosa. Rainbow me estaba dando demasiado y yo no veía mejor forma de agradecérselo que con comida, bebida y mucho amor.

—¿Estás lista para la fiesta?

—Supongo que sí, pero, por favor, no dejes que me vuelva tan loca.

Sonreí, pero no se lo prometí. Su faceta desmelenada era todo un deleite para mi vista y me apetecía volver a verla. Me pareció que ella también estaba deseando sacarla a pasear. En cuanto le presenté a Lissy, esta no dudó en arrastrarla a su dormitorio ante la mirada de socorro de Rainbow. No tardó demasiado en salir, pero cuando lo hizo… la barbilla me llegó al suelo.

—Tu amiga se ha pasado —dijo avergonzada tirando del bajo de la falda—. Le he dicho que no era necesario, pero ha insistido y no he podido decirle que no. ¿Qué tal estoy?

Lissy me guiñó un ojo desde el fondo del salón y yo supe que le había presentado a la persona correcta.

—Estás increíble, pequeña Rain.

—También me ha maquillado.

Ni siquiera escuchaba la música, todo se había quedado en silencio con su aparición. La falda corta negra y la camiseta, del mismo color, con un amplio escote, contrastaban de pleno con el rubio de su melena y la claridad de su piel. Tenía un ligero rubor en las mejillas, los labios de color frambuesa y una mirada felina.

—Cuando me has pedido que no te deje volverte loca... Me parece que en realidad va a tener que ser al revés.

La levanté en peso pillándola por sorpresa y comencé a besarla sin importarme nada ni nadie. Ella gimió dentro de mi boca y fuimos dando tumbos hasta acabar apoyados contra una pared. Supe que tenía que parar cuando escuché los vítores de fondo y vi todos los ojos puestos sobre nosotros. Ella me abrazó ocultando su rostro junto a mi cuello y yo me reí a más no poder.

—Joder, ¡qué vergüenza!

La llevé hasta la cocina y le ofrecí una cerveza. Brindamos por la increíble fiesta que acababa de comenzar y, a partir de ahí, todo se fue desarrollando de una forma natural aunque precipitada. Estaba volviendo a suceder.

—No deberías beber más.

—¿A qué me has traído, si no? Va a resultar que esta mierda me gusta. ¿Y la comida? ¡La comida me encanta! ¡Oh, mira! ¡Aquí también hay libros! ¿Crees que me dejarán llevarme alguno?

Lo bueno era que no desentonaba con el ambiente que había, pero yo estaba empezando a temer que al día siguiente se arrepintiese de todo y me echara a mí la culpa. Al fin y al cabo, yo la había metido en ese mundo y parecía que le gustaba demasiado. De pronto se puso a bailar junto a la estantería de libros y se metió uno bajo la camiseta. Hasta un niño pequeño se habría dado cuenta de lo que ocultaba, pero ella pensaba que había encontrado el escondite perfecto.

—No puedes llevártelo, pero yo te lo conseguiré.

—¡No es justo! No puedo hacer nada…. —gimoteó—. ¡Vamos a bailar!

Ella seguía comiendo y bebiendo en pequeñas cantidades y no se detenía ni para bailar. Contemplar aquello fue grandioso. Su cuerpo se movía libre, la sonrisa le iluminaba toda la cara y sus ojos me hablaban sin necesidad de palabras.

—Adam, quiero hacerlo —susurró junto a mi oído.

—¿Hacer el qué?

—Usar mis primeras unidades.

—¿Y a qué viene eso ahora? —le pregunté algo decepcionado con que la respuesta no hubiese estado relacionada con el sexo. No podía dejar de contemplar lo sexy que estaba.

—Quiero comprar algo de comida para el Señor Brown. También quiero comprar una bolsa de bombones para ti y puede que también me compre yo algo. Siempre he querido cantidad de cosas, pero ahora no se me ocurre nada. ¿Por qué pasa eso?

—Porque has bebido demasiado y llevas un chute de azúcar en el cuerpo que te vas a subir por las paredes.

—Es la mezcla perfecta, ya me lo dijiste tú —trató de excusarse.

—La mezcla perfecta eres tú.

—Oh… Pero no me despistes, ¿me vas a ayudar a hacerlo o no?

—Solo cuando estés lúcida y sea realmente necesario. Una vez se empieza no es nada fácil parar.

—Sé a lo que te refieres. Todo esto que habéis montado es demasiado y tiene el grave peligro de querer que sea permanente. ¿Es así como se siente ser parte de La Tribu? ¿Crees que yo también podría ser de los vuestros?

La callé con un beso. Estaba hablando demasiado, gritando por encima de la música y diciendo cosas de las que probablemente se arrepentiría al día siguiente. Le propuse volver a casa, pero se negó en redondo, así que continuamos la fiesta sin parar de bailar, de reír, de comer y de hablar. Tuve que encerrarme con ella en el baño cuando decidió ponerse más cariñosa de la cuenta en el salón delante de todos. Había mucha gente dándose el lote, pero ella estaba metiendo su mano por mis vaqueros y no lo podía permitir. Sobre todo, porque yo estaba deseando que lo hiciera y sabía que no podría pararle los pies.

—Quiero hacerlo con música —dijo abalanzándose sobre mí una vez habíamos entrado en el baño y me había asegurado de echar el cerrojo.

—¿Lo de usar tus primeras unidades? —bromeé sabiendo que en ese momento no se refería a eso.

Sin decir nada más coló sus manos por debajo de mi camiseta y volvió a la cinturilla de mis pantalones.

—De acuerdo, te conseguiré la música y todo lo que me pidas.

Ella se rió con ganas antes de que comenzáramos a besarnos como auténticos locos. Me perdí un rato en sus pechos y después levanté su falda haciendo que se le enrollara en la cintura.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

Me miró fijamente mientras se frotaba conmigo y supe que íbamos a hacerlo. Esa nueva faceta suya me tenía tan sorprendido como excitado. ¿Dónde estaba aquella chica tímida y temblorosa que había conocido en la tienda de alimentación? La levanté en peso y la dejé caer sobre mí. Agradecí que la música ocultara nuestros gemidos. Lo hicimos así, de pie, sin apenas hablar, con los ojos cerrados evadiéndonos de todo. Era la primera vez que lo hacíamos tan salvaje y fue brutal.

Salimos del baño con la mirada perdida en el suelo y volvimos a la fiesta hasta que se aproximó la hora de dormir.

—No quiero —lloriqueó—. ¿Por qué tenemos que hacerlo? Sería increíble pasar así toda la noche, ¿no te parece?

Cuando llegamos a mi casa me planteé seriamente si contarle

nuestro pequeño secreto acerca del sueño, pero sabía que no era el momento. Necesitaba que tuviera todos los sentidos activados y aquella noche ninguno de los dos estaba en condiciones de nada. Aquellas fiestas eran para evadirse, para ponerse hasta arriba, para disfrutar y mandar a la mierda a la sociedad y a todas sus normas. Y eso era precisamente lo que habíamos hecho.

—Rainbow, es casi la hora, será mejor que te metas en la cama.

—¡No quiero!

—Ey, venga, no me hagas perseguirte, apenas si me quedan fuerzas para nada.

—Eso seguro, ya has gastado toda tu energía antes en el baño. Ha sido lo más, ¿no crees? —dijo apretándose contra mí.

—Lo puto más.

Comenzamos a besarnos de nuevo, a quitarnos la ropa, a tocarnos como no habíamos tenido oportunidad en nuestro breve pero intenso encuentro. La guié hasta la cama a sabiendas de que se quedaría dormida en unos minutos y, joder, cómo me reventaba eso.

—No nos da tiempo —jadeé metiendo la cabeza entre sus piernas.

—Oh, yo creo que sí. Inténtalo.

No me hizo falta más. Me dije a mí mismo que si teníamos cuatro minutos los iba a aprovechar al máximo y eso fue lo que hice. Comencé a besarla, a lamerla, a hacérselo con la boca mientras ella gemía, gritaba y me agarraba del pelo. El Señor Brown salió en estampida de la habitación ante tal espectáculo. Esa era la palabra. Verla deshacerse sobre mi boca fue un auténtico espectáculo en todos los sentidos y así se lo hice saber. Subí hasta sus labios, la besé y me dejé caer junto a ella.

—Si yo soy un espectáculo, ¿tú qué eres, Adam Ambrose? No sé lo que eres, pero sí sé que te quiero. Joder, ya lo creo que te quiero.

Se quedó dormida un segundo después. Sin duda, ella había sido la encargada de poner el broche de oro a la noche.

PARTE II

25

¿Sabes lo incómodo que es dormir así?

El esperarme la resaca no hizo que fuese mejor que la primera vez. Había comido, bebido y bailado más que la vez anterior, ¿por qué esperaba sentirme mejor? Adam se encontraba a mi lado, como esperando a que yo abriese los ojos de una vez por todas. Su sonrisa iluminó toda la habitación.

—Te quiero —susurró.

Lo miré un tanto atolondrada, confusa, con el corazón latiendo desbocado en el pecho.

—Anoche no me dio tiempo a responderte y quería que fuera lo primero que oyeras al despertar. No puedes decirme que me quieres por primera vez y luego quedarte dormida. He tenido mi «te quiero» toda la noche dando vueltas en la boca y en el pecho. ¿Sabes lo incómodo que es dormir así?

Me reí y lo abracé. Lo abracé tan fuerte que fue casi doloroso.

El turno de trabajo aquel día fue horrible; yo me sentía así. Cuando por fin terminó, me obligué a ir a visitar a mi madre. Total, ya estaba hecha mierda y quizá aquello me distraería. Vaya si lo hizo. Me costó reconocerla, y eso que tampoco había pasado tanto tiempo desde que me marché. Su pelo había encanecido, sus ojeras ocupaban media cara y había perdido peso. Me sentí terriblemente culpable, nunca debería haberla dejado sola en aquella cabaña aislada en medio del bosque con el reciente peso de la muerte de la abuela.

—Mamá.

Levantó la vista, pero le costó enfocar. Tenía la mirada perdida, ida, acuosa. La abracé, pero fue igual que abrazar un tronco de árbol. Miré con disgusto los platos sucios amontonados en el fregadero, cómo el polvo se acumulaba sobre los escasos muebles. Me apresuré a abrir las ventanas y a recoger un poco antes de sentarme junto a ella.

—¿Cómo estás, mamá?

—Estoy bien, estoy bien —repitió de forma automática.

—Pues no lo parece. Nunca había visto la casa así.

—Es solo que estoy cansada. He pedido trabajar más horas en el hospital…

—¿Por qué has hecho eso? No tienes necesidad —me alteré.

—Ahora tengo demasiado tiempo libre.

—¿Y así lo empleas? ¿Trabajando más horas? ¿Para qué? Ni siquiera sacas provecho de tus unidades. Con tu sueldo podrías estar en una casa más cerca del trabajo, con más comodidades. Podrías venir a vivir conmigo, ya te lo dije, no me gusta que estés aquí sola.

—Y yo te dije que no pienso irme de esta casa. Es como abandonar a tu abuela y no pienso hacerlo —contestó tajante.

—Pero mamá, la abuela ya no está y parece que tú te has empeñado en desaparecer junto a ella. ¿Has comido algo decente últimamente?

Sentía que habíamos intercambiado los papeles de madre e hija, pero no me quedaba más opción. Me levanté para revisar los alimentos que tenía y así di con la respuesta al porqué de su pérdida

de peso. Una punzada de dolor me atravesó el corazón al ver que la poca comida que había se estaba echando a perder.

—Mamá, esto está pasando de castaño oscuro —le dije sorprendiéndome por usar unas palabras que ella siempre me había dirigido a mí. Las usó mucho en mi época más rebelde—. Voy a salir a comprar ahora mismo, te vas a comer lo que te prepare y te vas a encargar de ti misma de aquí en adelante o te juro que te monto en la silla de la abuela y te llevo a mi casa en contra de tus deseos. ¿Me estás escuchando?

Ella pareció ser consciente de repente de lo que estaba diciendo y asintió algo avergonzada.

—No tardaré.

Caminé a paso rápido y furioso hasta la tienda de alimentación más cercana, la misma en la que había conocido a Adam, con la idea de comprar únicamente los mismos alimentos de siempre, pero conforme iba avanzando mi idea de la noche anterior fue cobrando protagonismo. Mi yo de niña había crecido viendo siempre el mismo tipo de alimentos, comiendo las mismas comidas, y jamás se preguntó si había algo más. Cuando descubrí que ese «algo más» albergaba toda una infinidad de opciones, los alimentos que siempre había visto como normales me parecieron aburridos, asquerosos e incluso llegué a despreciarlos. Qué curioso ver cómo cambia tu percepción cuando se derriban muros y se amplían fronteras.

Y allí estaba yo, en la tienda de alimentación, dispuesta a hacer lo que tanto tiempo llevaba anhelando. Había llegado el momento de dar el paso y me encontraba más que lista. Quería hacerlo. Cogí un surtido variado y reglamentario para mi madre, una cantidad moderada con la que pudiera ir tirando unos cuantos días. Tenía claro que mis visitas por casa iban a tener que ser más continuas si quería asegurarme de que estuviera bien.

A continuación, puse en marcha mi plan, ese que le había contado a Adam en pleno subidón. Inspeccioné las latas de comida para perros y, finalmente, elegí la que me pareció más deliciosa, una con trocitos de carne y guisantes. Ni siquiera me tembló la mano, al contrario, me sentí extrañamente bien. Fui después a la zona de los chocolates y cogí

una bolsita de bombones, los que estaban rellenos de caramelo. Esos me costó menos identificarlos, pues ya estaba acostumbrada a verlos. Eran los mismos que siempre comía Adam y sonreí como una idiota apretándolos junto a mi pecho. Por último, agarré una porción de tarta de queso, la misma que había compartido con la abuela, y salí de la tienda sintiéndome pletórica. Tenía quince unidades menos, pero, por primera vez en toda mi vida, me había sentido libre. Inspiré con fuerza al sentir el viento de cara y emprendí el camino de vuelta. Me sentía como si acabara de luchar en una batalla y hubiese ganado la guerra. Pero sabía que la guerra estaba a punto de desatarse, en cuanto mi madre me viera aparecer con la porción de tarta. Esperaba que aquello la hiciera reaccionar porque, si ese trozo de pastel no lo hacía, era que la cosa estaba mucho peor de lo que yo pensaba.

Guisé una sopa sencilla como tantas veces le había visto hacer a ella y mientras le ordené que fregara los platos. Me sorprendió que me obedeciera sin más e incluso me hizo gracia su actitud. Nunca había visto a mi madre tan alicaída, y sabía que no era ninguna buena noticia, pero algo en mí se relajó al verla más humana, menos altiva. La presión que siempre había llevado sobre sus hombros se había desvanecido o quizá había terminado por aplastarla. Fuera como fuese, aquella nueva cara de mi madre me resultaba dolorosa de ver, pero, al mismo tiempo, era la cara más real que le había visto nunca.

Tomamos la sopa en silencio, sorbiendo hasta la última gota de caldo. Iba a preguntarle si le había gustado, pero ella se adelantó dándome las gracias.

—No me las des todavía. He reservado lo mejor para el final.

Coloqué la porción de tarta sobre la mesa y observé cómo sus ojos se iban abriendo más y más. También lo hizo su boca, y luego se puso de pie, empezó a tartamudear y a mí me dio por reír.

—¡¿Qué has hecho?! —se llevó las manos a la boca. Tenía el rostro desencajado, pero yo no podía parar de reír. No sé si fueron los nervios, el estar desobedeciéndola tan de frente o qué, pero me pareció una escena de lo más divertida.

—Compartí un trozo de estos con la abuela antes de… antes de que se marchara —carraspeé dejando a un lado las risas—. Por si te

quedas más tranquila, aquel trozo fue un regalo, pero este sí que lo he comprado yo. Es la primera vez que lo hago y quiero compartirlo contigo.

Me miró como si me hubiera vuelto loca y temí en ese momento que volviera a castigarme como cuando era niña. Seguramente se aguantó las ganas de hacerlo.

—No pienso comer semejante aberración. ¿Cómo has podido? Con todo lo que te he enseñado, tanto tiempo educándote para que ahora hagas algo así… No lo entiendo, ¡te juro que no consigo comprenderlo!

Se dejó caer en la silla tan furiosa como derrotada.

—¿La verdad? Quería hacerte reaccionar y veo que lo he conseguido. Y también es verdad lo que te he dicho, me gustaría que compartiéramos este trozo de tarta. ¿Eres capaz de recordar el sabor? La abuela me contó que el abuelo solía traer algún que otro capricho.

Vi la añoranza y el anhelo en sus ojos, pero se repuso demasiado rápido.

—En esta casa no entran ese tipo de cosas y lo sabes. Si no te lo llevas acabará en la basura —gruñó.

Me encogí de hombros, aparentando indiferencia, pero rogué para que no lo hiciera.

—Me pasaré mañana. Y si no quieres que esto se convierta en una costumbre, trata de reponerte. Ya he perdido a la abuela, no puedo perderte a ti también.

Le di un beso en la mejilla y caminé hasta mi casa, donde sabía que Adam me estaría esperando. Me moría de ganas por contarle lo que acababa de hacer.

26

Lo es si se trata de ti

—Tenemos poco tiempo, acabo de gastar mis primeras unidades —le dije nada más verlo sentado en los escalones, junto a mi puerta.

—¿Cómo dices?

—Han sido quince en total, ¿cuándo crees que me pondrán a dormir?

Adam me arrastró dentro y se colocó frente a mí con el ceño fruncido.

—Rainbow, dime qué has hecho.

—¡No me mires así! No es para tanto, hacía mucho que quería hacerlo y tú lo haces sin parar.

Resopló tratando de serenarse.

—Anoche te pusiste hasta arriba de todo, ¿qué necesidad tenías?

—Te lo dije. Quería comprar comida para el Señor Brown y bombones para ti.

Le enseñé las dos cosas con una sonrisa de orgullo y él se llevó las manos a la cabeza.

—No tenías que hacerlo.

—Lo sé, pero quería hacerlo.

—No me gusta que lo hayas hecho. El Señor Brown es mi responsabilidad y los bombones son mi capricho.

—Y yo soy libre de gastar mis unidades en lo que quiera y no se me ocurre mejor forma de hacerlo que esta. Sé que jamás podré darte las gracias por todo lo que has hecho por mí, pero algo es algo.

Resopló molesto, se cruzó de brazos y me miró con un gesto severo que no le había visto hasta ese momento.

—¿Y la tercera cosa? Has dicho que eran quince unidades.

Le conté lo de la tarta de queso, el estado en el que me había

encontrado a mi madre, mi plan para hacerla reaccionar. También le dije lo bien que me había sentido transgrediendo las normas por primera vez y él me advirtió que debía llevar cuidado.

—Prométeme que no volverás a hacerlo.

—No puedo prometerte eso.

—Yo puedo conseguirte lo que quieras y lo sabes.

—¿A costa de tus unidades o de saquear a tu Tribu? Ni lo sueñes. Además, me vendiste demasiado bien tu idea de vida, de libertad, tu rebeldía contra la sociedad y el atractivo de disfrutar el momento. Ahora no puedes pedirme que lo olvide.

Él hizo una mueca de desagrado.

—Cuando te conté todo eso yo no te quería tantísimo y ahora tengo pánico de lo que puedas hacer. Ya has abierto la veda y sé que volverás a hacerlo. Hablo por experiencia propia.

Su respuesta me enterneció.

—Adam, no es para tanto, tú más que nadie debería saberlo.

—Lo es si se trata de ti.

—Estaré bien, te lo prometo —le acaricié la mejilla—. Solo tengo que acostumbrarme a que tendremos menos tiempo para estar juntos, pero lo recuperaremos, te lo aseguro. ¿Me explicas cómo se lo cobran? No pueden restarme las quince unidades hoy, es imposible…

Pareció pensarse la respuesta y aguardé. Nunca lo había visto tan preocupado y algo me decía que no era solo por lo que yo había hecho.

—No se las cobran todas de golpe. Lo habrían hecho si fueran solo cinco, pero si pasas de ahí las van dosificando. Te quitarán cinco horas hoy, cinco mañana y cinco pasado mañana.

—Oh.

Me miré el reloj. Tan solo faltaban veinte minutos para las siete de la tarde y un nudo se instaló en mi garganta.

—Dormiré de siete a doce para pagar uno de los alimentos prohibidos y después enlazaré con las horas de sueño de siempre —dije dubitativa.

—Así es.

—Está bien. Es lo que cuestan, así que ya está, pagaré el precio.

Estoy contenta de haberlo hecho.

Asentí como reforzando mis palabras, pero lo cierto era que aquello ya no se sentía tan bien. Estaba acostumbrada a que me pusieran a dormir a las doce, lo tenía asumido, pero cinco horas menos de repente me parecieron demasiadas y comprendí el poder que tenían los Gestores del Tiempo sobre todos nosotros. Nos tenían en una especie de jaula de cristal. Aparentemente éramos libres, pero no éramos más que esclavos, títeres, un experimento a gran escala. El que dispusieran a su antojo de nuestro tiempo de vida me pareció tan repulsivo que tuve que hacer un tremendo esfuerzo para tragarme la rabia que se estaba despertando dentro de mí. No quería que Adam pensase que me estaba arrepintiendo, porque no era eso, y tampoco quería hacerle sentir peor. Fue en ese instante cuando realmente comprendí que si no éramos dueños de nuestro tiempo, no lo éramos de nada. Que nos habían obligado a conformarnos con las migajas, que nos habían doblegado a subsistir, a sobrevivir sin esperanza alguna. Nos habían despojado de nuestros sueños y, también, de nuestro futuro. Nada de aquello estaba bien.

—Estoy muy enfadada ahora mismo —le dije entre lágrimas sin poder contenerme más.

—Lo sé.

Él me abrazó, me acarició el pelo y se quedó conmigo, en silencio, hasta que llegó la hora de saldar mi deuda.

27

Creo que voy a tener pesadillas

El día siguiente fue igual que el anterior. Volví a visitar a mi madre, comprobé en silencio que el trozo de tarta seguía en la nevera y me preparé para pagar el precio de lo que había hecho. Era una mierda sentirme castigada de esa forma, pero tenía que asumir que así eran las cosas y que no había nada que yo pudiera hacer. Bueno, sí que había otra opción y era no salirme del redil, claro, pero sabía que aquello ya no era posible. Cada vez sentía más asco al ser consciente de que me encontraba dentro del grupo de Los Adeptos, tal y como Adam nos había nombrado, y aquello no hacía más que despertar mi furia, mis ganas de seguir quebrantando la ley, de gritar de alguna forma que no pensaba seguir viviendo bajo sus normas. Aunque fuera cogiendo un simple trozo de tarta o cualquier otra cosa. Aunque tuviera que resignarme a dormir más de la cuenta. Sí, ellos me estaban robando tiempo de vida, pero anteriormente me habían robado la libertad y eso era lo que más me enfadaba.

El tercer día llegó y me sorprendí al comprobar que el trozo de tarta ya no estaba donde siempre.

—Dime que te la has comido. Como la hayas tirado, mamá, te juro que…

—No jures, que eso está muy feo, y menos a mí —me regañó—. Estaba esperándote. No he tenido valor para tirarla, pero tampoco para probarla, así que esperaba que pudiéramos hacerlo juntas.

Mi madre sacó la porción de tarta de su escondite y la puso en la mesa junto a dos cucharas. Los ojos se me inundaron. La comimos en silencio y no pude evitar recordar el momento tan parecido que había vivido con la abuela.

—¿Y bien? —quise saber.

—Tan deliciosa que no me extraña que esté prohibida. ¿Le gustó a la abuela?

Le conté el bonito momento que habíamos compartido y aproveché para hablarle de Adam y del hermoso gesto que había tenido. Ya que estaba revelándome, en cierto modo, mejor hacerlo del todo. Era evidente que nada de aquello le gustaba, pero no lo dijo, tan solo me escuchaba con atención. No sé si fue el trozo de tarta, el ver que habíamos intercambiado los papeles, la sopa que le cociné. Quizá fue cuando le supliqué que no podía perderla a ella también o cuando la amenacé con volver a coger alimentos prohibidos si no reaccionaba. El caso fue que lo hizo. De algún modo logró sobreponerse y volver a ser más o menos la que siempre había sido. Solo que no del todo. Su fragilidad había quedado más expuesta, como si la armadura que siempre había llevado se hubiera vuelto más endeble. Puede que le fallaran las fuerzas de tanto fingir. Puede que al decir adiós a la abuela también dijera adiós a una parte de ella. Yo nunca llegué a comprenderla del todo, pero sabía que prefería aquella nueva versión a la anterior. La versión rota pero real, al fin. Y ese fue el momento en el que conectamos, por primera vez, como madre e hija.

Pagué con gusto el último día de castigo y me dije a mí misma que no pasaría por lo mismo en una buena temporada. Adam tenía razón, había que dosificar, pero la idea se me hacía cada vez más complicada.

—¿Te apetece pasar el rato con Lissy y Benjamin?

—¿Quién es Benjamin?

—Su novio, llevan juntos muy poco, ¿no te lo presenté en la fiesta?

—Diría que no, pero igual sí lo hiciste. —Me reí recordando lo puesta que iba.

—Ha sido idea de Lissy, pero no pasa nada si no te apetece. No quiero ponerte en un aprieto.

Mi primer impulso fue decir que no. Conocer gente nueva era algo

para lo que no me sentía preparada, pero también me apetecía más que ninguna otra cosa. Y Lissy se veía maja, me había dejado su ropa, me había maquillado…

—Me parece una idea genial. Así podré devolverle su ropa.

—¿Estás segura?

—Bueno, en algún momento tendré que empezar a relacionarme con otros más allá de ir a gorronear a sus fiestas, ¿no te parece? Igual hasta acabamos siendo amigas, ¿te imaginas?

—¿Por qué crees que fue la primera que te presenté? Podríais llegar a ser muy buenas amigas.

Adam arqueó las cejas, como si aquello fuese una gran idea, y realmente lo era, pero yo me sentí muy abrumada. La palabra «amiga» no estaba en mi vocabulario, no podía ni empezar a imaginar cómo sería forjar una relación así. Pero le había pedido que me enseñara su mundo, su gente, y había llegado el momento de hacerlo.

Nos dirigimos de nuevo hacia el descampado de caravanas, pero no tuvimos que adentrarnos demasiado. Ella nos estaba esperando.

—¡Rainbow! —Lissy me dio un efusivo abrazo que me dejó clavada en el sitio—. Estaba deseando volver a verte. En la fiesta apenas tuvimos ocasión de hablar, ¿te lo pasaste bien?

—Sí, claro… Muchas gracias por todo —le contesté sonriendo a duras penas.

—No tienes que dármelas. Me alegra que disfrutaras, de eso se trata, ¿no? Mira, por ahí viene Benjamin. Lo he dejado a cargo de elegir la película. Es una prueba de fuego, espero que no os importe.

—Pobre chico —susurró Adam entre risas mientras Benjamin se acercaba.

Hechas las presentaciones caminamos hasta la casa de Lissy. Me costó reconocerla sin la gente, la música y toda esa comida y bebida por doquier. No pude evitar ir directa hacia la estantería donde estaban los libros mientras los chicos preparaban el ordenador.

—¿Te gusta leer? Puedo dejarte uno, pero tendrás que protegerlo con tu vida —me advirtió risueña.

—Creo que estuve a punto de robarte uno en la fiesta. Adam me detuvo, lo siento.

—Me decepcionarías si no lo hubieras intentando. ¿Qué diría eso de ti?

Lissy tenía la piel tostada, una larga melena oscura y unos ojos rasgados que llamaban toda mi atención. Toda ella era muy llamativa, y su enorme sonrisa y su personalidad arrolladora no hacían más que aumentar ese brillo tan especial que desprendía.

—Quería devolverte tu ropa —le dije sacándola de mi mochila.

—Nada de eso, es para ti. Es mi regalo de bienvenida.

—No lo entiendo.

—Por pertenecer a La Tribu, por ser una más.

Me sentí muy fuera de lugar de repente.

—Oh, no, yo no… Solo estoy con Adam. No…

—Si estás con él, estás con nosotros. Y quiero regalarte esa ropa porque ibas preciosa con ella y a mí ya no me vale. No puedes rechazar un regalo.

Lissy sirvió unas copas de vino blanco y me hizo un gesto con la cabeza para que me reuniera con ella en el sofá.

—Te juro que como haya elegido un bodrio de película, le voy a tener que restar muchos puntos. Y ya me jodería, porque la verdad es que Ben me tiene loquita.

—¿Existen las películas malas?

—Desde luego, aunque hoy en día todas son un lujo, así que hay que tragar. Pero créeme, las hay. ¿Cuáles has visto ya con Adam?

—Brave Heart y Titanic.

Se llevó la mano libre al corazón y suspiró.

—Te llevas al mejor, tienes que saberlo. Nos conocemos desde pequeños, nos hemos criado juntos y somos prácticamente hermanos. Me parece que esa es la única razón por la que nunca he intentado nada con él. Ya sabes, es una maravilla de persona, está buenísimo, pero no despierta nada en mí más allá de la amistad. Y lo intenté en su momento, no te creas, pero lo veo como a una patata hervida, sin ofender.

No sabía qué contestar. Demasiada información, demasiada energía, demasiada confianza así de repente. Lissy no parecía tener ningún tipo de filtro y yo era de las que necesitaban ir paso a paso.

—Eh, no sé qué estáis cuchicheando, pero no la agobies —le advirtió Adam.

—¡No la estoy agobiando! ¿A qué no?

—No… Estoy bien. De verdad. —Le sonreí para salir del aprieto. Lo cierto era que sí me estaba agobiando, pero estaba bien que fuera así. Si hubiera sido por mí, apenas habríamos intercambiado dos palabras.

—¿Ves? ¿Tenéis ya la peli o qué?

—Está lista —dijo Benjamin sentándose junto a ella.

—Por tu bien, espero que hayas elegido una buena.

—¿O qué?

—O nada de sexo esta noche.

—Eso habrá que verlo.

Miré a Adam alarmada con las mejillas encendidas. Él entrelazó sus dedos con los míos y trató de esconder una sonrisa. Se hizo el silencio cuando comenzó la música y aparecieron las primeras imágenes. Todavía no había aparecido el título, pero a Lissy no le hizo falta. Me llevé tal susto con su grito que por poco se me derrama el vino de la copa.

—¡El resplandor! Hacía mucho que no la veía. Buena elección —exclamó dándole un sonoro beso en los labios—. Adam, sírvele más vino a tu chica, lo va a necesitar.

Entendí enseguida a qué se refería. Aquella película me mantuvo en tensión de una forma que me hizo hasta sudar. No aparté los ojos de la pantalla ni para mirar a Adam, pero sentía que él estaba pendiente de mí porque no soltó mi mano en ningún momento.

—Si es demasiado para ti podemos irnos —me susurró cuando se empezó a derramar la sangre.

—Ni de coña, necesito saber cómo va a acabar todo. ¡Se está volviendo loquísimo!

El clima de la peli me abdujo y el vino se me fue subiendo a la cabeza. Cuando encendieron las luces sentí como si acabara de volver de un mundo lejano, uno lleno de nieve, hachas, sangre… Y esas malditas gemelas.

—Creo que voy a tener pesadillas —gimoteé provocando las risas de todos.

—Has superado con creces tu primera película de terror. Haces que me sienta orgullosa, señorita. Mucha gente no es capaz de verla entera, algunos ni de empezar. Bien hecho. —Me rodeó Lissy con su brazo.

—Gracias, supongo… La verdad es que creo que me he quedado trastornada, pero la peli es una pasada.

—¿Con esta no quieres repetir? —me preguntó Adam, divertido.

—Dentro de algún tiempo. Primero tengo que asimilar todo lo que he visto.

—Bueno, chicos, no quiero echaros de mi casa, pero tenéis que iros. Se está haciendo tarde y tengo que darle a este de aquí su recompensa —dijo de una forma sugerente mientras agarraba la camiseta de su chico sin ningún cuidado.

—¡Síííííí!

El grito de Benjamin nos hizo reír y también salir de allí a toda prisa. Esos dos estaban a punto de montárselo en el sofá delante de nosotros.

28
Es la hora

—¿Siempre es así? —quise saber.

—Créeme, se ha cortado bastante. Le he prohibido que te asustara con sus cosas.

—¿Y por qué has hecho eso? No quiero que me trates como a una niña pequeña, Adam.

—Lo sé, pero conozco a Lissy y sé que a veces puede llegar a ser demasiado. Te prometí que iríamos poco a poco, ¿recuerdas?

—Pero no quiero que le digas a nadie cómo tiene que comportarse delante de mí. No me gusta. —Giré la cara, molesta.

—Oye —susurró cogiéndome de la barbilla para que volviera a mirarle—. Lo siento, no volveré a hacerlo, ¿de acuerdo? Esto también es nuevo para mí.

—¿Eso qué significa?

—Pues que no suelo hacer esto a menudo. Yo… Es la primera vez que hago esto. He estado con más chicas, nada serio, pero siempre habían sido de La Tribu.

—Oh.

Su confesión me dejó un tanto confundida, pero me gustó.

—Solo intentaba hacer las cosas bien.

—Pues deja de tratarme como si estuviera hecha de cristal, porque eso solo hace que me dé más ganas de convertirme en una chica dura y peligrosa.

Adam me miró sorprendido y me apretó contra su cuerpo en un movimiento que no vi venir.

—Joder, pequeña Rain, eso me ha puesto demasiado.

—Ya veo —contesté en un suspiro al notar su excitación.

—¿Ha sido esta nuestra primera pelea? —me preguntó con una

enorme sonrisa.

—No estamos peleando y, en cualquier caso, ¿por qué eso te divierte?

—No sé… Me gusta esta nueva Rain gruñona que se hace respetar. ¿La verdad? Me gusta todo de ti —dijo en un rugido lanzándose a mi cuello.

—Eres un adulador de mucho cuidado, Adam Ambrose. Tendré que andarme con ojo contigo… ¿No te parece que la luna cada vez está más grande?

Adam sonrío y comenzamos a besarnos en plena calle, con la escarcha mojándonos el pelo. Ni siquiera importaba. El fuego que él me hacía sentir dentro calentaba todo cuanto tocaba. Me colgué de su cuello y salté, rodeando sus caderas con mis piernas. Él me sentó encima de una barandilla y durante un buen rato nos dedicamos a devorarnos el uno al otro. Lo habría hecho allí mismo si no llega a ser por él y supe que ese pensamiento se debía, en parte, a las copas de vino que me había tomado.

—Mierda —farfulló mirando por detrás de mí.

—¿Qué pasa?

—El río. Se ha saltado otra vez y cuando eso ocurre anega el camino hasta mi casa. —Miró la hora visiblemente preocupado—. Se ha hecho tarde y ahora tenemos que dar un rodeo enorme.

—¿Vamos a llegar a tiempo? —Me asusté. No quería que el sueño me pillara en medio de la calle. Me aterraba esa idea.

Él se pasó las manos por el pelo y refunfuñó algo entre dientes.

—Tú no. Yo sí.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que vas a tener que confiar en mí y que tenemos que correr. ¿Estás lista?

—¿Qué? ¡No! ¿Qué es lo que no me estás contando, Adam?

—Te lo contaré todo, te lo prometo, pero ahora tienes que hacerme caso.

Vi la súplica en su mirada. No entendía nada, no comprendía lo que estaba pasando ni lo que me quería decir, pero confiaba en él, así que nos pusimos a correr. Lo hicimos en silencio, de la mano, yo tratando

de seguir sus largos pasos sin caerme mientras me tragaba todas las preguntas que me iban surgiendo una tras otra. La más importante: ¿por qué yo no, pero él sí? ¿Qué significaba eso?

—Es la hora —frenó en seco—. Tienes que subirte a mi espalda, yo te llevaré hasta mi casa.

—Pero…

—Vamos, Rainbow, ya casi estamos.

—¿Pero es que tú no vas a dormir?

Me sentía idiota. Hacía tan solo un rato le estaba pidiendo que no me tratara como a una niña pequeña y así era exactamente como me sentía. Una niña estúpida que no se enteraba de nada. Odiaba sentirme así, había pasado demasiado tiempo siendo esa niña y ya no estaba dispuesta a seguir siéndolo.

—No puedo explicártelo ahora y mucho menos aquí. Tú solo súbete a mi espalda, por favor. Avanzaré mucho más rápido así.

Me crucé de brazos. Me sentía indignada, enfadada y mil cosas más. Iba a contestarle que no pensaba hacerlo, a exigirle una explicación, cuando sentí que las piernas me fallaban y que la poca luz que había en la calle se convertía en un negro absoluto.

29

ADAM

Tuve que reaccionar rápido para que no cayera desplomada hasta el suelo. Ya eran las doce de la noche y yo seguía en la calle, expuesto. Aquello no podía estar pasando. La cogí entre mis brazos, la aupé y avancé lo más rápido que pude. Estábamos ya muy cerca de mi casa, pero el camino se me hizo eterno. Por el peso extra, por el miedo, por las explicaciones que tendría que darle al día siguiente. Estaba en un buen lío.

Aquella noche apenas dormí. Había llegado el momento de confesarle el gran secreto de La Tribu y temía que no se lo tomara bien. Hacía tiempo que yo querría habérselo contado, pero temía su reacción. Al final las cosas sucedieron de tal modo que no me quedó más remedio que hacerlo y solo esperaba que ella pudiera comprenderlo. Sabía que no sería fácil. Ella misma me había contado cómo su mundo se derrumbó cuando se enteró de la realidad en la que vivía, cómo se le cayó la venda de los ojos, cómo tuvo que reconstruir todo desde cero. Yo estaba a punto de hacerla pasar por eso de nuevo. Ella había confiado en mí desde primera hora y yo le había escondido el gran secreto, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No era algo que fuésemos contando a la primera de cambio, ni mucho menos. Era algo por lo que podría surgir una guerra, un verdadero peligro para todos nosotros. Si los Gestores se enteraban de que habíamos conseguido anular su mayor poder contra nosotros, no teníamos ni idea de cómo podrían actuar y ninguno quería averiguarlo. La anulación del sueño era nuestro tesoro más codiciado.

Rainbow despertó desperezándose lánguida y sonriente, como si no

tuviera otra cosa que hacer en todo el día que seguir allí tumbada. Pero le bastaron unos segundos para torcer el gesto e incorporarse apresurada en mi búsqueda.

—¡Adam!

—Buenos días —traté de sonreírle.

—¿Qué paso anoche?

—¿No prefieres desayunar primero?

Negó con la cabeza. Parecía asustada por conocer la respuesta y decidí sacarla de dudas cuanto antes.

—Verás, es algo que quería contarte desde hace tiempo, pero no es fácil y es el secreto mejor guardado de La Tribu. Tienes que prometerme que jamás le dirás a nadie nada de lo que voy a contarte.

—Prometido —contestó al instante.

La miré tratando de averiguar si realmente estaba preparada para escucharlo, pero ya daba igual. El momento había llegado y ella tenía que saberlo.

—A nosotros… A los de La Tribu… no nos afecta el sueño.

Nos debatimos en un cruce de miradas que hablaban por sí solas.

—¿Cómo que no os afecta? No lo entiendo —dijo tajante cruzándose de brazos.

—Hace mucho tiempo uno de nosotros logró modificar el dispositivo que tienen para inducirnos el sueño. No me pidas que te lo explique porque no lo sé. Solo sé que podemos dormir cuando queramos, no cuando ellos nos lo digan. ¿Entiendes por qué es tan importante que esto siga siendo un secreto?

Tomó aire varias veces antes de hablar. Parecía estar ordenando las preguntas en su mente por orden de prioridad.

—Pero, Adam, así es como pagamos. Si ya no tienen ese poder, quiere decir… Las fiestas que hacéis, todo lo que tenéis… ¿No hay penalización?

—Ya lo creo que la hay. El tiempo se nos reduce de la misma forma, solo que ya no tenemos que ocuparlo durmiendo si no queremos. Tenemos la opción de irnos a la cama cuando queramos.

Se llevó las manos a la cara, aturdida. Casi podía ver cómo iban girando todos los engranajes de su cerebro hasta encajar unos con

otros.

—Eso es… Oh, por favor, ni siquiera sé si lo entiendo del todo. ¿Cómo es posible? ¿Me lo hubieses dicho de no haber pasado lo de anoche?

—Quería hacerlo, pero tenía miedo de tu reacción.

—¿Por qué?

—Pues porque es un cambio muy grande y tú ya has pasado por muchos. No quiero que sientas que te he estado engañando, pero entiende que es algo demasiado complicado para ir contándolo sin más.

—Joder, desde luego que lo es. Entonces, todas las veces que yo me he dormido, ¿tú no lo has hecho?

Negué con la cabeza.

—Aprovechaba para contemplarte hasta que mi propio sueño me invadía.

—No lo puedo creer. ¿Crees que yo también podría…?

—Es complicado, Rainbow —carraspeé sabiendo que habíamos llegado a la parte de la conversación que más miedo me daba.

—Supongo, pero has dicho que podéis hacerlo y ahora ya no podré parar hasta que lo consiga. Es demasiado tentador. ¡Podría pasarme la noche entera despierta!

—Estarías en peligro si alguna vez ellos se enteraran.

—Me da igual. Todo lo que me has contado sobre ti, sobre La Tribu, sus valores, sus ideales, todo se reduce a esto. Tengo la opción de liberarme de algún modo de su castigo y quiero hacerlo. Como en la frase de la peli, esa que gritaste subido al banco: no pueden quitarnos la libertad. En este caso, vosotros habéis descubierto cómo recuperarla y quiero formar parte de ello.

—Pasarías a formar parte de los nuestros, con sus cosas buenas y sus cosas malas —le dije tratando de hacerle entender el peligro que significaba aquello.

—Quiero serlo, Adam. Ya he vivido muchos años en la ignorancia y no quiero dejar pasar esta oportunidad. Ni siquiera me gustó que te refirieras a mí como una Adepta la primera vez que lo dijiste; mucho menos ahora. No pienso ser una Adepta nunca más.

Admiré su determinación y fui consciente de cuánto había cambiado desde la primera vez que la vi. Quizá no había cambiado realmente, solo había abierto los ojos al mundo por primera vez.

—Tendremos que ir a ver a Thomas y tendrás que hacer una especie de juramento.

—Lo haré —dijo entusiasmada.

Me dejé caer a su lado, todavía preocupado. Ella se subió sobre mí con una energía arrolladora que yo no tenía ni por asomo en aquel momento.

—Oh, vamos, Adam, ¿qué es lo que te preocupa?

—Demasiadas cosas, Rainbow. Me preocupa ponerte en peligro, que no sepas gestionarlo, que el secreto te acabe pesando más de la cuenta. Me preocupa que no respetes la hora para volver a casa, que algo salga mal… Pero, sobre todo, me preocupa perderte.

Le confesé todo lo que sentía y me noté un poco más ligero. Después ella me miró en un gesto tierno, me acarició las mejillas, colocó sus manos a ambos lados de mi cuello, sobre el colchón, y se acercó hasta mi boca en silencio.

—Sé cuánto habrá significado para ti contarme algo así y te prometo que tienes toda mi confianza de vuelta. Jamás te traicionaría, ni a ti ni a los tuyos. Prácticamente sois todo lo que conozco y para ti no tengo más que palabras de agradecimiento. Desde el primer día no has hecho otra cosa que cuidar de mí. Te debo demasiado.

—Pues deberías empezar a pagar el precio, ¿no te parece? —le pregunté de forma sugerente elevando mis caderas contra las suyas.

—Oh, ya lo creo que lo voy a pagar. Y tú te lo vas a cobrar enterito.

Me sujetó las manos por encima de la cabeza y comenzó a besarme de un modo invasivo y abrasador. Sus caderas giraban alrededor de las mías. Me acarició tanto que estuve a punto de pedirle que parase. Estaba disfrutando con aquello. Yo también me deleitaba en esa faceta suya salvaje que tanto contrastaba con su aspecto, con esa primera impresión que tuve de ella. Rainbow ya no era un cachorrillo temeroso y frágil, por más que yo siguiera empeñado en verla así. Ella se había convertido, a base de realidad, en toda una nueva mujer. Su fuerza, su determinación, sus ganas de luchar, de conocer de verdad el

mundo. Sus ganas de enfrentarse a la vida que nos había tocado vivir. Me equivoqué con ella. Rainbow nunca había sido una Adepta y nunca lo sería. Ella era parte de La Tribu, incluso cuando no sabía de su existencia. Podría haber elegido seguir viviendo con la venda. Podría haber optado por el camino fácil, sin cuestionarse nada, sin tener que enfrentarse a verdades que no son nada fáciles de aceptar. Podría haber tomado muchas opciones diferentes y, sin embargo, escogió la más difícil, la más valiente. Escogió formar parte de la revolución, de la libertad, de la verdad. Y, cuando ya pensaba que no podía estar más hasta los huesos por ella, descubrí que no solo había arrasado con sus propios límites, sino que también había mandado al cuerno los míos.

30

Un yugo menos para ti

Thomas era un tipo peculiar. Tenía el pelo lleno de rastas y el cuerpo cubierto de tatuajes. No sé por qué me imaginé a alguien con pinta de intelectual, de médico o algo así. Me recriminé a mí misma por ello. Después de las presentaciones nos hizo pasar al interior de su caravana. Los nervios se apoderaron de mí en ese momento. Sabía que lo que estaba a punto de hacer no tendría vuelta atrás, que sería un antes y un después en mi vida. Mi nueva vida.

—Adam dice que estás segura de esto, pero tengo que oírtelo decir. —Me miró de una forma tan severa que un escalofrío me sacudió de pies a cabeza.

—Estoy absolutamente convencida y tenéis mi palabra. Podéis confiar en mí. Protegeré el secreto con mi vida.

Ambos me miraron sorprendidos.

—Vaya, tu chica viene pisando fuerte —le dijo a Adam—. No era necesario, y esperemos que no haya derramamiento de sangre alguno, pero me ha gustado oírlo. Se necesita compromiso y tú lo tienes.

Asentí muy fuerte, por si acaso se arrepentía. Traté de concentrarme en él, en su maletín de artilugios electrónicos, en los cables que salían de esas bases de acero redondas. Adam me estaba inspeccionando con la mirada, más nervioso de lo que jamás le había visto.

—Todo irá bien —susurré para tratar de tranquilizarlo.

Thomas asintió y me pidió que tomara asiento frente a él. El espacio era reducido y el maletín casi ocupaba toda la mesa, pero esa era la menor de mis preocupaciones.

—Está bien, dame tu brazo. ¿Estáis listos?

Volví a asentir, esa vez con menos convencimiento.

—No te hará daño, solo tengo que meter unos códigos, ajustar la configuración…

Le tendí mi brazo izquierdo. El dispositivo lo habían colocado muchos años atrás, por encima del codo. Mi abuela me había contado que al principio fue terrible acostumbrase a vivir con aquello, pero que a las generaciones futuras se les instauró como un mero procedimiento más. Simplemente te lo colocaban al llegar al mundo y ya formaba parte de ti. Nadie hacía preguntas, así era como debía ser. Yo fui una excepción, pues no lo tuve hasta que dieron con nosotras, pero era tan pequeña que soy incapaz de recordarlo. En aquel momento se me ocurrieron muchas preguntas respecto a eso, pero ya conocía las respuestas. A veces ocurría ese fenómeno, el de que te llegasen primero las respuestas y, a raíz de ahí, empezaran a formarse las preguntas. Eso era sinónimo de ceguera; lo sabía de primera mano y me repugnaba ser tan consciente de ello.

Thomas pegó un par de cables azules a mi brazo y sacó un aparato lleno de números. Lo conectó a su ordenador portátil y comenzó a teclear a toda prisa. Sonó varias veces y de forma aleatoria el pitido que confirmaba que habías realizado cualquier tipo de transacción. Era un «pi» suave, corto. Era el sonido del dinero para nosotros. Nuestra moneda de cambio. Un sonido tan familiar como esclavo.

Ninguno dijo nada durante el rato que Thomas estuvo tecleando sin parar. De vez en cuando Adam y yo intercambiábamos miradas. Se podía respirar la tensión en el ambiente.

—Esto ya está, un yugo menos para ti. Espero que sepas aprovecharlo bien.

Le sonreí en respuesta mientras él se apresuraba a guardarlo todo de forma minuciosa. Adam le dio las gracias, me cogió la mano y casi me sacó de aquella caravana a la fuerza. Ni siquiera pude despedirme en condiciones.

—Pero ¿qué te pasa? Eso ha sido grosero.

—No sé si he cometido un error.

—¿Por qué iba a ser un error? ¿Por qué no quieres que disfrute de las mismas ventajas que tú?

Adam se llevó las manos a la cara y dejó salir el aire.

—Tienes razón, no debería tratarte de forma diferente. Es solo que me cuesta, me sale el instinto protector contigo.

—Y eso es muy tierno, pero sé que puedo enfrentarme a esto. Si no, jamás te lo hubiese pedido. —Lo rodeé por la cintura.

—Prométeme que vas a tener presente lo del tiempo. Sigue corriendo igual, te lo siguen restando de la misma forma, pero ahora, al no tener que dormir, ya no te parecerá tan evidente.

—¿Es que tienes miedo de que comience a cometer locuras? Siempre he tenido la cabeza muy bien amueblada.

—Lo sé, pero acabas de quitarte una cadena enorme. No puedo esperar que sigas comportándote igual.

—Pues lo haré.

—Me gustaría poder creerte.

No tardé demasiado en tragarme mis palabras. Adam tenía razón. El saberme libre de esa cadena, una que siempre asumí como mía propia, fue demasiado poderoso. Durante la primera noche esperé con ansia a que llegaran las doce. Miré el segundero del reloj avanzar, histérica por ver qué pasaría. Entrelacé mis dedos con los de Adam a la espera de que el mundo eclosionase o, por el contrario, que todo siguiera igual y que aquello que Thomas había hecho no hubiese funcionado. No ocurrió una cosa ni la otra. Ni el mundo explotó ni caí dormida como siempre. Por primera vez vi que los dígitos del reloj seguían corriendo pasada la medianoche, que el mundo seguía girando, que todo parecía igual. Pero algo muy poderoso dentro de mí ya no lo era. Me había deshecho del lastre del sueño y me sentía más libre que nunca. Me sentía fuerte, enérgica, llena de ganas de explorarlo todo. Grité presa de la euforia y el Señor Brown saltó a la cama en busca de juego. Jugué un rato con él y luego otro rato mucho mayor con Adam. Teníamos que celebrar aquello, nuestra primera madrugada juntos. Agotada, me maravillé al contemplar cómo el sueño real se iba abriendo paso hasta llegar a mí. Dejé que me inundara, tan cálido, sin sigiloso, tan placentero. Tan auténtico. Fue una pasada

31

Quiero vivir, con todas sus consecuencias

Me sentí diferente la primera vez que visité a mi madre después de haberme liberado del sueño inducido. Como si ella pudiera darse cuenta de algo así tan solo con mirarme. Simplemente notó que yo estaba más contenta de lo habitual y lo mismo percibí yo de ella. Estaba remontando y eso me alegraba. Me pasó lo mismo en el hospital, mientras me afanaba por limpiar, a veces sobre limpio, otras, verdaderos desastres a los que ya estaba acostumbrada. Miraba a los demás y me preguntaba si alguno de ellos conocería el secreto o si vivían tan ciegos como yo lo había estado toda mi vida. No conocería nunca esa respuesta y estaba bien así.

Con Adam también me sentía diferente. Más libre, más segura de mí misma, más empoderada. Había noches en las que apenas dormíamos, en las que nos dedicábamos a hablar hasta acabar con la boca seca, a desaparecer entre las sábanas una vez tras otra. Me parecía curioso ver cómo me había afectado el haberme liberado de semejante castigo. Uno que siempre había visto como algo normal, que tenía más que aceptado e instaurado en mi rutina. Jamás llegué siquiera a contemplar la posibilidad de que dejara de formar parte de mi vida. Esa cadena siempre había estado ahí, crecí con ella; todos lo hacíamos. Ni siquiera consideraba que fuese una cadena. Nadie mencionó jamás que no fuera necesaria, que existiera la posibilidad de hacerla desaparecer. Y de repente, se esfumó. Y la temeraria que vivía dentro de mí, quizá también la que esa cadena tenía apresada, salió al mundo haciendo más ruido que nunca.

Comencé a darme algún capricho que otro, porque sí, porque me apetecía y no tenía que ir con el miedo de que mi día se acortara drásticamente. Sabía que el resultado sería el mismo, pero Adam lo

había descrito a la perfección. Si no veía el castigo de forma inmediata, parecía que no existía. Compraba de vez en cuando bombones para compartir con él, pese a sus protestas. También me atreví a incluir más alimentos en mi dieta, como galletas, fresas o helado. ¡Oh, el helado! Maldito y bendito descubrimiento. Era oficialmente adicta. Me di cuenta de ello cuando comencé a esconderle cosas a Adam. Podía ir rellenando su bote de los bombones de forma aleatoria, pero no quería admitir delante de él que no era lo único que me llevaba cuando iba a la tienda de alimentación. Comencé a tener secretos con él, a mentir. La sensación de libertad me estaba embriagando y lo peor de todo era que lo sabía, pero no podía parar.

Una noche Adam vino a mi casa con el Señor Brown. No le gustaba sacarlo a plena luz del día para evitar miradas indiscretas y reprobatorias, pero yo había insistido y era lo bastante tarde como para que ya apenas quedara gente por la calle. Los recibí con alegría después de haberme asegurado de poner todos mis alijos a buen recaudo y pasamos la noche juntos viendo la que hasta el momento se había convertido en mi película favorita: Dirty Dancing. Serví al Señor Brown una lata de comida ignorando la regañina de Adam y después le ofrecí a él un bombón de café.

—He estado pensado en algo.

—Por qué será que sé que no me va a gustar —refunfuñó.

—Quiero ir a una cafetería a tomar un café. Quiero ir al cine a ver una película, a la biblioteca y quiero ir a bailar. Oh, quiero ir a bailar más que ninguna otra cosa, Adam. ¿Te imaginas cómo debe ser entrar a una de esas salas gigantes donde suena la música a todo volumen? ¿Has estado en una alguna vez?

De repente, el Señor Brown comenzó a rascar el frigorífico, a lloriquear mientras caminaba nervioso de un lado para el otro de la cocina. Nos levantamos y vimos el reguero de helado de fresa goteando hasta el suelo y cómo su lengua iba atrapando todo lo que podía.

—Mierda.

Adam se apresuró a abrir el congelador, el mismo que yo no había

cerrado bien, y descubrió mi secreto. En un acto reflejo fui a disculparme, pero no tenía que pedir perdón por nada. Él había comprado un trozo de tarta para mi abuela, gastaba sus unidades en bombones y a saber qué más. Pero me avergonzó habérselo ocultado. Cerró la puerta con un golpe nada suave.

—Rainbow, se te está yendo de las manos. Ya te lo advertí y este era precisamente mi miedo. ¿Desde cuándo me ocultas cosas?

—No me siento orgullosa de eso. Siento habértelo escondido —susurré.

—Se están cobrando tus unidades aunque tú no puedas verlo, ¿es que no entiendes eso?

—¿Y qué pasa con el discurso de vivir la vida a tu manera y todo eso con lo que predicáis? Es igual de válido para mí.

—Lo es, pero no puedes pedirme que ignore lo que siento por ti. Te quiero demasiado, pequeña Rain, y no quiero quedarme mirando cómo te destrozas. Además, llámame egoísta, pero no pienso dejar que acabes con tu tiempo antes que yo —dijo con la mirada esquiva.

—¿A qué te refieres?

—Ya te expliqué que los de La Tribu no llegamos a viejos y es algo que tengo asumido, pero me cuesta mucho pensar que también será así para ti. No puedo ni imaginar cómo sería perderte y sé que jamás me lo perdonaría, por eso quiero hacer un trato contigo, aquí y ahora.

—¿Qué clase de trato?

—Yo moriré primero —sentenció mirándome fijamente a los ojos.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Así es como tenía que ser y así será. Esto no se va a convertir en una carrera, por mucho que tú parezcas empeñada en ganarla en tiempo récord, pero cuando llegue el momento, yo seré el primero en irme.

Sus palabras me dejaron clavada en el suelo. ¿Realmente estábamos hablando de quién de los dos moriría primero?

—No pienso tener esa conversación —le dije furiosa.

—Pues deja de hacer lo que estás haciendo. Deja de actuar como si no hubiera consecuencias porque las hay.

—¡También para ti! Yo podría pedirte lo mismo, pero no sería justo

y no pienso hacerlo. Tú decides cómo gastar tu tiempo y tienes que permitir que yo decida cómo gastar el mío.

—Solo estás actuando así por la ausencia del sueño inducido. No tendría que haberte llevado con Thomas.

—¿Así es cómo me quieres? ¿Presa de algo que tú no tienes que sufrir? ¿Me quieres encadenada y sumisa? ¿La Rainbow que conociste que no sabía nada de la vida? Me mostraste el mundo real, Adam. Me enseñaste tu mundo y no pienso volver al mío jamás. Puedes acompañarme, disfrutar de esto juntos, o lo haré igualmente sin ti.

Su cara se desfiguró.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que bastantes cadenas han colgado de mí durante toda mi vida y que, una vez rotas, ya no hay quien me pare. Vivamos esto juntos. Salgamos a bailar, a exprimir cada minuto del día. No sabemos si mañana estaremos aquí.

Era consciente de cómo sonaban esas palabras en mi boca, pero no podía frenarlas. Por un lado sentía que era otra persona la que estaba hablando, alguien ajeno y desconocido, pero, por otro, sabía que aquellas palabras estaban naciendo de lo más profundo de mi ser y las sentía como las más reales que había pronunciado jamás.

—Quiero vivir, Adam, con todas sus consecuencias. Y quiero hacerlo junto a ti.

Se tambaleó hacia adelante y hacia atrás. Los movimientos de su cuerpo posiblemente fueran un reflejo de lo que estaba pasando por su mente.

—¿Pretendes que seamos una pareja de suicidas? ¿Qué nos pasemos los días derrochando unidades a lo loco?

—Es lo que hacéis en La Tribu, ¿no?

—¡No, joder! Si es eso lo que piensas, entonces no has entendido nada. —Se frotó la cara, disgustado.

—Pues si tú piensas que voy a quedarme viendo la vida pasar, como he hecho de aquí para atrás, es que tampoco lo has entendido —le dije desafiante.

—Vale, hagamos una cosa. Estamos nerviosos y me parece que esta sí que es nuestra primera pelea oficial. No saquemos las cosas de

contexto, ¿de acuerdo? Vamos a relajarnos, a pensar tranquilamente en todo y mañana será otro día.

Dejé salir todo el aire que estaba conteniendo y me crucé de brazos. No quería seguir discutiendo y me sentía mal por ponerlo en aquella tesitura, pero sabía que no había nada que él pudiera hacer para convencerme. La decisión por mi parte estaba tomada, aunque realmente no era una decisión. Era una necesidad.

"Oye, niña. ¡Niña! ¿Qué estás haciendo? ¿Ahora quieres ir a bailar? No te he visto bailar en toda mi vida, ni cuando me daba por cantar esas canciones antiguas de Blues. ¿Te acuerdas que te dije que te saldría convertida en fantasma? No puede descansar una ni estando en el otro lado, pero tenía que mandarte este mensaje. No te vas a librar de mí así como así. ¡Una vez se empieza es muy difícil parar! ¿Dónde está mi niña? Te veo muy cambiada, hija. Tus ojos… Tu mirada está llena de deseo y sé que quieres ir por un camino que es más peligroso de lo que crees. Quizá no debería haberte dicho todo aquello antes de irme. El chico está cuidando de ti, pero no se lo estás poniendo fácil. Confío en ti, siempre lo he hecho. ¿Puedo seguir haciéndolo? No sigas por ahí, no te adentres en caminos que no sabes si podrás recorrer de vuelta. Por cierto, muy bien jugado lo de tu madre. A mí no me ha hecho caso nunca, no sé por qué pensé que lo haría ahora que físicamente no estoy"

32

¿Firmamos la tregua con un beso?

Adam me estaba esperando junto a mi puerta. Me encantaba que hiciera eso. Nos habíamos sumido en un silencio quebradizo los días posteriores a aquella discusión, como si supiéramos que la mínima mención al tema acabaría de la misma forma o peor. Nos anduvimos con pies de plomo, esquivando, obviando, hasta que decidí que ya era suficiente. Yo no dejaba de darle vueltas al extraño sueño que había tenido aquella noche, justo después de discutir. En ese sueño veía a la abuela flotando en el techo de mi habitación, como si estuviera subida a una esponjosa nube de color blanco. Un haz de luz la rodeaba por completo, el cabello grisáceo se mecía con el viento, aunque yo no podía sentir ningún tipo de corriente. Me gustó verla sin la silla de ruedas y, lejos de asustarme, sentí mucha paz. La abuela se veía bien, aunque su mensaje no me gustó demasiado. El subconsciente, supuse. Pero la idea seguía firme en mi cabeza y así se lo hice saber a Adam.

—El otro día al salir del trabajo me di una vuelta por la zona y vi que había varias cafeterías y discotecas.

Alzó las cejas a la espera de que continuara.

—Voy a ir a bailar hoy. En cuanto me dé una ducha y coma algo.

—Rainbow —gruñó.

Me adentré en casa mientras él esperaba de pie con los brazos cruzados. Era muy consciente de la posición en la que lo estaba poniendo.

—¿Vas a pasar? Prepararé algo de comer.

Entró arrastrando los pies. Yo caminaba relajada de un lado para otro mientras preparaba una ensalada de legumbres. Tarareaba en

bucle una canción con la que había soñado la noche de antes. No tenía letra, solo una musiquita alegre y repetitiva. Esa había sido mi señal para tomar la decisión y aquello me hacía sentir especialmente tranquila. La anticipación es mucho peor. Las dudas, los miedos y las hipótesis que nos hacemos en nuestra cabeza casi siempre son mucho peores que la propia realidad, pero, en el momento en el que tomamos la decisión de llevar algo a cabo, la maraña de sentimientos perturbadores se desvanece y te sientes bien. Como un mar en calma, solía decir la abuela, expresión que entendía a la perfección sin necesidad de haber visto nunca el mar, ni en calma ni agitado.

Comimos la ensalada en silencio y después invité a Adam a acompañarme a la ducha. Por primera vez se negó a hacerlo, pero era lo más lógico. Estaba muy enfadado, haciendo visibles esfuerzos por contenerse. Salí del baño con la ropa que Lissy me había regalado y me maquillé muy sutilmente con una barra de labios en tono rosado que, según me dijo ella, también se podía aplicar como colorete y sombra de ojos. Me la encontré al fondo de mi mochila, la puso allí sin que me diera cuenta la última vez que nos habíamos visto. Me encantaba el maquillaje, era todo un mundo nuevo e inexplorado, y eso que yo solo había usado un poco de máscara de pestañas y labial. ¿Cuántas combinaciones posibles había con todos esos productos que veía en las tiendas? La mayoría, por supuesto, ni sabía para lo que servían.

—¿Qué tal estoy?

Adam me miró de arriba abajo y suspiró. Una sutil sonrisa apareció en su cara.

—Estás deslumbrante, ¿es lo que querías escuchar? Pero esto no me gusta.

Yo también le sonreí.

—Lo sé. Sé la clase de decisión que he tomado y sé cuál es tu posición en todo esto. Quiero que tengas eso muy presente. Y también quiero que sepas que no voy a pedirte que vengas conmigo. Sería de lo más egoísta y tú ya has hecho demasiado por mí.

—Pero lo vas a hacer igual…

Asentí.

—Pues entonces no me queda más remedio que acompañarte.

Traté de negarme, volvimos a discutir, pero la decisión estaba tomada y, por lo visto, la suya también. Salimos de casa caminando a paso rápido, furiosos el uno con el otro. Yo intentaba sacarle ventaja, pero él siempre me alcanzaba, y así fue como llegamos a la discoteca, actuando como dos niñatos de lo más tozudos. Me dispuse a entrar a lo loco, a la primera que vi, pero él me frenó agarrándome del brazo.

—Ey, escucha.

—¿Sí?

—Si vamos a hacer esto, al menos hagámoslo bien, ¿no te parece? Hagamos las paces y disfrutemos de la experiencia. Es lo mínimo, no tendría sentido entrar ahí si estamos peleando o con el morro hasta el suelo.

—Mi morro no llega hasta el suelo —le dije entre dientes tratando de ocultar una sonrisa.

—Joder, pequeña Rain, eres de lo más cabezota. ¿Firmamos la tregua con un beso?

Nos besamos después de días sin hacerlo de verdad. Nos besamos tanto que durante un instante estuve a punto de decirle que nos olvidáramos de aquello, que volviéramos a casa a reconciliarnos entre las sábanas. Pero la música se podía oír a través de la puerta y la tentación fue mucho mayor. Haciendo un esfuerzo me separé de él, entrelacé mis dedos con los suyos y juntos empujamos la pesada puerta de metal que dividía el mundo real del mundo prohibido.

El brutal golpe que sufrieron todos mis sentidos jamás podría olvidarlo. La música era ensordecedora, vibraba en cada parte de aquella inmensa sala, vibraba dentro de mí, en mis oídos, en mi pecho. Las luces de colores saltando de un lado a otro, jugando entre ellas. El olor indescriptible y nuevo, algo que no había olido hasta ese momento. Era como oler la noche, las flores y el alcohol, todo en uno. No sé cuánto tiempo estuvimos plantados junto a la puerta, pero si me conseguí mover fue gracias a él.

Al fondo había una gran barra que iba de pared a pared, iluminada en tonos amarillos y blancos. Detrás de los camareros, un sinfín de botellas de todos los colores, tamaños y formas. Absolutamente todo el

mundo estaba bailando y riendo. En las mesas que rodeaban la sala había todo tipo de comida y eso me recordó a las fiestas de La Tribu.

—¿De aquí sacasteis la idea para vuestras fiestas? —le grité al oído.

—Entrar aquí te cuesta cinco unidades, más lo que decidas coger. En las fiestas todos aportamos y todos podemos disfrutar. Es más beneficioso.

—Tienes razón —asentí—. Nosotros solo bailaremos, ¿de acuerdo?

Le ofrecí mi mano y tiré de él hacia el centro de la pista. Sentía que algo dentro de mí estaba a punto de explotar y así es como sucedió. Cerré los ojos y me dejé embriagar por la música cañera sin importarme nada más que moverme según mi cuerpo lo pedía. Los abrí para contemplar a Adam y, joder, aquello sí que era todo un deleite. Su forma de moverse era sexy, salvaje, natural, a veces un poco arrítmica, pero tan intensa que quemaba. Su pelo oscuro se movía junto a él y brillaba con las luces. Caí rendida a sus pies cuando me sonrío, se arrodilló y me hizo un gesto para que me acercara. El mismo gesto que Johnny le había hecho a Baby en la maravillosa película. Me acerqué sintiéndome dentro de esa escena y nos volvimos locos. Saltos, gritos, risas, caricias, besos y de nuevo a empezar. Nos sumimos en una espiral que nada tenía que ver con el mundo real. En aquella discoteca creamos un mundo que era tan solo nuestro, un mundo de fantasía al alcance de la mano. Fue un sueño hecho realidad. Encendieron las luces y cortaron la música a las once de la noche. Me quejé malhumorada y salimos de allí a toda prisa hacia mi casa, ya que quedaba más cerca. Fui consciente de lo cansada que estaba cuando llegamos, me quité el calzado y me dejé caer en la cama.

—Gracias por esto, Adam Ambrose. No lo voy a olvidar jamás.

Aquel día no pudimos continuar lo que había surgido en la puerta de aquella discoteca. No nos quedaba energía para nada, pues la habíamos invertido toda en la pista de baile. Tenía miedo de sentir que había desperdiciado esas cinco unidades que me cobraron al cruzar la puerta, pero la experiencia había merecido la pena y bien las valía. Fue uno de los mejores momentos de mi vida y sabía que no habría sido lo mismo sin él. Aquel día hicimos el amor en la discoteca

sin necesidad de desnudarnos, casi sin hablar, a base de miradas, risas y saltos. Sentía que podía tocar el cielo con mis manos, como si hubiese viajado al mismísimo paraíso. Volví a comprobar una vez más por qué todo aquello estaba vetado y era que solo había una forma de tenernos controlados. La única forma de hacerlo era desde las prohibiciones, desde las restricciones, cortando alas para mantenernos amarrados. Desde el miedo. Aquel día yo volé, junto a Adam, y comprendí que era imposible mantenernos doblegados desde la libertad. La opresión era la única opción que ellos tenían. Y la libertad… era la única opción que a nosotros nos quedaba.

33

ADAM

Jamás me había cuestionado mi estilo de vida, el de La Tribu, su filosofía. Nada. Hasta que Rainbow decidió convertirse en una kamikaze que nunca parecía tener suficiente. Supongo que puedes considerar que algo es bueno para ti, pero no consigues verlo de igual modo cuando se trata de la persona que a la que amas. Amor. Yo la amaba, con cada partícula de mi ser. La quería tanto que incluso cuando discutíamos, esa era una certeza que no se desvanecía. Me hubiese gustado plantarme, ser más firme, negarme a sus locuras, decirle un tajante *no* sin sentirme culpable. Pero es que la quería tantísimo que ni siquiera podía enfadarme con ella en condiciones. Me moría de rabia, pero a la vez sabía que no tenía nada que hacer. Además, ella estaba decidida a hacer todas esas cosas y la opción de hacerlas junto a ella me parecía mucho mejor que dejar que las hiciera por su cuenta.

El día que fuimos a la discoteca fue increíble. Yo había estado en una hacía años, tan solo una vez. Quería probar, ver con mis propios ojos lo que otros me contaban. Fue una locura de juventud, supongo que por eso podía entender su necesidad de experimentar. Los seres humanos somos curiosos por naturaleza. Nos gusta probar, experimentar, arriesgar y sentir. No podía comprender cómo aquella sociedad nos había apagado hasta casi desaparecer, y lo habían hecho jugando tan solo con una baza. El tiempo. Si lo pensaba en frío era casi admirable. Si lo pensaba en caliente… me entraban ganas de unirme a Los Antípodas y empezar a meterle fuego a todo. Pero eso era estúpido. Yo quería vivir, es lo que quiere cualquiera de nosotros por encima de todo. Pero no a cualquier precio; ahí la principal

diferencia.

Ese precio era lo que me estaba cuestionando a raíz del despertar de Rainbow. Su tiempo, el mío, el nuestro. Me preguntaba si ella alguna vez se arrepentiría, si me echaría a mí la culpa de todo, ya que fui yo quien le dio el empujón hacia esa vida. Ella se dejó empujar, primero con cautela, con miedo, pero finalmente se subió al trampolín más alto y decidió saltar. No podía dejar que lo hiciera sola.

—¿A una cafetería?

—Sí, ya te lo dije.

—Tan solo hace unas semanas que estuvimos en la discoteca —espeté dejando claro que no me gustaba la idea. Estábamos tumbados en la cama, medio desnudos, y me vi obligado a zafarme de su abrazo.

—Por eso mismo, ya hace demasiado.

—¿Y por qué no esperamos a la próxima fiesta? La Tribu ya la está organizando, no será dentro de mucho, seguramente en la casa de Markus o puede que en el recinto, que ya hace buen tiempo por las noches.

—Una cosa no quita la otra. Quiero ir a una cafetería, Adam. Tomar un café sentada en una mesa rodeada de gente, sentir el ambiente…

—Yo puedo conseguirte café si es eso lo que quieres.

—No. No es eso lo que únicamente quiero y lo sabes. Quiero la experiencia completa, como en la discoteca. Seguramente no vuelva a hacerlo, pero quiero vivirlo aunque solo sea una vez. Quiero hacer algo normal, para variar —susurró a duras penas.

Podía entender lo de vivir la experiencia, yo también había pasado por eso, pero considerar normal el hecho de acudir a una cafetería no lo era para nada.

—¿Normal? Rainbow, ¿cómo esperas sentirte normal haciendo algo que está fuera de toda norma? Ir a una cafetería era algo impensable para ti hasta hace nada y ahora me dices que necesitas ir a una para sentirte normal. No sé si lo entiendo.

—Es lo que haría la gente si no existieran los Gestores del Tiempo. Si todas las cosas prohibidas estuviesen permitidas, estoy segura de que las calles estarían repletas de gente en cafeterías y restaurantes. Nos gusta disfrutar, por eso nos lo arrebataron. Y quiero saber cómo se

siente vivir así, aunque solo sea durante unas horas. —Atisbé un brillo nuevo en su mirada—. Quiero ser capaz de imaginar, durante una tarde al menos, cómo sería vivir en un mundo diferente y libre. Ese mundo del que me hablaba la abuela, el mundo que cada vez imagino con más nitidez en mi cabeza. Ese que anhelo sin necesidad de haber conocido. ¿Es posible eso, Adam? ¿Anhelar algo que nunca has tenido?

Una lágrima se derramó por su mejilla. Sus palabras eran sosegadas, calmadas pero llenas de pasión. Me dolía ver la lucha que estaba librando y me dolió mucho más esa última pregunta.

—Claro que es posible, pequeña Rain. Todos anhelamos constantemente algo, aunque a veces no sepamos ni el qué. Cuando no sabes nada del mundo, cuando te limitas a sobrevivir en piloto automático, a enlazar un día con otro sin ningún interés más allá que el de avanzar, no sientes esa necesidad. Pero cuando se abre ante ti una puerta tan grande como la que yo te abrí, el anhelo se convierte en una constante en tu vida. Las opciones, Rainbow, las posibilidades. La esperanza.

Me miró emocionada y asintió, como si aquellas palabras que pronuncié desde lo más hondo de mi corazón fueran exactamente las que ella necesitaba. Nos abrazamos y nos mantuvimos así durante un buen rato, hasta que pareció serenarse y pudo dejar de llorar. Me puse en pie y comencé a vestirme.

—¿Dónde vas?

—Hace una tarde estupenda para tomar un café por ahí fuera, ¿no te parece?

Sus ojos, todavía enrojecidos, se abrieron de par en par y soltó un grito tan agudo que habría dejado sordo al Señor Brown. Después saltó sobre mí, me colmó de besos y comenzó a vestirse a toda prisa. Trotamos cogidos de la mano hasta una de las calles principales, donde había algunos de esos locales. Se decantó por uno que tenía un enorme toldo color rosa fuerte alrededor de toda la fachada. La pared estaba pintaba de amarillo y los marcos de las ventanas de azul. Todos los locales prohibidos eran de lo más llamativos, seguro que con una clara intención. Se pegó al cristal de una de las ventanas, como otros

tantos que pasaban por allí. Siempre había gente mirando desde fuera, sin atreverse a entrar pero sin poder pasar de largo. De nuevo, la curiosidad, el anhelo, las posibilidades. El ser humano está hecho de todas esas cosas y me alegraba saber que eso era algo que jamás podrían quitarnos. Mientras siguiéramos haciéndonos preguntas, buscando alternativas, mientras siguiéramos sin conformarnos, habría esperanza.

Cruzamos la puerta juntos y me dediqué a observar todas sus reacciones. Rainbow era todo ojos y boca, tres enormes esferas en su preciosa cara. Su mirada rebotaba de un lugar a otro tratando de observar todo cuanto había, pero allí había demasiadas cosas y le llevó un buen rato acostumbrarse. El interior era igual de llamativo o más que el exterior y todo eran estímulos irresistibles a nuestro alrededor. La suave y cálida melodía que sonaba por todo el local, el olor a café y a pasteles, las conversaciones de la gente, el ruido de la cafetera, de las cucharillas chocando dentro de las tazas… Se tomó su tiempo para recorrer todo, para estudiar el mostrador de comida, para preguntar a la camarera sobre los diferentes tipos de café. Me pidió consejo, pero le dije que simplemente pidiera lo que más llamara su atención, ya que yo tampoco era un experto en aquello. Finalmente, se dejó aconsejar por la camarera y pidió un capuchino grande con nata batida, cacao y canela. También un trozo de tarta de frutos rojos para compartir. Me pareció una gran elección y así se lo hice saber mientras elegíamos una de las pocas mesas que quedaban libres, junto a la ventana.

—Acabo de caer en algo… La gente que trabaja en estos sitios… ¿Les pagan en unidades por trabajar en locales prohibidos?

Negué en silencio.

—Son voluntarios, hacen esto solo para conseguir que los negocios sigan funcionando y que Los Gestores no se salgan con la suya.

Rainbow abrió la boca y pude ver la admiración en su mirada. Cuando la camarera nos sirvió, ella le dio las gracias de una forma tan efusiva que nos hizo sonreír a todos. No le estaba dando las gracias solo por servirnos el café, lo estaba haciendo por el servicio que los voluntarios de estos locales desempeñaban. Supuse que en cualquier

tipo de mundo hacía falta gente altruista para que todo rodara. Sin duda, si yo no hubiese pertenecido a La Tribu, me habría juntado con ellos. No es que fuéramos fuerzas opuestas, pero no solíamos mezclarnos entre nosotros. Si habíamos conseguido sobrevivir de aquella forma, mejor seguir haciéndolo.

—¡Qué locura! —exclamó tras unos segundos de asimilar todo—. No me extraña que esto esté tan lleno. Solo por la musiquita y el olor valdría la pena pagar. ¿Tú no vas a pedir nada?

—Un trago y una cucharada de lo tuyo. La próxima vez pagaré yo. Es mejor así.

Ella me mostró una enorme sonrisa, me dio un beso y colocó la enorme taza amarilla llena hasta los topes de nata entre los dos. Después hizo lo mismo con el trozo de tarta y me ofreció una cucharilla.

—De acuerdo, pues compartimos todo y otro día repetimos.

Asentí y probé un poco de cada cosa, pero el resto del tiempo me dediqué a verla disfrutar y a fingir que estaba comiendo más de lo que realmente estaba comiendo. Mi padre siempre decía que, en el amor, con que uno de los dos comiera, era más que suficiente. Entendí al completo esa frase aquella tarde en la cafetería mientras ella se relamía, gemía, cerraba los ojos y soltaba palabrotas sin ningún tipo de pudor debido a la explosión de sabores en su boca. Solo paró de parlotear para coger aire, tragar y relamerse. Merecieron la pena las cinco unidades que me cobraron por cruzar la puerta solo por tener el placer de contemplar semejante espectáculo. Fueron quince para ella, demasiadas para una única tarde, pero así es como lo quiso y yo solo pude prometerle, con la excusa de que me tocaría pagar a mí, que volveríamos otro día. Joder, a mí me gustaba todo aquello tanto como a ella, pero tenía que mantener la mente fría, ya que Rainbow se había convertido en un volcán en plena erupción. Si, al principio, yo había sido el encargado de impulsarla, en ese momento supe más que nunca que era el encargado de contenerla. Avance: nada ni nadie puede contener un volcán en erupción.

34

Os tenéis el uno al otro

"¿Café? ¿De veras, niña? Menuda sustancia más estúpida e innecesaria. ¿Cómo has pensado que estaba bien sacrificar unidades por eso? Nunca me ha gustado el café y que sepas que eso de que quita el sueño es todo mentira. Tu abuelo lo tomaba y se dormía por las esquinas. ¿Qué va a ser lo siguiente? Sé que habrá algo más y después, otro poco más y, cuando te des cuenta, estarás de mierda hasta el cuello. El chico me ha decepcionado un poco. Me prometió que cuidaría de ti, pero os habéis enamorado como idiotas y ahora incluso comparte contigo esas locuras. Ah, el amor… No lo culpo. Pero a ti sí. ¡Para, niña! Sácate esos estúpidos pensamientos de la cabeza y deja de jugar con fuego, ¿me estás oyendo? No me obligues a bajar ahí abajo, que lo mío me está costando mandarte estos mensajes. Aquí no hay unidades, pero estos mensajes también tienen un precio, que te quede claro. Todo lo tiene y tú estás empeñada en pagar por cosas para las que no estás preparada. Te he criado como a una hija y sé de lo que hablo. Ya has tenido suficiente, te has divertido de lo lindo. Ahora, se acabó. Ni una más. ¿Me estás oyendo?"

Comencé a vivir de un modo peligroso, irracional, casi violento conmigo misma. Dejé de contemplar los límites, las repercusiones, el tiempo como una maldita cuenta atrás. Me evadí de tal manera que solo me importaba disfrutar, sentir, verme sumida en ese inmenso mundo de sensaciones maravillosas, prohibidas y altamente adictivas. Mi madre comenzó a soltarme regañinas como hacía cuando era pequeña. Trató de hacerme entrar en razón, pero no lo consiguió. Tampoco los fantasmagóricos sueños de la abuela en los que cada vez

se mostraba más enfadada conmigo. ¿Cómo le pides que aterrice a alguien que acaba de aprender a volar? Que mi madre hubiera vuelto a echarme la bronca sin descanso significaba que ya se encontraba mucho mejor, así que aceptaba con gusto lo que tuviera que decirme. Eso sí, sus palabras no surtieron efecto alguno en mí. Seguía llevándole comida cuando me apetecía y, si no me abría la puerta, se la dejaba junto a la ventana. Era algo que quería hacer y nadie podría haberme hecho cambiar de opinión.

Ni siquiera Adam con sus ruegos, súplicas, advertencias y amenazas. Ni viéndole con el rostro enrojecido por la rabia, ni bañado en lágrimas, ni apelando a mi amor por él o al suyo por mí. Ni yo misma me podía controlar. Me entraban los remordimientos cuando me metía en la cama después de un día de excesos. Incluso eché de menos en ciertos momentos el sueño inducido, ya que eso me habría ayudado a dejar de pensar. Sin embargo, llegaban las doce de la noche y yo seguía con los ojos como platos, seguramente, por el subidón de azúcar. De todo lo que tenía para elegir, el azúcar casi siempre era mi primera opción. Y así, mientras veía las horas de la noche pasar sin que a mí se me cerraran los ojos, me dio por pensar en cuánto se habría acortado mi propia vida. Desde las primeras quince unidades que usé para comprar la comida del Señor Brown, los bombones y la porción de tarta de queso para mi madre, hasta la máscara de pestañas que me había comprado aquella misma tarde.

No supe hacer ese cálculo. Había perdido la cuenta y aquello me estremeció. ¿Semanas? ¿Meses? A ese ritmo pronto sería un año y eso era mucho tiempo. Luego serían dos años, tres… Adam decía que los de La Tribu no llegaban a viejos y de repente me vi siendo una de ellos, llegando a mi final con apenas cincuenta años, incluso podía ser menos. Joder, Adam tenía razón, había comenzado una carrera suicida y no tenía ni idea de cómo pararla. Siempre quería más, probar más cosas y cada vez tenía menos miedo. Maquillaje, ropa, zapatos, una taza parecida a la de la cafetería, café y una cafetera, claro… Lo quería todo. Y saber que podía tenerlo, aunque fuese a costa de mi tiempo de vida, me hacía sentir más libre que nunca. Esa era mi verdadera adicción: la sensación de libertad.

—Hemos quedado con Lissy y Benjamin para ver una película —me soltó de repente.

—Vaya, pensaba que ya no me hablabas, que solo pasabas por aquí para vigilarme y reñirme.

—No me estás dejando otra opción y tampoco pienso abandonarte a tu suerte, así que te toca aguantarme.

—Y ya que tengo que aguantar tu cara de malas pulgas y tú tienes que aguantar que no te haga caso, ¿por qué no lo dejamos correr y nos dedicamos a querernos, a disfrutar de todo esto? —Colé mis manos por debajo de su camiseta. Lo echaba muchísimo de menos.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no puedo hacer como si nada mientras veo lo que te estás haciendo —dijo apartándose sutilmente de mí.

—Voy a tope, lo sé, pero he empezado más tarde, así que, si lo piensas, es lo mismo que lleváis haciendo vosotros desde siempre.

—Ya te dije que no es una carrera ni una competición. Y sabes que la mayoría de esas cosas te las puedo conseguir yo.

—Pero yo no quiero eso, Adam. Quiero costearme mis propios caprichos, es lo más justo, ¿no te parece?

Me gustaba mucho que, incluso dentro de aquellas discusiones, éramos capaces de conversar y de hacernos entender. Me habría resultado mucho más fácil si todo hubiesen sido gritos, peleas sin sentido y puertas cerrándose de mala manera. Pero él seguía conmigo, seguíamos compartiendo todo, seguíamos queriéndonos. Decidí no ocultarle nada más, así que él podía ver todo cuanto iba adquiriendo. Lo de la cafetera me lo reprochó muchísimo, pero era consciente de que había muchas cosas que pasaba por alto. También lo quería por eso, porque se podría haber dedicado a hacer sangre, pero solo lo hacía cuando lo creía necesario y en momentos puntuales. Ni siquiera podía enfadarme en condiciones con él. Era imposible.

—Hemos elegido ver Charlie y la fábrica de chocolate. Tim Burton fue un director peculiar muy aclamado. Espero que te guste.

—Con ese título seguro que me encanta —le contesté a Lissy con una enorme sonrisa mientras ella servía las copas de vino.

En cuanto la película empezó me di cuenta de a qué se refería con lo de «peculiar». Aquella película no tenía nada que ver con lo que

había visto anteriormente, era un universo nuevo lleno de colores, de canciones, de formas geométricas imposibles. Willy Wonka, los Umpa Lumpas, la odiosa niña del chicle, el pelirrojo del chocolate… Joder, me sentía identificada con todos ellos y comencé a dudar de que la película hubiese sido una elección casual.

—¿Qué te ha parecido? —quiso saber Lissy.

—Me parece que habéis elegido esta peli con toda la intención. Lo sé, lo acepto, he captado el mensaje, ¿de acuerdo?

Levanté las manos a modo de defensa tratando de mantenerme serena. No habría sido bueno para mí que me pusiese echa una furia y entendía que Adam hubiese recurrido a ellos.

—Rainbow, somos amigas, ¿verdad? Yo te considero una amiga y por eso tengo que decirte esto. ¿Vamos a dar un paseo?

No pude negarme. Vi como Adam me miraba preocupado mientras salíamos hacia la calle. Sabía que Lissy iba a ser tajante.

—Adam me ha contado lo que estás haciendo. ¿Por qué?

—Porque me apetece —contesté fulminante.

—Me refería a por qué tienes tan poco aprecio a tu vida.

—¡Eso no es cierto!

—Mira, Rainbow, sé lo atractivo que te resulta este nuevo mundo, la cantidad de opciones que hay, la libertad que te da el haberte librado del sueño inducido. También comprendo que quieras vivir un poco, experimentar y quebrantar las normas solo por el placer de hacerlo. Joder, todos lo hemos hecho, no podemos pedirte que tú no lo hagas.

—¿Entonces?

—Ya has probado, ya has traspasado el límite varias veces… Deberías sentirte satisfecha y dejarlo. Créeme, te acabarás arrepintiendo.

Sus palabras provocaron algo en mí que me hizo removerme como si me molestara la ropa, de repente incómoda en mi propio cuerpo. Eran las mismas palabras que me había dicho la abuela en sueños, esas que, por mucho que yo tratase de ignorarlas, se habían quedado dentro de mí como una especie de eco constante.

—¡Lo sé, vale! Tenéis razón en todo. Tú, Adam, mi madre —la

abuela, pensé—. Pero es que no sé cómo parar, me gusta demasiado no tener que privarme de nada y, créeme, aun así me estoy conteniendo con un montón de cosas porque, joder, ¡hay tantas opciones que es para volverse loco!

—Te entiendo. Todos te entendemos, de verdad, y solo queremos ayudarte. Recurre a nosotros cuando necesites un buen chute de algo, ¿por qué te crees que organizamos esas fiestas?

La miré sin saber muy bien el por qué.

—Para quitarnos el mono, para ponernos hasta arriba sin que el coste sea demasiado alto. Todos contribuimos y así todos disfrutamos. Si vas por tu cuenta conseguirás acabar mucho antes de lo que tenías pensado.

—¿Para vosotros no era más importante disfrutar del viaje que preocuparos por cuándo acabará?

—¡Por supuesto! Pero también somos inteligentes y repartimos las unidades. Una por ti, una por mí, ¿entiendes? Como sigas a este ritmo, pronto quebrantarás la segunda norma y estarás más cerca de Los Antípodas que de nosotros. Necesitarás cada vez más y acabarás aliándote con ellos.

—Yo tampoco diría tanto… —le dije avergonzada de que me creyera capaz de llegar tan lejos.

—Créeme, sé de lo que hablo. No es la primera vez que ocurre.

Su mirada bajó hasta el suelo y tuve que detenerme. Nunca la había visto tan seria.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté realmente preocupada.

—Mierda, Rainbow, yo fui una de esas. Yo fui tú hace algunos años. Me ocurrió exactamente lo mismo, solo que yo fui un paso más allá, conocí a uno de Los Antípodas, comencé a delinquir y… Por suerte, Adam me rescató. Habíamos sido amigos desde siempre y me lo demostró más que nunca cuando yo más perdida estaba. Se lo debo, tengo que traerte de vuelta. Si no lo haces por ti, hazlo por él.

Las lágrimas me inundaron entera con aquella confesión. Me eché a llorar en plena calle, flaqueando de verdad por primera vez desde que había comenzado aquella locura.

—¿Cómo? ¿Cómo conseguiste dejarlo y volver a ser la que eras?

—Gracias a él y a La Tribu. No puedo decirte que fue algo fácil, pero si yo pude hacerlo tú también. Adam te quiere y haría cualquier cosa por ti. Sé que tú también lo quieres, así que tenéis lo principal. Os tenéis el uno al otro.

Me gustó escuchar esas palabras de su boca.

—Pero yo no soy de La Tribu. Adam no me lo ha propuesto y nunca se me ocurriría pedírselo yo.

Lissy sonrió y me miró como si no estuviese entendiendo nada.

—Rainbow, Adam está deseando que formes parte de nosotros —dijo sosteniéndome por los hombros—. No te lo ha dicho todavía porque no estás en condiciones ahora mismo, pero nada le gustaría más. Y coincido con él en que te haría mucho bien, así que solo es decisión tuya. Si te comprometes, pronto estarás dentro.

Aquella noche volví a casa de Adam con las palabras de Lissy resonando en mi interior. Él ni siquiera sacó el tema y se lo agradecí; yo tampoco podía volver a tener esa conversación. Lissy tenía razón en todo y no me gustaba admitirlo, pero era demasiado obvio. Me había convertido en una adicta. Y por mucho que supiera que sus palabras eran las acertadas, que no tenía más que hacerle caso, que podía seguir sus pasos y parar aquella locura, también sabía, en lo más profundo de mi ser, que no iba a hacerlo. Había comenzado a explorar un terreno peligroso, quería llegar hasta el final y él me lo puso en bandeja. Se llamaba Chase. Y tenía una moto.

PARTE III

35

¿Has montado en moto alguna vez?

Conocí a Chase un mediodía al salir del trabajo. Decidí pasarme por una cafetería a por un capuchino de vainilla, mi nuevo favorito del momento, y descansar un poco antes de volver a casa. La verdad era que también intentaba alargar el momento de encontrarme con Adam y que él empezara de nuevo con alguna de sus regañinas. Estaba sentada en la mesa junto a la ventana y le oí llegar en aquella ruidosa moto de color plateado. Toda la cafetería se giró al escuchar aquel sonido, pues los automóviles eran muy difíciles de ver por aquella zona. El tal Chase entró en la cafetería y todos los ojos se posaron en él. Pidió un café mientras observaba a su alrededor, de pie junto a la barra, y entonces nuestras miradas se cruzaron. Debía de pasar los cuarenta, llevaba perilla y un enorme bigote que le caía hacia abajo, casi hasta la barbilla. El pelo lleno de greñas le rozaba los hombros e iba vestido entero de negro. Todo en él rezumaba peligro y eso me atrajo. Él debió advertir mi interés, ya que no dudó en sentarse al otro lado de mi mesa.

—Es la primera vez que te veo por aquí, ¿eres nueva?

—Más o menos…

Me lanzó una sonrisa obscena en la que mostró unos dientes nada cuidados.

—Me llamo Chase. Tú eres…

—Rainbow —contesté decidida.

—¡Rainbow! Tan angelical como un jodido arcoíris. Y dime, Rainbow, ¿has salido alguna vez del distrito número dos?

Iba a decirle que sí, que había estado en el distrito tres, que es donde vive Adam, y cerca del uno, que es donde se encuentra mi

antigua casa, pero sabía que no se refería a eso. Era obvio que él venía de mucho más lejos y yo ni siquiera conocía el distrito número cuatro. Conforme iba aumentando el número, mayor era el peligro, según me habían contado. Negué con la cabeza.

—¿Has montado en moto alguna vez?

Volví a negar en silencio y supliqué para que no me invitara a hacerlo, porque sabía que le diría que sí. Ni siquiera tuvo que decirlo en voz alta, simplemente nos acabamos nuestros cafés, se puso de pie y yo le seguí. Como una polilla atraída por la luz o, más bien, como un murciélago buscando la oscuridad. No sé por qué lo hice. Yo jamás me habría ido con ningún extraño, mucho menos con uno como ese y en su moto, pero en aquel momento aquello me pareció una buena idea. Sabía que con Adam jamás podría llegar a conocer según qué cosas y yo estaba en plena fase revolucionaria en la que el descubrimiento era mi principal motivación. Mientras me subía a la parte trasera de su moto fui consciente de cuánto había cambiado, de lo poco que quedaba de la chica temerosa y asustadiza que solía ser. Ni siquiera tuve miedo a que algo malo pudiera ocurrirme, tan solo quería ir un poco más allá, conocer más cosas, experimentar todas las posibilidades que tenía alrededor. Me agarré a la cintura de Chase y salimos disparados hacia el distrito número once.

Si hasta entonces había creído que ya había conocido del todo el mundo que me rodeaba, ese pensamiento se fue desvaneciendo conforme fuimos alejándonos del centro de la ciudad. Los barrios cada vez eran más sombríos y austeros. Las calles estaban prácticamente vacías, había basura esparcida por todas partes, escaparates de tiendas rotos, locales quemados… Cuando llegamos al distrito once recordé uno de los cuentos de la abuela sobre el infierno y supe que me encontraba frente a él. Las calles no tenían luz, había hogueras en cada esquina, grupillos de personas jaleando y rompiendo cosas. Quise echar a correr cuando Chase aparcó su moto junto a una zona llena de botellas vacías, vidrios y olor a pis. ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Cómo había podido ir tan lejos?

—Pero bueno, mirad quién ha llegado con mercancía nueva —dijo uno de ellos haciendo que todos se giraran hacia mí. Pude contar unos

diez, tres chicas y casi todos hombres.

—Se llama Rainbow.

El sonido que se produjo a continuación de mi nombre fue un sonoro «ohhhh» que me produjo repelús. ¿Mercancía? ¿Es que pensaban comerme o qué? Doblegué mis instintos de huída, ya que no llegaría a ninguna parte corriendo, y decidí hacerme la dura. Al menos, tendría alguna posibilidad si me creían un posible miembro de su banda.

—Solo es un nombre y ni siquiera lo elegí yo. ¿Alguien tiene un cigarro?

Todos me miraron con curiosidad, satisfechos con lo que había dicho, así que me vine arriba y decidí integrarme. Nunca había fumado, pero quería probarlo y allí todos parecían fumar, así que lo hice. La primera calada se fue directa a mis pulmones y casi hizo que me ahogara, aunque mantuve el tipo como pude. Estaba realmente asqueroso, pero no pensaba malgastarlo, así que me lo terminé a pesar del mareo y las nauseas. Chase me ofreció un vaso con algo de alcohol y eso ya me gustó más. Le di las gracias y lo engullí con la esperanza de librarme del sabor del cigarrillo.

—Buen fichaje, jefe —oí que le decían, pero no quise prestar demasiada atención.

Luego fue otro vaso de alcohol, después un sinfín de comida que no guardaba ninguna relación entre sí. Había porciones de pizza, caramelos, botes de judías en conserva, galletas, una piña y así un largo etcétera. Escuchando las conversaciones supe que todo aquello lo habían sacado asaltando las tiendas, es decir, lo habían tomado por la fuerza.

—¿Es esto lo que hacéis? ¿Todos esos destrozos, los comercios quemados… es cosa vuestra?

—Ellos ponen el precio y nosotros le metemos fuego a todo. Eso es lo que hacemos —contestó Chase de lo más orgulloso.

—Pero por cada allanamiento son veinte unidades.

Soltó un sonido despectivo, como si le resbalara mi apreciación.

—Veinte unidades menos, ¿qué más da? Todo lo que nos dé tiempo a coger es nuestro, así que si haces cuentas, sale rentable. El principal

problema aquí son el resto de bandas. Hay que proteger lo que es tuyo y no dejar que nadie te pise o estás muerto.

Joder, estaba en terreno hostil, tan lejos de la ciudad que ni siquiera parecía que estuviera en el mismo mundo. Un mundo con sus propias reglas, fuera de cualquier ley, abandonado a su suerte. Allí la lucha era algo que iba más allá del tiempo, ya que todos estaban en constante guerra con todos. Me pregunté cómo sería vivir así, rompiendo escaparates y llevándote todo cuanto pudieras, mandando al cuerno las normas, arriesgándote una vez tras otra solo por el disfrute, por la satisfacción personal de estar revelándote contra el sistema. Aquella gente no se andaba con medias tintas y entonces recordé la clasificación de Adam y fui consciente de ante quiénes estaba. Eran Los Antípodas, los más radicales y temerarios. Gente a la que no querías ver ni de lejos, sin embargo, allí estaba yo, comiendo y bebiendo como una más, tan alejada de mi casa que no sabía cómo volver o si podría hacerlo. Había estado tan ensimismada con el paisaje que no había prestado atención al camino.

—Oye, Chase, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Tú dirás.

—¿Por qué no hay casas? Es decir… ¿dónde vivís?

Chase rompió a reír, silbó y llamó la atención del resto.

—Eh, escuchad todos, la criatura quiere saber por qué no tenemos casas. ¿Qué podemos contestarle a eso?

El eco de sus carcajadas resonó sin descanso durante un buen rato.

—Es tan sencillo como que no pensamos trabajar para esos hijos de puta, por lo tanto, si queremos una casa, tenemos que tomarla por la fuerza. Pero pregúntate una cosa, ¿para qué necesitas una casa? A las doce todos nos vamos a dormir, no hay peligro alguno por dormir en la calle y siempre hay zonas en las que resguardarte. No necesitamos nada de ellos —escupió con desprecio y todos vitorearon.

Me hubiese gustazo puntualizar que sí que necesitaba de ellos, por ejemplo, el combustible de su moto, pero decidí callarme y asentir, pues me acababa de dar la idea de cómo salir de allí. Las horas fueron pasando mientras comíamos y bebíamos. Algunos de ellos contaban chistes, otro par intentó meterme mano, pero las tres chicas que había

me defendieron sin dudar, como si fuese algo a lo que estaban acostumbradas. Comencé a hablar con ellas y me sentí sorprendentemente bien. Daban un poco de miedo, pero eran simpáticas, así que no estaba tan mal. Cerca de las doce de la noche todos comenzaron a dispersarse llevándose consigo todo lo que habían robado. No supe qué hacer, así que me quedé allí parada a esperar.

—Nena, no voy a llevarte de vuelta, ¿sabes? No puedo usar mi moto por cualquier cosa, así que tendrás que buscarte la vida —gruñó Chase con su voz ronca sin tan siquiera mirarme a los ojos.

—Claro, descuida. Estaré bien.

Ninguno se interesó por mí, nadie se despidió, y aquello me pareció lo más normal dadas las circunstancias. Cuando todos se pusieron a dormir, algunos en plena calle, otros en los portales o bancos, yo comencé a caminar en dirección contraria a donde habíamos llegado. Decidí avanzar en línea recta sabiendo que eso me llevaría más cerca de casa o eso esperaba. Dudé del peligro de caminar pasada la medianoche. Si alguien me veían estaría en un buen lío, pero tenía claro que no podría salir de allí estando todos despiertos. Sabía por Adam que por las noches había que llevar cuidado con los agentes y los drones, pero lo cierto es que no sabía con exactitud qué hacían o qué podía pasar, así que no me quedaba otra que arriesgarme y caminar lo más rápido posible intentando pasar desapercibida. Pensé en cogerle prestada la moto a Chase, pero eso habría derivado en preguntas que no hubiese podido contestar, y tampoco estaba segura de que supiese conducirla, así que caminé junto a los edificios, bajo las sombras de los toldos, resguardándome en la noche y en la falta de luz que había por aquella zona. Caminé sin descanso hasta que creí desfallecer, pero a cada nuevo paso el paisaje cambiaba, mejoraba ligeramente, y aquello me dio las fuerzas necesarias para continuar.

36

Dime que no has cometido ninguna locura

—¡Rainbow!

Adam vino corriendo hacia mí y me levantó del suelo en un abrazo. Comenzó a dar gracias, a besarme, a comprobar que no estuviese herida. Las lágrimas recorrían su rostro.

—Estoy bien, te lo prometo, solo que no vuelvas a dejarme en el suelo, por favor. No puedo dar ni un solo paso más.

Caminó conmigo en brazos la escasa distancia que nos separaba de mi casa y me dejó sobre la cama con suavidad.

—¿Dónde te habías metido? Hemos estado buscándote desde ayer por la tarde, le pedí a La Tribu que hiciera batidas de búsqueda durante la madrugada, pensaba… Joder, pensaba que te había perdido —sollozó volviendo a abrazarme.

Me sentí tremendamente culpable. Porque todos se hubiesen expuesto pasada la medianoche por mí, por verlo tan destrozado, por haberle hecho creer que me había pasado algo horrible. Estaba siendo muy injusta con él. Él solo quería ayudarme y yo le estaba haciendo sufrir. No se lo merecía.

—Lo siento, Adam. Ayer fui a tomar un café al salir del trabajo y…

—¿Fuiste sola? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería seguir peleando, últimamente solo hacemos eso y necesitaba un poco de espacio.

Él resopló y asintió.

—¿Y qué pasó después? —preguntó en un tono mucho más sombrío.

Tragué saliva. No sabía cómo decirle que me había ido con un desconocido en su moto al distrito once y que ese desconocido era uno de Los Antípodas. Jamás lo habría entendido.

—Yo… conocí a alguien y me alejé demasiado… He tenido que volver caminando.

—¿Quién es ese alguien? ¿Dónde fuiste? Rainbow, ¿sabes al peligro que te has expuesto estando fuera en plena madrugada?

—Sé lo mucho que os habéis arriesgado vosotros por mí y no quiero que volváis a hacerlo.

—Por supuesto que no lo vamos a volver a hacer porque tú no vas a volver a desaparecer, ¿verdad?

Aparté la mirada. No podía prometerle algo así. Me dolía en el alma ser consciente del daño que le estaba causando, pero tenía que vivir aquello; quería vivirlo. Y no era justo que él estuviera esperando por mí, sufriendo por mi bienestar o por mi forma de actuar. No quería eso.

—Rainbow, quiero que formes parte de La Tribu. No quería hacerlo de este modo, pero creo que es lo mejor para todos, sobre todo para ti.

—¿Para tenerme controlada? —solté sin pensar.

—¿Qué? ¡No! Para que estemos juntos, para que dejes de comportarte de esta forma tan extraña y kamikaze. Créeme, sé perfectamente por lo que estás pasando, pero te aseguro que si nos das una oportunidad verás que dentro de La Tribu tienes todo lo que necesitas. Hay comida, bebida, música, libros, cine… No tienes que salir ahí fuera a buscar nada que no podamos darte nosotros; que no pueda darte yo.

Lo volví a mirar y se me rompió el corazón. Adam habría hecho cualquier cosa por mí, lo habría arriesgado todo y yo no podía consentir semejante apuesta. Yo no merecía tanto y no pensaba aceptar el trato. De repente lo tuve claro. Tenía que alejarlo de mí, solo así podría protegerlo y solo así yo podría encontrar lo que fuera que estuviera buscando. No tenía ni idea de qué era, pero estaba claro que buscaba algo que pensaba que él no podía darme. Craso error. Ahora pienso que no buscaba nada en concreto, que simplemente me había vuelto adicta a la sensación de descubrimiento, a la adrenalina, al subidón que me ocasionaba cada experiencia. Actué de la peor forma posible y jamás me perdonaré por lo que hice.

—Ayer conocí a uno de Los Antípodas —le dije entre dientes con la

mirada clavada en el colchón.

—¿Cómo has dicho?

—Llegó a la cafetería, se presentó y no lo pensé. Me subí a su moto y me fui con él hasta el distrito… Me fui muy lejos.

No fui capaz de mirarlo a la cara. ¿De dónde estaba sacando el valor para hacer algo así?

—Dime que no has cometido ninguna locura —gruñó.

—Estuvimos comiendo y bebiendo, nada fuera de lo normal.

Me encogí de hombros, como restándole importancia, pero estaba muerta de miedo. No me reconocía.

—¿Has venido caminando?

—Era eso o robarle la moto, así que sí, he venido a pie.

—Joder.

Adam se levantó de la cama de un salto y comenzó a pasear furioso de un lado a otro de la habitación. Se llevaba las manos a la cabeza, resoplaba, apretaba los puños con fuerza y me miraba, no sin esfuerzo, de una forma que no me había mirado jamás. Estaba decepcionado y muy dolido.

—¿Te han hecho daño? —preguntó de pronto, como si eso fuera lo más importante de todo.

—Ya te he dicho que no.

—¿Saben lo del sueño?

—No. Vuestro secreto sigue a salvo.

—Bien. Prométeme que no vas a volver a hacer algo así.

—No pienso prometerte eso. Me gustaría poder hacerlo, pero ahora mismo no puedo —conseguí decir.

—¿Me estás diciendo que vas a volver a fugarte? ¿Por qué? ¿Qué es lo que no estoy entendiendo? ¿Qué es lo que estoy haciendo mal?

—No se trata de ti, Adam. Se trata de mí y no quiero que todo esto te salpique, así que tienes que dejar que lo haga.

—¿Hacer el qué? ¿Joderte la vida? ¿Acabar muerta en una cuneta? ¡Y encima pretendes que me quede mirando cómo ocurre!

—Sé cómo suena y sé en la posición en la que te estoy poniendo, por eso he decidido dar por terminada nuestra relación.

Lo miré desafiante, altiva, sacando fuerzas de donde no las tenía. Él

abrió la boca de par en par y me miró como si no me conociera. Ni yo misma sabía quién era esa nueva persona.

—Dime que no has dicho eso. Por favor, dime que no he oído lo que me ha parecido oír.

—Lo siento, pero necesito dormir. Será mejor que te marches.

Sus ojos escupían fuego. Jamás lo había visto tan enfadado y me dolía como ninguna otra cosa ser yo la que le estuviera provocando esos sentimientos. Pero era la única forma de hacerlo. O lo único que supe hacer.

37

ADAM

No podía creer lo que estaba pasando. Me parecía tan surrealista que simplemente no me entraba en la cabeza. Quise decirle y gritarle muchas cosas, pero decidí dejarla dormir para que ambos pudiéramos serenarnos. La veía tumbada sobre la cama, todavía con la ropa puesta, el pelo rubio enredado entre las sábanas y parecía la misma de siempre. Sin embargo, ya no lo era. Habría afirmado que no quedaba nada de la Rainbow que había conocido meses atrás, pero yo sabía que aquella chica inocente llena de dudas seguía existiendo en su interior. Quizá estaba consumida por la bestia que yo mismo había despertado, pero era imposible que hubiese desaparecido del todo, ya que esa era su esencia. Tenía que aferrarme a esa idea, porque la otra opción era asumir que ya no había nada que hacer, que no quedaba esperanza para ella. Para nosotros.

No podía aceptar algo así, por lo que me estrujé la mente para tratar de recuperarla. Le pedí ayuda Thomas, a Lissy, a Markus. Convoqué una reunión con La Tribu y supliqué para que me ayudaran con ella. La mayoría coincidió en que yo no podía ayudar a alguien que no quería ser ayudado. ¿Se estaban volviendo todos locos o era yo el que estaba perdiendo la cabeza?

Lissy no tiró la toalla y estuvo conmigo en todo momento. Me aconsejó que le diera un poco de margen, me dijo que tan solo era una fase, que ella también había pasado por lo mismo y que acabaría por darse cuenta de dónde estaba su sitio. Quería confiar en sus palabras. Más que querer, necesitaba hacerlo, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si Rainbow había elegido ese modo de vida? Pude salvar a Lissy en una

ocasión, pero quizá eso solo fue un golpe de suerte que no se volvería a repetir. La sola idea de imaginarme sin ella me hacía enloquecer y supe que no sería capaz de darle el espacio que parecía necesitar. Me aterraba perderla y me sentía tremendamente culpable por haber introducido todo tipo de ideas revolucionarias en su visión virgen del mundo. Aquello era responsabilidad mía y no pensaba rendirme, costara lo que costara.

Al día siguiente, la esperé a la salida del trabajo y la acompañé hasta su casa, a pesar de que me dijo una vez tras otra que necesitaba espacio. Me despedí de ella en su puerta e hice guardia hasta pasadas las doce de la noche, con todo el riesgo que eso conllevaba. Si una patrulla me pillaba deambulando a esas horas, estaría perdido. Adiós al secreto y a La Tribu. Volví a repetir la misma operación cada día, aunque tuve que comenzar a hacerlo a escondidas. Rainbow me decía que tenía que dejarla en paz, que tenía que seguir con mi vida, que ya no estábamos juntos. Y por mucho que me doliera, sabía que aquello no podía ser real. ¿Cómo iba a dejar de quererme de repente? Lo que teníamos era demasiado especial y sabía que no podía desaparecer así como así, por mucho que ella se empeñara en afirmarlo sin descanso.

Pasó una semana y media cuando ella decidió hacer un alto en el camino hacia su casa. Yo la estaba siguiendo a distancia y la vi entrar en una cafetería. Había una moto aparcada fuera y supliqué para que no fuese ese el motivo de su cambio de planes. Pude verla a través de la ventana hablar con un tipo de aspecto cuestionable, mucho mayor que ella. Tenía que ser él. Estuve a punto de irrumpir en el local como un loco para enzarzarme en una pelea que, sin duda, habría acabado perdiendo, pero no me dio tiempo ni a eso. Ambos salieron por la puerta y se subieron a la moto. Me coloqué frente a ellos sin pensarlo.

—¡Adam! ¿Es que me has estado siguiendo?

—¿Es que a ti ha dejado de importarte todo?

—¿Quién es este pavo? —preguntó el susodicho con cara de asco.

—Soy su novio. Rainbow, baja de esa moto.

—¿Su novio? Pues algo debes de estar haciendo mal, chaval. Tu chica prefiere las emociones fuertes.

No le escupí porque tenía la boca más seca que la suela de mi

zapato.

—Adam, por favor, olvídalo —susurró.

—¿Que olvide qué? ¿Todas las locuras que estás cometiendo? ¿Que te olvide a ti? ¿Cómo se te ocurre pedirme algo así después de todo lo que hemos vivido? ¿Acaso… acaso tú te has olvidado de mí?

—Ay, por favor, hacía tiempo que no veía nada tan tierno. No sé si mi corazón de acero podrá soportarlo, pero lo cierto es que me habéis sorprendido, así que os daré una oportunidad. ¡Me habéis pillado en un buen día!

El asqueroso se giró hacia ella e hizo una pregunta que detuvo mi mundo durante el tiempo que ella tardó en contestar.

—Dime, nena, ¿vuelves con él o arranco a esta preciosidad?

Rainbow me miró y había dolor en sus ojos. ¿Por qué se estaba pensando la respuesta? Era tan sencillo como caminar hacia mí, no había nada que pensar. Yo estaba esperándola con los brazos abiertos, dispuesto a olvidarme de todo, pero fui perdiendo la esperanza conforme avanzaban los segundos.

—Rainbow, por favor…

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su barbilla tembló. Pensé que ya la tenía, que por fin había recapacitado, pero cuando ya me estaba imaginando acunándola en mi pecho, ella pronunció las palabras que me romperían en mil pedazos.

—Vámonos, Chase.

Sentí que me estaba desmembrando, que caía al suelo sin remedio, que la tierra me engullía. Mientras los veía alejarse a toda prisa, mientras el humo de la moto llenaba mis pulmones y su rugido taponaba mis oídos, yo solo quería dejar de existir. Quise desaparecer para no tener que sentir nunca más semejante dolor.

38

No sé cómo hacerlo

Fueron unos días muy locos. Adentrarme en aquel mundo fue una forma de evadirme y, también, de enfrentarme a una realidad que era tan verdadera como la que había conocido aislada en mi cabaña y como la que había vivido con Adam. Todo era real, todo formaba parte del mismo mundo y todo tenía cabida. Durante aquellos días no hubo uno solo en que no me doliera la forma en que me despedí de él. Pude ver cómo mis palabras lo rompieron en dos y eso era precisamente lo que buscaba. Adam no estaba dispuesto a alejarse, así que me vi forzada a alejarlo yo. No se me ocurrió otra forma de hacerlo que destrozándolo, pues sabía que no se daría por vencido.

Lloré mucho. No comprendía de dónde salía todo eso que estaba sintiendo, ni por qué había cambiado tanto. No sabía en qué momento me había descarriado de aquella manera y lo peor era que cada vez me veía más lejos de mí misma, de la Rainbow que él conoció. Subirme a aquella moto con Chase fue la mayor locura que había cometido y, aun así, lo sentía tan necesario que quemaba.

Todos me aceptaron en su banda. Por lo visto, era común entre ellos hacer rondas por zonas alejadas a las suyas para ver si podían reclutar a nuevos miembros. Encontraron en mí un filón y ellos también lo fueron para mí; fue algo mutuo. Como ritual de inauguración me pidieron que asaltara una tienda. Querían ver compromiso por mi parte y también salir beneficiados. Estaba claro que no podría seguir comiendo y bebiendo sin darles nada a cambio, así que llegó el momento de hacerlo. En mi cabeza sonaba una y otra vez la cifra que me iba a tocar pagar. Veinte unidades ni más ni menos. Era una cifra

muy alta, pero a esas alturas mi nivel de adrenalina ya estaba por las nubes y hacerme con pequeños caprichos ya no me satisfacía de igual modo. Por eso me uní a ellos, porque necesitaba más emoción, más subidón, más de todo. Y Los Antípodas me lo proporcionaron.

Hice lo que me pidieron y actué según su modus operandi. A las once de la noche, una hora antes de que pusieran a dormir al mundo, los comercios echaban el cierre. Fue entonces cuando lancé un objeto pesado contra el cristal, pasé dentro, les abrí la puerta y todos entraron en manada a saquear todo lo que pudieran y más. Resultó que su forma de abastecerse salía más rentable. Una única persona pagaba las veinte unidades por allanamiento y todos saqueaban lo más rápido posible. Descubrieron que el sistema se saturaba, que no era capaz de contabilizar todo cuanto se llevaban, por eso lo hacían así. Al no tener un trabajo remunerado no podían optar a tener una casa o a los servicios básicos, así que se apañaban con las unidades mínimas, esas que a todos nos venían de fábrica. Era una especie de ruleta rusa constante. Cargados con mochilas y bolsas, salimos de allí a rebosar de provisiones. En medio de todo el alboroto pude hacerme con una lata de comida para el Señor Brown y me apresuré a esconderla en uno de los bolsillos laterales de mi mochila. Ni siquiera sabía si podría dársela, pero fue un acto reflejo que me produjo más dolor que satisfacción. Salimos corriendo de la tienda en cuanto empezó a sonar la alarma, apenas unos segundos después, pero la organización entre ellos era tal que no necesitaron más para dejar la tienda medio vacía. Nos pegamos el festín en una zona bastante alejada, aunque yo no sabía muy bien por qué corríamos si yo ya había pagado el precio del delito. Más tarde descubrí que nos estábamos ocultando del resto de bandas, el auténtico peligro de aquellas zonas. Lo cierto era que no tenía ni idea de muchas cosas, pero me asustaba hacer ciertas preguntas y no quería quedar como una idiota que no sabía ni dónde estaba parada, que es lo que en realidad era. Yo solo quería encajar, sentirme libre, sentir que podía hacer lo que quisiera, que no había normas, ni reglas, ni castigos. Quería sentirme fuera de una sociedad de la que no se podía huir, aislarme del mundo que me había tocado vivir. Quizá quise dejar de existir durante algunos momentos, cuando

el dolor se hacía demasiado insoportable. Dolor por haberle perdido, por haberle alejado de mí. Dolor por mí misma, por ver el rumbo que había tomado mi vida y que no era capaz de reconducir. Dolor por haber desaparecido también de la vida de mi madre sin haberle dado una explicación, pero ya era tarde para todo eso. Ni siquiera podía pensar en mi trabajo o en si habría perdido mi casa, porque mi mente estaba tan confusa que todos esos pensamientos racionales me parecían absurdos. Yo solo quería desaparecer, volar, dejar de sentir y, a la vez, sentirlo todo.

Mientras todos dormían yo me dedicaba a llorar. Bebía, lloraba, bailaba en unas calles oscuras, sin música, sin ningún atractivo más que el botín que tenía delante. Ninguno hizo preguntas respecto a por qué siempre eran ellos los que se iban a dormir primero, pero es que era tal el descontrol que darse cuenta de algo así hubiese sido muy difícil. El que más y el que menos tenía penalizaciones, y nos pasábamos el día tan puestos de todo que fijarse en la hora en la que otro se iba a dormir quedaba fuera de cualquier plan.

Una noche, cerca de las doce, cuando yo ya estaba buscando un sitio donde cobijarme porque ya no me quedaban fuerzas, Chase vino hacia mí junto a otros dos tipos del grupo. No comprendí por qué me sonreían; ellos nunca sonreían. A medida que se acercaban pude ver algo muy malo en sus miradas y supe lo que iba a pasar. Lo tuve tan claro que me preparé para defenderme. Estaba dispuesta a luchar, pero sabía que no podría hacer nada contra tres, ni siquiera contra uno solo. Las chicas me habían advertido sobre ello, pero no pensé que fueran capaces de hacerme algo así. Era tan estúpida que me creía inmune a sus repugnantes deseos. Eché a correr. Sabía que la única posibilidad era esperar a que llegaran las doce para que todos cayeran presos del sueño, pero no pude correr tanto ni tan rápido. Chase y sus secuaces me dieron caza y me acorralaron de la peor forma posible.

—¡No! ¡Ni se os ocurra hacerlo!

—Llevo queriendo hacerlo desde que te vi en aquella cafetería. Tan pura, tan virgen… Pero tranquila, solo jugaremos un poco, no queremos que nos eliminen. Oh, sí, vamos a jugar…

Chase escupía al hablar sentado a horcajadas sobre mí. Tenía la

mirada desencajada, jadeaba como una bestia fuera de control. Rasgó mi ropa y dejó mi pecho al descubierto. Su lengua recorrió mi piel y tuve ganas de vomitar, pero me contuve con tal de concentrar las pocas fuerzas que me quedaban en intentar escaparme de su agarre. Era inútil, jamás habría conseguido liberarme si no llega a ser por ellas. Las tres chicas del grupo interrumpieron sus intenciones golpeándolos con gruesas barras de acero.

—¡Malditas zorras! ¡Os vais a enterar!

—Os hemos oído planearlo, asquerosos hijos de puta. No vais a tocar a una sola mujer más. No pensamos permitirlo.

Se pusieron a pelear entre ellos, momento que aproveché para escabullirme y correr como no había corrido jamás. Me permití detenerme cuando vi que el reloj ya pasaba de la media noche. En aquel distrito la luna cada día era más pequeña.

—¡Niña! Ay, hija mía, pero ¿qué estás haciendo?

Me sobresalté al ver a la abuela a mi lado, en plena calle, con su haz de luz iluminando el oscuro rincón donde había decidido tumbarme. Me quedé agazapada sin poder dejar de mirarla. ¿Me había dormido? ¿Había muerto yo también? Su cabello se mecía con el viento, a pesar de que en aquel rincón no había paso de aire. Me quedé fascinada al darme cuenta de que podía ver a través de ella. Me estaba volviendo loca.

—Al final me has hecho bajar, mira que te lo dije. ¿Qué es lo que pretendes?

—Abuela… ¿Eres tú?

—¿A ti qué te parece? ¿Es que ya te has olvidado de mi cara? Coge esa horrible moto y vete para casa. ¡Ya!

—No puedo, abuela, no puedo… —confesé derrotada. No sabía muy bien si aquello era fruto de un sueño, del alcohol o qué, pero decidí seguirle el juego. Me vino bien ver una cara conocida, poder desahogarme con alguien y, por supuesto, volver a verla.

—¿Cómo que no puedes? ¡Lo que no puedes es seguir así! Estás muy lejos de casa, muy lejos de ti misma. ¿Cómo has podido hacerle esto al pobre chico? No se merecía algo así y tú tampoco. ¿Es que quieres venirte conmigo al otro barrio? Si no llega a ser por ellas…

—¿De verdad estás hablándome? ¿Y tu silla de ruedas?

—No me hace falta allí donde estoy. ¿Y a ti? ¿Qué es lo que te falta? ¿Qué carajo estás buscando, niña?

—Yo… no lo sé, abuela —reconocí.

—Si te viera tu madre… ¿Tienes idea de lo mal que lo está pasando? Todo lo que ha hecho contigo era para evitar que te ocurriera esto y, sin embargo, mírate. No se lo merece. Déjate de tonterías y vuelve, hija. ¡Todavía estás a tiempo!

—No sé cómo hacerlo —sollocé.

—Ojalá pudiera darte un mamporro en la cabeza. Esto de no tener cuerpo es lo que peor llevo —gruñó.

Me quedé mirando sus ojos furiosos sin saber qué más decir. ¿Era posible que cada vez que ella aparecía el ambiente oliera como a algo celestial? Aire puro, menta fresca, flores…

—Vuelve, niña. ¡Vuelve! —Comenzó a evaporarse.

—¡Abuela!

—Vuelve…

Pude volver. Fueron muchas las noches en que pensé empezar a caminar y alejarme de todo aquello, tal y como había hecho la primera vez, pero cuando esos pensamientos me acechaban yo ya estaba demasiado cansada, demasiado ida. Además, ¿qué iba a decir? No tenía justificación para lo que estaba haciendo, ni siquiera me planteaba como una posibilidad el pedir perdón, pues no creía merecerlo. Así que continué por esa mala vida que Chase y los demás me ofrecían en bandeja día tras día, desoyendo las órdenes y ruegos de la abuela fantasma. Sin reglas que obedecer todo era demasiado fácil, todo quedaba al alcance de la mano y la adicción a esa sensación era lo más fuerte que había experimentado jamás. Yo venía de un mundo en el que todo eran reglas. Después, con Adam, descubrí que algunas de ellas no eran tan inquebrantables como parecían, y finalmente resultó que solo existían las reglas a las que queríamos atenernos. Que si queríamos vivir al margen de todo, no había nada que nos frenara, ni siquiera el tiempo o la propia vida. Y eso fue lo que hice. Vivir como si no existieran las consecuencias, como si no existiera el mañana, como si no hubiera un maldito y continuo tic tac

en cada paso que dábamos.

Y seguí. Cada vez un poco más, cada día más allá, sintiéndome tan lejos de mí misma como de mi anterior vida. Y, cuanto más me alejaba, más impensable me parecía volver, más inconcebible redimirme. Continuar era la única opción que me quedaba, así que la agarré y la hice mía.

39

ADAM

Me quedé allí plantado mientras la moto se alejaba sin poder creer que aquella melena rubia que ondeaba con el viento fuera la de ella. Mi Rainbow, la chica asustadiza que había removido todo mi mundo. Me quedé mirando al infinito, de pie, mientras sentía como cada vez más ojos ajenos se iban interesando en mí. Cuando conseguí girar la cabeza, me di cuenta de que todos los que había dentro de esa cafetería estaban mirándome. Rainbow acababa de romper con lo nuestro, acababa de romperme, y yo solo quería tratar de averiguar en qué dirección habían ido.

No tuve tiempo de enfadarme o de lamerme las heridas. Ni siquiera me permití unas lágrimas de más, solo las que se me escaparon de pura rabia. Sabía lo que ella estaba haciendo. La conocía bien y sabía que el motivo por el que lo había elegido a él no era otro que el de tratar de alejarme. Esa era la única opción posible, la única que mi mente podía contemplar. Rainbow me quería fuera de su vida porque no quería arrastrarme con ella. Fui testigo de cuánto le había costado pronunciar aquellas palabras y eso solo podía significar una cosa. Había esperanza; todavía la había. Jamás, me dije a mí mismo, jamás la abandonaría. Y me dio igual el daño, la herida y el dolor. Me dieron igual los distritos que tuviera que atravesar o el tiempo que tardara en encontrarla. Incluso me dieron lo mismo las unidades o cualquier precio posible. La iba a encontrar y la iba a recuperar. Ese era mi objetivo, mi motivo para no caer. Aquel fue mi propósito durante cada día.

Tenía la sensación de estar enloqueciendo. Mi mente y mi cuerpo estaban centrados en una única cosa y todo lo demás carecía de sentido. Mi vida entera se transformó cuando tomé aquella

determinación, pero ¿por dónde empezar? Traté de seguir el rastro de la moto, pero eso no me llevó demasiado lejos. Interrogué después a todos los de la cafetería y a la gente que iba caminando por la calle. Deambulé sin sentido tratando de pensar, de ordenar mis ideas, de trazar un plan que tuviera alguna lógica. Finalmente regresé con La Tribu y les conté a Lissy y a los demás lo que había ocurrido. Me advirtieron del riesgo, todos ellos lo hicieron, pero nada podría haberme hecho cambiar de opinión.

Pregunté a Thomas algo que jamás había preguntado y me contestó lo que yo ya suponía. La anulación del sueño era algo irrevocable, no se podía volver a implantar. Algo dentro de mí gritó que aquello había sido el motivo principal por el que Rainbow había perdido el norte y que, si lo recuperaba, todo volvería a ser como antes. La misma voz que gritaba en mi interior también contestó a eso y me dijo muy bajito: «sabes que ya nada volverá a ser igual. Hay puertas que una vez abiertas ya no se pueden volver a cerrar». Puertas, ventanas, una dimensión entera era lo que ella había descubierto. No podía culparla, no podía señalarla. Solo podía mantener la esperanza de encontrarla y de que no fuera demasiado tarde.

Traté de buscar un vehículo, costara las unidades que costara, pero los oficiales estaban fuera de mi alcance y los extraoficiales parecían haber desaparecido de la faz de la tierra. En eso La Tribu no pudo ayudarme, así que lo hice según el método tradicional. Barríamos las calles a pie, Lissy, Benjamin, Markus, Thomas y algún que otro voluntario. Íbamos peinando zonas, descartando opciones y alejándonos cada vez un poco más. Empezamos buscando en nuestra zona, por si volvía, por si había alguna pista. Nada. Aquello iba a ser como tratar de encontrar una piedra única en medio de una enorme montaña. No quería verlo como algo imposible, pero con cada paso, con cada nuevo día, la búsqueda se hacía más complicada. Cuando llegamos al distrito número seis todos decidieron abandonar. Primero intentaron sacarme de la cabeza la idea de seguir adelante, convencerme de que era lo mejor. Me dijeron que estaba tirando mi vida y mi tiempo por la borda por alguien que no merecía tanto de mí. No esperaba que ninguno lo entendiera, ni siquiera esperé que

llegaran tan lejos por mí, pero yo tenía que seguir, no había más opciones posibles. Dejé de trabajar, me olvidé del Señor Brown, incluso de mí mismo. Mi cometido era avanzar cada día un poco más, seguir peinando zonas, seguir buscándola. No pensaba dejar ni un solo rincón de aquella ciudad sin rastrear, así me costara la vida.

Algo que me decía que Rainbow estaba mucho más lejos, era que el tipo tenía pinta de ser del distrito número ocho como mínimo, pero no me podía confiar. Mientras avanzaba, tenía que seguir buscando. ¿Quién me podía asegurar que ella no podría estar en cualquier parte? Mantener la concentración en una búsqueda fantasma cuando todas mis fuerzas, mi energía y mi cordura se desvanecían, fue de las cosas más difíciles que tuve que hacer. Por momentos sentía que una cuerda invisible era la que tiraba de mí, más fuerte que mis propios pies y manos. Una cuerda a la que me aferraba para seguir avanzando sin desfallecer. Una cuerda que me mantenía conectado a ella, a su esencia, a nuestros mejores momentos juntos. Porque durante los días y semanas que duró aquella búsqueda, en los momentos más oscuros de toda mi vida, mis recuerdos con ella fueron los que me mantuvieron a flote.

Acababa de llegar al distrito número once, una zona fuera de la civilización, al margen de la ley y de todo lo que yo había conocido hasta ese momento. Mi imaginé allí a mi pequeña Rain y me estremecí. ¿Cómo podía creer que aquel mundo tan oscuro era su mundo cuando ella era toda luz y color? No fue fácil ignorar las reyertas, pasar desapercibido ni evitar verme involucrado en los numerosos altercados que se venían sucediendo desde el distrito número nueve. A cada paso que daba la cosa iba empeorando y realmente sentí miedo de no saber qué me iba a encontrar. De pronto, la imagen de su cuerpo yaciendo inerte en medio de la calle comenzó a dominarme. Tenía la sensación de que la veía en todas partes, pero en ninguna de esas visiones seguía con vida. Esa era una opción que

no había contemplado hasta ese momento, pues la necesitaba viva para seguir, pero la visión grotesca de aquella zona abandonada llena de violencia me hizo sucumbir a mis peores temores. Allí no había esperanza posible para nadie, ¿por qué la iba a haber para nosotros?

Me pateé el distrito número once varias veces, de norte a sur y de este a oeste. A cada minuto que pasaba temiendo por mi vida, temiendo por la suya. A veces, sobre todo en mitad de la noche, deseaba morir para no tener que seguir haciendo aquello que me estaba destrozando. Llegué incluso a desear que no me hubieran privado del sueño inducido, pues habría sido mucho más fácil si hubiera tenido una hora límite para irme a dormir. En cambio, cuanto más cansado estaba, menos podía conciliar el sueño, así que seguía caminando, seguía buscando. Creo que incluso llegué a dormir mientras caminaba, como en una especie de sueño involuntario. Mi cerebro necesitaba desconectar, pero mi cuerpo se negaba a hacerlo y ambos luchaban entre sí. Llevé mi cuerpo al límite de tal manera que supe que estaba acercándome peligrosamente al final.

Fue una noche, entre uno de esos sueños lúcidos, en medio de una caminata somnolienta, cuando la vi. Las calles ya estaban en silencio, los fuegos se estaban apagando, las sirenas habían dejado de sonar y no se oían gritos, ruidos de cristales rompiéndose o disparos. Estaba tumbada en una acera, ligeramente apoyada sobre una pared de piedra, en un rincón maloliente y oscuro como ningún otro. Su tez pálida y su pelo rubio, mucho más apagado de lo que recordaba, yacían desmadejados como en una de mis horribles visiones. Su ropa estaba rasgada y me imaginé lo peor. Me quedé petrificado ante la imagen sin saber si estaba soñando, si aquello era real, si yo ya había muerto o si era ella la que había llegado a su final. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí de pie, sopesando todas las opciones. La que más me aterraba era la de acercarme y comprobar que estaba tan fría como la pared de piedra en la que estaba apoyada. Pero lo hice. Agarré el último resquicio de esperanza que todavía habitaba en mí, conté cinco pasos que me costaron más que todos los anteriores juntos y me arrodillé junto a ella.

Su cálido aliento rozó mi cuello. Respiraba, joder, ¡estaba viva!

Solté con fuerza todo el aire que estaba reteniendo. Me fijé entonces en cómo su pecho subía y bajaba, algo que no pude apreciar durante los minutos anteriores, ya que el pánico me había nublado los sentidos. No me lo pensé. Saqué fuerzas de donde no las tenía y la cargué en mi hombro. Me pareció que apenas pesaba, como si solo fuese un cascaron vacío, un envoltorio de algo que una vez fue. Miré alrededor pensando en cómo salir de allí lo más rápido posible y entonces, bajo un cielo oscuro como la muerte, yo vi brillar el sol. La moto en la que ella había huido estaba aparcada junto a un edificio. Imploré para que tuviera combustible, para que yo supiera manejarla, para que Rainbow aguantara hasta llegar a casa. El cielo siguió brillando dándome por fin la oportunidad que tanto tiempo llevaba anhelando. La había encontrado, todavía había esperanza, todavía la podía recuperar. Me subí a la moto y arranqué, tal y como había visto hacer en las películas. La acomodé detrás de mí, su peso cayó contra mi espalda y pasé sus manos alrededor de mi cintura. Si despertaba, quizá no quisiera volver conmigo. Si permanecía dormida, quizá cayera de la moto sin remedio.

Cuando ya pensaba que lo más difícil estaba hecho, tuve que enfrentarme a conducir por primera vez una moto con un peso muerto en mi espalda. Y lo hice en plena madrugada, siendo consciente del ruido que hacía ese motor, de los problemas que podíamos atraer. Pero, sobre todo, lo hice siendo consciente de que a cada segundo estábamos más cerca de casa. Y de que ella estaba, por fin, conmigo.

40
Horriblemente mal

Un punzante dolor de cabeza me atravesó de arriba abajo, como millones de cuchillas clavándose en mi interior. Sentía las cuencas de los ojos en carne viva, la boca ajena, el cuerpo entumecido. Sentía que no me quedaban fuerzas ni para abrir los ojos, ni siquiera para seguir respirando. Pero lo hice. Lo hice por puro instinto de supervivencia, y también, porque había algo a mi alrededor que me resultaba demasiado familiar. El roce de unas sábanas contra mi cuerpo desnudo, el sonido de unas uñas repiqueteando en el suelo sin descanso, el aroma de mi hogar. Hogar... No sabía a qué olía, no era algo concreto, nada que destacase por encima de cualquier otra cosa, pero era inconfundible.

Me pareció estar inmersa en un sueño de esos tan buenos que no quieres despertar. En los que te regocijas en la sensación de felicidad, de plenitud, de perfección. Pero la curiosidad, ese arma tan poderosa y afilada, me hizo abrir los ojos lentamente para comprobar si de veras estaba soñando o si se trataba de la realidad. No lo tuve claro hasta que pasaron varios minutos. Me costaba enfocar la vista, reconocer dónde me encontraba. Me dolía mover los dedos de las manos y también los de los pies. Quise incorporarme, quise hablar, pero fue imposible. De pronto algo húmedo y suave lamió mi mano que colgaba por un lateral de la cama. Sonreí internamente, ya que yo era incapaz de gesticular. Reconocí entonces los cuadros a todo color inundando las paredes, las sábanas grises, al Señor Brown lamiendo sin descanso hasta que fui capaz de retirar la mano. Cuando lo hice salió corriendo del cuarto y regresó con él. El chico de los bombones. Adam.

Se sentó junto a mí y me abrazó haciendo que se me escapara un

quejido ronco. Después me pidió disculpas y fue corriendo a por un vaso de agua. Tosí al sentir el contacto del líquido en mi boca. Casi me atraganté, pero me vino de fábula.

—Gra… Gracias —susurré a duras penas.

—Shh. No hables, pequeña Rain, no hables.

Adam me acunó, el Señor Brown saltó sobre la cama y así, entre los dos, volví a desaparecer.

Adam dormía junto a mí, encima del edredón, con la ropa puesta, tal y como hizo aquella lejana noche en la que todavía no éramos más que dos desconocidos. Le acaricié el pelo y sonreí, pero de pronto me invadieron unas terribles ganas de llorar y no me pude contener.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre? ¿Necesitas algo?

Lloré como no había llorado en mi toda mi vida. Lloré por él, por nosotros, por mí misma. Lloré por la impotencia, por no haber sabido hacerlo mejor, por el daño que nos había causado, por la vergüenza. Sobre todo lloraba por la vergüenza de saber que la culpa era únicamente mía, que jamás él me podría perdonar todo lo que había hecho. Lloré por la forma en que me marché haciéndolo todo añicos. Sentía vergüenza de mí misma y de mi absurdo comportamiento. No me merecía estar allí.

Alargué el brazo señalando el vaso de agua y él me lo ofreció. Sentía como si llevara días enteros sin beber algo que no fuese alcohol y entonces recordé que eso era exactamente lo que había ocurrido. El Señor Brown volvió a subir a la cama, se hizo un ovillo junto a mí y apoyó su cara de ojos azules en mis piernas. Aquello me serenó.

—Tengo una sorpresa para ti —le dije a duras penas sin dejar de acariciarlo.

Adam respetó mi silencio, pero finalmente habló. Me alegré de que lo hiciera, porque yo no tenía fuerzas ni sabía lo que decir.

—¿Cómo te encuentras?

Le contesté sin levantar la vista de mi mano.

—Horriblemente mal.

—¿Tienes hambre? ¿Necesitas que te lleve a un médico?

Negué en silencio. Mi malestar era, sobretodo, interno, y eso que por fuera estaba hecha una auténtica mierda.

—¿Por qué? ¿Cómo me has encontrado?

Recordé que después de que Chase y los suyos intentaran propasarse conmigo, después de una de esas visiones en las que la abuela me gritaba y suplicaba que volviera, alguien me cogió en peso y cargó conmigo. ¿Sería él? ¿La abuela le había dicho dónde estaba?

—Buscando en cada rincón una y otra vez. ¿Por qué? Porque era lo único que podía hacer. Si pensabas que podías apartarme con unas simples palabras, lo llevas claro. Seguro que nunca has conocido a nadie tan pesado como yo.

Quise sonreír, pero dolía demasiado. Adam buscó mi mirada, pero fui incapaz de mantenérsela, así que aparté de nuevo la vista. El Señor Brown era mucho más fácil de mirar, así que me concentré en él.

—No has debido hacerlo. No después de lo que te dije, de cómo me marché.

—Precisamente por eso y más que nunca. Abandonarte jamás estará en mis planes, por lo que, si estás pensando en volver a hacer algo parecido, olvídalo. Te haré mi prisionera si hace falta y tengo el consentimiento de tu madre para hacer lo que crea conveniente contigo —me dijo muy serio.

—¿Mi madre? Oh, no… ¿Está muy mal?

—Mejor ahora que te he traído de vuelta, pero ha sido muy duro para ella.

—No sé cómo voy a poder volver a mirarla a la cara después de… Ni siquiera tengo derecho a pedir perdón. Lo que he hecho es imperdonable y…

—Rainbow, no queremos que nos pidas perdón. No queremos pedirte explicaciones ni necesitamos entender qué te llevó a tomar ese camino. Lo único que queremos es que vuelvas. Nos vale con que regreses a nosotros.

Sus palabras calaron hondo en mí y me obligué a mirarlo. Pese a las ojeras, al cabello despeinado, a la pérdida de peso y a la piel

amarillenta, estaba más guapo que nunca.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —quise saber de pronto, angustiada de nuevo por ese horrible tic tac.

—Algo más de un mes.

Me quedé atónica ante su respuesta. Un mes. Cinco o seis largas semanas en las yo me había dedicado a desaparecer, a perder la noción del tiempo, a reducir drásticamente mis años de vida.

—Un mes en este mundo. En el que yo he estado ha sido mucho más.

—Lo sé.

De repente comencé a llorar. ¿Cuánto tiempo había desperdiciado? ¿Cuánto me quedaba? Me abracé a mí misma y me tumbé de nuevo.

—Rainbow…

—Déjame sola, Adam. Por favor… Necesito estar sola. Debería haberme quedado sola —sollocé.

Adam se levantó de la cama con lentitud, salió de la habitación y apareció a los pocos minutos con algo de comida. Dejó el plato junto a mis pies, se alejó en silencio y cerró la puerta tras de sí. Seguí llorando como si las lágrimas fuesen la cura a todas mis heridas. Quizá lo fueran. Quizá necesitaba llorar todo lo que no había llorado de ahí para atrás. Quizá fue la única manera que se me ocurrió de volver a la vida.

41

El ser humano no está hecho para dominar la libertad absoluta

Durante los días en los que Adam respetó mi silencio tuve que enfrentarme a algo a lo que no me había tenido que enfrentar jamás. Era lógico y pude haberlo imaginado yo sola, pero una siempre tiene la esperanza de que no será para tanto o que, a lo sumo, será como una resaca más. Pero no, aquello no se parecía en nada a una resaca. Fue como pasar por diez resacas juntas, tanto en intensidad como en duración. A eso había que añadirle el síndrome de abstinencia, con sus temblores, sus sudores, sus súplicas a voz en grito. Las ganas de liberarme de las cuerdas con las que me habían atado a la cama para echarme cualquier cosa a la boca. Un bombón, un poco de helado, un trago de cerveza… Cualquier cosa que aliviara un poco esa sed horrible que sentía sin descanso y que no conseguía que se fuera. Me había acostumbrado a acallar los remordimientos con grandes dosis de alcohol y eso ya no era posible. Me tocaba lidiar con el aluvión de sentimientos, con unos totalmente nuevos y opuestos. Mi adicción tenía una parte física, eso era innegable, pero era mucho más fuerte la parte emocional. Mi enorme dependencia tenía que ver con mis emociones y eso fue lo más duro de admitir.

Grité como una loca, lloré, amenacé, chantajeé, insulté y volví a empezar. Adam no decía nada, solo se preocupaba de que no me hiciera daño, se aseguraba de que siempre tuviera comida y agua e incluso me aseaba cuando era necesario. Mi madre había estado pasando cada día después de su turno de trabajo y hacía conmigo lo mismo que con cualquier enfermo que estuviera en una cama. Su mirada me dolía, pero ella tampoco decía nada. Se limitaba a

cuidarme y eso me dolía mucho más. Yo estaba deseando pelear con alguien, enzarzarme en una discusión que me permitiera sacar un poco de esa rabia que estaba sintiendo por dentro, pero tuve que gritarle a la nada. Ninguno estaba dispuesto a hablar conmigo en ese estado y puede que fuera lo mejor, ya que durante esos días estuve tan irreconocible que ni siquiera el Señor Brown se acercaba demasiado.

Pasado el horrible cúmulo de sensaciones de mierda, me fui serenando. La rabia y el enfado dieron paso de nuevo a la tristeza y a la vergüenza. Fue ahí cuando recibí la visita de Lissy, que no se anduvo con medias tintas.

—Por fin te veo —me sonrió.

—He estado aquí todo este tiempo.

—Y he venido, pero siempre te pillaba dormida. Bueno, no a ti, sino a esa versión desquiciada y sudorosa. ¿Cómo se te ha ido tanto la pinza?

Bajé la mirada sin saber qué contestar.

—Yo tengo parte de culpa. Vi que estabas caminando de forma peligrosa por los límites y le dije a Adam que te diera espacio, que solo era una fase, que no había de qué preocuparse. Supongo que te subestimé.

—Tú no tienes la culpa de nada, no es vuestro problema —escupí de mala manera.

—En eso te equivocas. Es mi problema desde el momento en el que mi mejor amigo y tú os enamorasteis como quinceañeros. ¿Recuerdas que te conté que yo había pasado por una fase parecida y que Adam me salvó?

Asentí en silencio.

—No llegué tan lejos como tú, pero la abstinencia… Me merecía todas y cada una de las horribles sensaciones que tuve que sufrir. Tú también te las mereces, porque tienes que recordar que todo tiene un precio.

—¿En serio? ¿De verdad has venido a decirme que me merezco lo que me está pasando?

—Por supuesto. Adam no te lo dirá y tu madre tampoco. ¿Para qué están las amigas, si no? Te mereces lo que estás sufriendo y toda la

culpabilidad que sé que estás sintiendo. Has hecho daño a mi amigo y a ti misma. Ahora piensa cómo repararlo, porque todavía tienes la inmensa suerte de que todos estamos esperando a que lo hagas.

Me quedé unos segundos sin palabras, pero logré contraatacar. No entendía muy bien por qué, pero tenía la necesidad de defenderme atacando.

—¿Y si no quiero reparar nada? ¿Y si no quiero que ninguno de vosotros espere nada de mí? ¿Y si lo único que quiero es volver a huir para volver a ser libre?

—Libre… ¿Cómo me hablas de libertad cuando te has convertido en un ser dependiente de cada sustancia prohibida? Nunca seremos del todo libres, Rain. Siempre habrá algo que nos ate, en tu caso solo has cambiado unas cadenas por otras. El ser humano no está hecho para dominar la libertad absoluta, así que no pretendas encontrarla porque acabarás siendo prisionera de ti misma. Y esa es la peor cárcel que se me ocurre.

Tras esas palabras se levantó y se fue sin despedirse. Me dio tanto en lo que pensar que durante el resto del día no fui capaz de sacarme aquella conversación de la cabeza. Libertad. ¿Realmente me había sentido libre durante el tiempo que estuve con Los Antípodas o solo era una sensación parecida suministrada por los excesos? ¿Qué tipo de libertad quería conseguir? ¿Cuál era mi objetivo detrás de todo aquello?

La conversación con mi madre fue incluso peor, más que nada, porque aquello no fue una conversación, sino un monólogo en el que ella me acusaba, me reprochaba, me pedía explicaciones y me miraba como si yo fuese lo peor que había visto nunca. Había dolor en su mirada, pero sobre todo había decepción. Yo sabía que asumir mi culpa era darle la razón y todavía no estaba lista para eso, mucho menos para hacerlo frente a ella y reconocer que la mano dura, las prohibiciones y las reglas inquebrantables eran el mejor camino. Si no hubiese sido por la abuela, mi madre habría llevado su estricto método de crianza hasta el final y, aunque pensé que se había redimido un poco, lo cierto era que seguía siendo la misma. Cuando ya creía que estaba todo dicho por su parte, varios días después de

soltar sapos y culebras por su boca, quiso mantener conmigo otra conversación, una que me pilló del todo por sorpresa.

—Tu padre era un Antípodas —soltó a bocajarro con la mirada más triste del mundo en sus ojos.

Jamás había nombrado a mi padre para nada, no entendía lo que quería decir ni por qué me estaba diciendo aquello, pero yo no era capaz de emitir sonido alguno, así que siguió.

—Yo también tuve mi época rebelde y comenzó demasiado joven. El cambio de mundo me pilló en plena adolescencia, con todo lo que eso conlleva. Fue muy difícil, Rainbow, tanto que no supe qué hacer. Lo único que se me ocurrió fue refugiarme en los brazos del primero que se me puso delante. Quería ser una revolucionaria como él, revelarme contra el nuevo sistema, pero lo único que conseguí fue un embarazo no deseado y complicarme mucho más la vida. A mí, a la abuela… Él nunca llegó a saber de mi estado, ni siquiera volví a verlo. Supe con el tiempo que lo más probable era que hubiera muerto en una de las numerosas guerrillas que se organizaban con la intención de acabar con los Gestores, algo que, como podrás suponer, nunca pasó.

—Pero… no lo entiendo, mamá, ¿por qué me cuentas esto ahora?

Una lágrima se deslizó por su cansado rostro.

—Porque me siento culpable, porque necesito que comprendas que todo cuanto he hecho ha sido para evitar que tú pasaras por lo mismo. Creía que si te educaba bajo unas estrictas normas, aislada del mundo, evitaría que tú cometieras los mismos errores que yo.

—Así que ese cuento de que nunca llegaste a conocer a mi padre no era más que otra mentira —escupí con cierta rabia.

—No era tan mentira, realmente no llegué a conocerlo, tan solo nos vimos unas cuantas veces. Era lo mejor para ti, ¿de qué te habría servido conocer la verdad?

—¡No lo sé! Pero quizá yo no habría acabado juntándome con Los Antípodas, tal y como tú hiciste. De haberlo sabido yo… Oh, no, mi padre era un Antípodas, por eso yo soy así. Por eso estoy corrompida, por eso…

Entré en bucle, algo dentro de mí había colapsado. Mi padre, ese

gran desconocido, el innombrable, fue un Antípodas. No podría creerlo.

—Y tú, mamá, tanto presumir de reglas, de valores, de una conducta ejemplar, de no haber quebrantado nunca la ley… ¡Era todo mentira! ¡Me has criado en una mentira enorme! Una detrás de otra y otra y otra… ¡Toda nuestra vida es una colosal mentira!

—Lo he hecho todo por ti, cariño. ¡Todo! Ojalá algún día llegues a comprenderlo. Ojalá algún día…

Mi madre salió de la habitación llorando a lágrima viva y yo me quedé petrificada sobre el colchón. Aquello fue demasiado. Me llevó tiempo comprender que lo que mi madre trataba de controlar con todos esos límites era el miedo. Miedo a perderme, a fracasar en su papel de madre, a que algo malo me ocurriera. Miedo a no estar a la altura, a que me ocurriera como a ella. Esa fue su forma de hacerlo, intentar frenar el miedo insuflando un poco más. Conocer sus motivos me hizo no querer cuestionar sus métodos, por mucho que yo no compartiera su decisión, y después de un tiempo me di cuenta de que ya no sentía rencor. A su forma, había intentado llevarme por el camino más seguro de la mejor manera que supo. La rabia que siempre le había tenido se fue disipando tras su confesión y un nuevo sentimiento se fue abriendo paso: la compasión. Comprender sus motivos me hizo, por fin, estar en paz respecto a nosotras dos.

42

Tengo una especie de don para estas cosas

Sabía que el siguiente en la lista de conversaciones pendientes sería él. Aún no me sentía preparada para enfrentarme a su mirada, a sus palabras, pero tampoco había mucho que yo pudiera hacer. Me había dado tiempo de sobra, había respetado todas las fases por las que había pasado y seguía presa en aquella cama, así que no pude huir de él, como me habría gustado. Huir me parecía la mejor de las opciones, ya que enfrentar la realidad era demasiado difícil. La realidad era que yo me había comportado de la peor forma posible y que seguía haciéndolo.

Nunca me había considerado una persona orgullosa, pero, por lo visto, el orgullo era lo que recorría mis venas, ocupando así el lugar del azúcar y el alcohol. Habría sido tan fácil agachar la cabeza y pedir perdón… La conversación con mi madre me había dejado al borde de mis fuerzas, pero no, yo tuve que seguir peleando, seguir negando la verdad, incluso cuando la persona que más quería se sentó frente a mí completamente rota.

—¿Qué tal te encuentras?

—Soy tu prisionera, así que no muy bien —escupí con sarcasmo.

—Lo sé, a mí tampoco me gusta tenerte así, pero teníamos que hacerlo. ¿Podrías asegurarme que si te suelto no volverás a salir corriendo?

Bajé la mirada, avergonzada de que supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Lo estás haciendo muy bien. Lo peor ya ha pasado y ahora solo queda que te recuperes. Te he traído unos lienzos y pinceles… para que estés entretenida. Me dijiste que querías probar.

Adam dejó a mi lado unos cuantos pinceles, lienzos en blanco y unos tubos de colores. Aquello me enterneció, pero no podía aceptarlos.

—No quiero recuperarme, yo solo quiero…

—¿Qué? —me interrumpió de mala manera—. ¿Qué es lo que quieres? Necesito saberlo para poder entenderte.

Me molestó que todavía me estuviese dando el beneficio de la duda. No me lo merecía.

—Quiero desaparecer, eso es lo que quiero. Eso es lo que intentaba y si tan solo me hubieras dejado…

—Rainbow, te dije que eso no iba a ocurrir. Sé lo bien que se vive fuera de la realidad, aquí el que más y el que menos ha pasado por algo parecido a lo tuyo. ¿Crees que eres la única a la que se le ha ido la cabeza? Todos hemos pasado por esa fase, solo que tú la has llevado al extremo. Y me da igual que quieras desaparecer o que creas que no mereces que te acojamos de nuevo, que seguro que es lo que estás pensando. Formas parte de La Tribu, formas parte de mí y no pienso rendirme hagas lo que hagas, ¿lo has entendido?

El corazón me golpeaba en el pecho de tal forma que parecía que se me iba a salir. Casi era como sentir un subidón de adrenalina, solo que sin sustancias de por medio.

—No deberías. Ninguno deberíais estar haciendo esto por mí. ¡Y por supuesto que no me lo merezco, joder! No se me ocurre una sola razón por la que…

—Tengo demasiadas razones y la principal es que te quiero tantísimo que no puedes pedirme que no haga nada. Te quiero, Rainbow. Creo que te quiero desde la primera vez que te vi, si es que eso es posible, y sé que te querré pase lo que pase. También sé que tú me quieres a mí y que con tu forma de actuar solo tratabas de alejarme. Querías protegerme, ¿verdad? Pues ahora yo te protegeré a ti. Así es como funciona —me sonrió mientras pasaba las manos por mi pelo.

—No merezco nada de ti, Adam. Jamás lo merecí y, sin embargo, tú siempre has estado y…

Me rompí. Toda la apariencia que trataba de mantener se derrumbó

en un segundo. Volví a llorar con todas mis fuerzas mientras él no hacía otra cosa que abrazarme, tratar de calmarme y decirme que todo iba a salir bien. ¿Cómo lo sabía? ¿Por qué confiaba en mí más que yo misma? ¿Por qué decía amarme tanto si yo solo le había causado dolor? Estaba tan abrumada que no sabía ni lo que pensar. Sentía tantas cosas a la vez que llorar fue la única solución que encontré. Sé que él esperaba algún tipo de respuesta, pero no me la pidió. Incluso en esa situación estaba siendo encantador y yo solo quería que me diera algún motivo para odiarle, para pelear, para reafirmarme en que lo que había hecho tenía todo el sentido del mundo. Le conté el reciente descubrimiento acerca de mi padre, incluso traté de justificarme diciéndole que por mis venas corría sangre de Antípodas, pero nada de eso le hizo cambiar de opinión. Como decía la abuela, ves el verdadero amor cuando las cosas se ponen difíciles. Y allí, en medio de todo el desastre que yo misma había creado, pude verlo mejor que nunca. Adam me quería tanto que llegaba a asustar y yo… Yo lo quería incluso más.

No volvió a hablar conmigo en unos días y no volvió a sacar el tema. Supuse que esperaba que las cosas fueran encontrando su cauce, que yo fuese volviendo a ser la que era. Yo también lo deseaba, en secreto, pero me parecía estar demasiado lejos de conseguirlo. Habría sido más fácil darme cuenta de que ya nunca volvería a ser la misma. ¿Cómo iba alguien a seguir siendo el mismo después de haber vivido todo lo que yo viví? La realidad, la verdad y las consecuencias siempre nos transforman, y esa era mi nueva vida, la nueva yo. No podía volver a lo de antes, lo que tenía que hacer era tratar de continuar siendo esa nueva versión en la que me había convertido. Aprender a vivir en un mundo intermedio, ni el mundo vacío en el que crecí, ni el mundo lleno de todo en el que había enloquecido las últimas semanas. Tenía que aprender a vivir de nuevo y me enfoqué en ese pensamiento por encima de cualquier otro. La alternativa a no hacerlo era mucho

peor.

Fue unos días después de aquella conversación cuando por fin me sentí con fuerzas de pedirle a Adam que me dejara salir de la habitación. Él se mostró reticente, pero, una vez más, confió en mí. Si no hui en cuanto tuve la ocasión no fue por falta de ganas, sino que fue por él. No podía volver a hacerle pasar por lo mismo, nunca más volvería a hacerle tanto daño de forma intencionada. No se lo merecía y yo ya había abusado de sus sentimientos y confianza hacia mí. Hasta yo tenía mis límites, y pasadas todas las fases habidas y por haber desde que Adam me encontró, supe que ese era un límite que no iba a volver a traspasar.

Volver a ser pareja no entraba en mis planes. Era consciente de que le había hecho tantísimo daño que lo último que esperaba era que pudiéramos retomar lo nuestro como si nada hubiera pasado. Me conformaba con que no me odiara de por vida, con que alguna vez pudiera perdonarme, y así se lo hice saber a Lissy.

—No tienes que tomar ese tipo de decisión ahora. Deberías centrarte en recuperarte, en alimentarte bien para dejar de vomitar. Después, encontrar trabajo de nuevo, conseguir una casa y poco a poco las cosas se irán poniendo en su lugar. Si estáis destinados a estar juntos, lo haréis. Esta ha sido una prueba de fuego como ninguna otra y no todas las parejas pueden soportarlo. Conozco a Adam y sé qué él haría cualquier cosa por ti, pero también sé que esto es cosa de dos.

—Yo lo quiero, Lissy, aunque no lo parezca, pero no sé si podremos seguir juntos como antes. Se han roto demasiadas cosas, yo me he encargado de romperlas una a una. Yo también lo estoy, él lo está… Es una tontería pensar que todo puede seguir igual. Ya nada lo será.

Lissy me abrazó y salió de la habitación. El Señor Brown saltó a la cama y comenzó a lamerme; no soportaba verme llorar. Me atreví esa tarde a mirarme al espejo y me costó reconocerme. Había perdido mucho peso, dos enormes ojeras ocupaban mi cara, mi pelo estaba fosco y apagado y, de alguna forma, sentí que así era como tenía que ser. Mi aspecto solo era el fiel reflejo de mi interior y me merecía lucir así de mal. Me sentía bien en el castigo, en la autocompasión, en las lamentaciones. Me sentía bien con el sufrimiento que había dentro de

mí y me aferré a él como a ninguna otra cosa. Lissy me lo había dicho, me merecía todo aquello y yo también lo creía.

Al día siguiente, Lissy apareció con algo que yo no había visto jamás. Era una caja pequeña con un palito de plástico blanco en su interior.

—Tienes que hacer pipí aquí.

—¿Qué?

—Rainbow, llevas días vomitando y sé que no te ha venido la regla.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Es que te has vuelto loca? —grité enfurecida.

—Mira, no me preguntes cómo lo hago, pero tengo una especie de don para estas cosas. Léete las instrucciones y hazlo cuando estés lista.

Se marchó dejándome allí tendida en la cama mirando aquella caja extraña y sintiendo que el mundo había terminado de enloquecer. ¿Cómo se le había ocurrido semejante disparate? Pero entonces traté de hacer memoria, intenté recordar la última vez que me había bajado la regla y también la última vez que Adam y yo lo habíamos hecho. Los recuerdos estaban muy confusos en mi mente, los días se confundían unos con otros, las semanas estaban desordenadas, las noches se entremezclaban con los sueños… Había estado tan perdida que incluso la noción del tiempo había desaparecido. No podía ser posible, pero, a la vez, podía serlo.

En aquel momento hice lo que tendría que haber hecho con el resto de aspectos de mi vida. Echarle valor y enfrentarme a ellos, de cara, sin pensarlo demasiado ni regodearme en mierdas innecesarias. Fui temblando hasta el baño y seguí las instrucciones lo mejor que pude. El Señor Brown me miraba mientras yo daba vueltas en círculo por el diminuto cuarto de baño, mientras todas las posibilidades se agolpaban en mi cabeza, mientras los nervios me consumían. Pasado el tiempo indicado miré el palito y mi mundo se hizo añicos. Me dio tiempo a sentarme en el suelo antes de perder el conocimiento.

43

Sea lo que sea

Adam me encontró tendida en el suelo del baño. Se llevó tal susto que ni siquiera se fijó en lo que yo escondía en la mano o en la caja que estaba en el lavabo. Cargó conmigo hasta la cama y me arropó. A mí me vinieron recuerdos de nuestros inicios, pero un recuerdo mucho más presente era el que ocupaba todo mi ser. Tan solo quería quedarme a solas para volver a mirar el palito, porque cada vez estaba más segura de que lo que había visto había sido un error, una confusión, un mal sueño.

—Se acabó, voy a llamar a un médico.

—¿Qué? ¡No!

—Pues a tu madre. Tú dices que estás bien, pero es evidente que no lo estás —refunfuñó visiblemente preocupado.

—Sí que lo estoy, solo tengo que descansar… Por favor, déjalo estar. Lo último que necesito ahora es a un médico.

Adam me miró cuestionando mis palabras, casi pude verlo debatirse entre sus ganas de buscar ayuda y las mías de no hacerlo, pero finalmente soltó el aire que estaba reteniendo y dio un paso atrás.

—Está bien, pero es la última. A la próxima pediré ayuda me digas lo que me digas, ¿entendido?

Asentí y le di las gracias para después cobijarme bajo la colcha. Cerré los ojos y esperé paciente a que saliera de la habitación. En cuanto lo hizo saqué el dichoso palito de debajo de la almohada y lo volví a mirar. La raya de color rosa seguí allí, más fuerte, incluso. Fui hasta el baño y volví a leer las instrucciones. «Embarazada». La palabra resonó en mis oídos, en mi pecho, en mi cabeza. No podía ser

verdad, debía de tratarse de un error, ¿cómo iba a estar embarazada? Las náuseas volvieron a mí y eché lo poco que tenía en el estómago. Aquel vómito fue la prueba definitiva de algo que yo me negaba a creer. Escondí la caja, las instrucciones, limpié el baño y me metí de nuevo en la cama. El cuerpo me pedía caminar, correr, moverme a toda velocidad, pero no quería que Adam se preocupase de más, así que me tumbé bocarriba con las manos sobre el vientre. «Embarazada». Aquello no podía estar ocurriendo.

Recordé una de las historias que me contaba la abuela de cómo mi madre se había quedado embarazada de mí siendo demasiado joven. Escuché su voz en mi cabeza diciendo lo duro que fue para todos, lo mucho que mi madre tuvo que sacrificar, lo muchísimo que cambió su vida. Tras la confesión de mi madre, por fin tenía las piezas necesarias para comprender aquella situación, lo realmente difícil que tuvo que ser para todos. Recordé con amargura que mi madre quiso deshacerse de mí y supe de inmediato que esa no era una opción que yo iba a barajar. Si realmente había un bebé creciendo en mi interior, me encargaría por encima de todo de que ese bebé siguiera adelante, así me costara lo que me costara. Un poderoso sentimiento de protección brotó de mí con tanta intensidad que disipó cualquier duda o miedo. Todas las discusiones con mi madre, con Lissy, con Adam, incluso conmigo misma, dejaron de tener importancia. Mi estúpida y cobarde actitud de esos días quedó en el olvido, sepultada de pronto por un sentimiento de valentía que no había experimentado jamás. Sí, el miedo seguía estando, las cosas seguían igual de mal, pero había algo más grande que sobrevolaba todo eso, algo que se convirtió de repente en mi mayor prioridad. Ese algo era mi futuro hijo. Nuestro hijo. Adam tenía que saberlo, pero no tenía ni idea de cómo dar una noticia así. ¿Y si le parecía una idea horrible? ¿Y si ya no quería seguir conmigo? ¿Y si me pedía que no lo tuviera? ¿Estaba preparada para hacerlo sola? ¿Sería capaz de seguir adelante si él no estaba a mi lado? No lo podía creer, la historia de mi madre se estaba repitiendo en mí. La abuela decía mucho una frase que no llegué a comprender del todo hasta ese momento: aquel que no conoce su historia está condenado a repetirla[1]. Parecía ser que sí, que la historia siempre

está condenada a repetirse.

Mi cambio de actitud fue notable para todos. Ya no estaba tan gruñona, aceptaba con gusto la comida que me daban, bebía mucha agua y comenzaba a socializar de nuevo. Lissy supo lo que ocurría sin necesidad de preguntar y me prometió que guardaría el secreto, pero cada día me insistía para que se lo dijera a Adam de una vez por todas. Yo estaba deseando hacerlo, pues aquel bebé era tan mío como suyo, pero me daba pavor su reacción, así que, tratando de encontrar el momento adecuado, la cosa se fue alargando.

Por lo visto, todos tenían razón, una buena alimentación e hidratación, aparte de tiempo, era todo lo que necesitaba para recuperarme, pero yo seguía vomitando y eso no era fácil de ocultar. Traté de hacerlo, pero no pasaron demasiados días cuando Adam se sentó frente a mí con semblante serio y me comentó de nuevo lo de ir a ver a un médico.

—No necesito ningún médico. Bueno, quizá sí, pero no por el motivo que estás pensando.

—¿Y eso qué significa?

Supe que era el momento y decidí soltar la noticia sin más. Había dormido cada noche con ese palito debajo de la almohada y, sin pensarlo, lo saqué y se lo entregué. La expresión de su cara me hizo reír, pues estaba claro que no entendía lo que era aquello ni qué quería decirle yo. Fueron también los nervios los que me hicieron soltar una carcajada tras otra, pero me vi obligada a parar para decirle a Adam lo que él no estaba captando por sí solo.

—Es un test de embarazo. Y es positivo.

Se llevó las manos a la boca y comenzó a mirarme a mí y al palito de forma intermitente y repetitiva, como si siguiera sin comprender nada.

—Por lo visto mis problemas de estómago tienen una causa muy distinta a lo que pensábamos.

—Rainbow…

Adam se puso de pie. Su reacción estaba a punto de aparecer y sabía que sería determinante para mí. Estaba muerta de miedo.

—Esto… Esto quiere decir que…

—Que estoy embarazada. Y antes de que digas nada, déjame decirte yo a ti que voy a tenerlo y que no hay nada que puedas hacer o decir para hacerme cambiar de opinión.

Me miró tan sorprendido como debía de estarlo yo.

—¿Y por qué iba a querer hacerte cambiar de opinión? Joder, necesito sentarme. ¡Rainbow! —Me agarró los hombros y me zarandeó suavemente.

—¿Sí?

—¿Es real? ¿Vamos a ser padres?

—Eso parece…

—Pero ¿cómo ha ocurrido? ¿De cuánto estás?

—No lo sé, Adam, estoy tan atónita como tú. Todo esto es una locura y…

Adam me abrazó tan fuerte que caímos sobre el colchón. Había perdido la cuenta de los días que llevábamos sin besarnos, sin abrazarnos, casi sin tocarnos y, por supuesto, no habíamos vuelto a dormir juntos. Aquel abrazo me insufló vida, pero la cosa no quedó ahí.

—Te quiero —comenzó a decir sobre mis labios—. Joder, te quiero más que a mi vida.

Nos fundimos en un beso largo e intenso, fruto de la añoranza que ambos sentíamos. Fue como un primer beso, pero con alguien que ya conoces. Como una especie de pacto o un puñado de promesas silenciosas que gritaron más fuerte que nunca a través de nuestros labios. Nos reconciliamos a lo grande aquella mañana, nos desgastamos de tanto tocarnos, de tanto besarnos, de tanto mirarnos. Volvimos a ser los que éramos, pero siendo mucho más. Siendo uno más. Creí morir de puro amor cuando Adam comenzó a repartir tiernos besos por todo mi vientre y cuando se acurrucó junto a mí. Sus dedos trazaban círculos alrededor de mi ombligo y supe que no hacía falta decir nada más. Íbamos a hacerlo, con todas las consecuencias, y lo haríamos juntos. Aquel bebé había llegado para hacerme tomar de nuevo las riendas de mi vida, para poner en perspectiva todas las gilipolleces que todavía nublaban mis sentidos. Llegó para que lograra perdonarme a mí misma, para que volviera a unos brazos que nunca

debí abandonar. Aquel bebé llegó en el peor y mejor momento posible, pues desbarató mi mundo y lo volvió a ordenar en cuestión de segundos dejándolo mucho mejor de lo que estaba. Aquel bebé era todo esperanza y su nombre vino a mi mente con absoluta certeza.

—Quiero que se llame Hope —le dije mientras él seguía sin querer separarse de mí.

Me miró sorprendido y sonrió.

—¿Sea niño o niña?

—Sí, sea lo que sea.

—Algo me dice que es una niña —afirmó.

Aquella frase hizo que se me saltaran las lágrimas.

—¿Te gusta?

—Es perfecto, pequeña Rain.

—Oh, Adam, ¡mira la luna! —exclamó y me arrastró a la ventana junto a ella—. ¿No te parece que está más grande que nunca?

44

ADAM

Estaba viviendo los días más raros de toda mi vida. Perder a Rainbow fue lo peor que me había pasado, pero recuperarla tampoco fue un camino de rosas. Fue muy duro tenerla en mi casa, en mi cama, y sentirla tan distante, tan ausente, tan perdida. Estaba irreconocible, tanto de aspecto como de actitud. Sus días con Los Antípodas le habían pasado factura, el desgaste físico y emocional era evidente y no me gustaba nada aquella nueva versión de la chica que me había encandilado meses atrás.

Lo primero que hice al recuperarla y al asegurarme de que estaba en buenas manos, dormida como un tronco, fue volver a la noche siguiente hasta el distrito once para dejar la moto donde la había encontrado. No quería problemas y sabía que el tal Chase vendría a buscarla tarde o temprano. Calculé la hora para llegar justo pasados unos minutos de las doce de la noche y la dejé en el mismo lugar. No le vi a él, pero había gente durmiendo por la zona, así que supuse que sería el mismo grupo. Me tocó volver caminando durante horas, volviendo a arriesgarme a ser descubierto, pero no pude esperar a que se hiciera de día. Tenía una necesidad imperiosa de volver junto a ella y eso fue lo que hice.

Entre la madre de Rainbow, Lissy y yo, nos fuimos turnando para estar con ella. Durante los primeros días lo único que hacía era dormir, prácticamente, así que más o menos fue fácil. Lo peor vino después, cuando despertó y la abstinencia la poseyó. Gritos, peleas, llantos, chantajes y mucho más. No soportaba verla así, se me hacía tan duro que intentaba estar fuera de casa el máximo tiempo posible.

Cuando ya parecía más calmada llegaron las conversaciones. Esa parte fue incluso peor, quién me lo iba a decir. Tener delante a una persona a la que amas por encima de todo y verla tan perdida y destrozada, te destroza a ti también. Fue horrible pasar por todo ese proceso, pero no tenía opción. Lo único que podía esperar era que el tiempo se convirtiera por una vez en aliado y las cosas se fuesen arreglando por sí solas. Lissy me lo repetía a diario, pero a mí me costaba creer que alguna vez volvería a recuperar a la Rainbow de siempre. Por eso no volví a dormir con ella ni volví a plantearme retomar nuestra relación. Había mucho que arreglar primero y asumí que, quizá, lo que se había roto por el camino, se quedaría roto para siempre.

No, no había tirado la toalla ni había dejado de quererla, pero tenía que ser realista, por mi propio bien, y ser consciente de que la cosa pintaba muy mal. Ella no parecía querer asumir su culpa ni querer cambiar nada y yo no podía obligarla. A pesar de que la teníamos encerrada, ella seguía siendo libre y yo lo único que podía hacer era esperar que regresara a mí por sus propios pies. No fueron los suyos, precisamente, los encargados de traerla de vuelta, pero lo importante es que volvió y lo hizo más fuerte que nunca.

Me costó asimilar la noticia del bebé. Nunca me había visto a mí mismo teniendo hijos, ¿qué sentido tenía traer a ese mundo de locos una nueva vida? Nunca lo vi como una posibilidad, así que cuando ella me lo dijo no lo pude creer. Sin embargo, la negación e incredulidad me duraron un suspiro, justo hasta que ella soltó, con toda la determinación posible, que aquel bebé iba a salir adelante sí o sí. Comprendí que no podía contemplar otra opción posible y me alegré infinitamente de que ella también lo viera así. De repente, me dio igual todo lo demás y me olvidé de que nuestra relación estaba haciendo aguas. La abracé y la besé celebrando la noticia y volvimos a enredarnos entre las sábanas. Rainbow sonreía, estaba contenta y yo estaba pletórico. Por ella, por nosotros, por la familia que íbamos a crear. Joder, era irracional, lo más loco que había hecho en la vida, una auténtica ida de olla, pero también era maravilloso y estaba absolutamente feliz.

Rainbow cambió de actitud de forma drástica. Comenzó a cuidarse,

a volver a ser la que era, pero pasadas unas semanas volvió a cambiar y se convirtió en alguien malhumorado y cansado durante todo el día. Después tuve que lidiar con una persona feliz y eufórica hasta límites agotadores y, entre medias, unos cambios de humor que ni ella misma entendía. La facilidad para pasar de la risa al llanto y viceversa me tenía perplejo, pero aprendí rápido a callar lo que pensaba y a acompañar desde un servicial silencio. Tampoco ayudó que pasáramos tanto tiempo juntos, pues, tras la noticia, estuvimos de acuerdo en comenzar a vivir bajo el mismo techo y en que no buscara trabajo mientras estuviera embarazada. Gracias a La Tribu y a su madre pudimos hacerlo, pero eso también fue motivo de discusiones. La respuesta para todo parecía ser la misma: hormonas. Fue más difícil lidiar con ellas que con la Rainbow adicta y descontrolada. Pero fue increíble ver cómo su cuerpo iba cambiando, cómo su barriga se iba redondeando a la par que sus pechos y caderas. Y fue una auténtica pasada cuando nos confirmaron que Hope era una niña. Me imaginé de una forma nítida y maravillosa a una pequeña versión de Rainbow agarrándome el dedo, correteando por todas partes, tratando de comer todos los dulces posibles.

Entonces fui consciente de lo difícil que iba a ser criar y educar a una persona en aquel mundo. ¿Debíamos de mostrárselo tal cual era? ¿Mejor ocultarle la información no relevante o prescindible como habían hecho con Rainbow? ¿Sería posible encontrar un término medio? Aparecieron de nuevo las discusiones, los miedos, las dudas, la incertidumbre de no saber. Ella sostenía que no quería criar a nuestra hija como la habían criado a ella, envuelta en mentiras, privándola de todo, escondida del mundo, pero a mí me entró un miedo irracional a que Hope dispusiera a su antojo de todo lo que no debía disponer. ¿Y si le pasaba como a su madre? ¿Y si quería vivir otro tipo de vida? ¿Y si la perdía para siempre? No había llegado al mundo y yo ya estaba sufriendo porque ese mismo mundo me la arrebatara. Tenía el corazón encogido en el pecho y eso solo podía significar que ya quería a mi hija más de lo que jamás había pensado que se podía querer a una persona con la que nunca había soñado. ¿Tenía eso algún sentido? Con la recta final del embarazo, Rainbow se puso de nuevo un «pelín»

insoportable y se subió al carro de la angustia y los miedos. Su mayor preocupación era que había malgastado tanto tiempo haciendo gilipolleces que quizá no tendría el necesario para verla crecer.

—¿Y si nuestro tiempo termina y se queda sola? ¿Y si me marcho siendo ella todavía una niña? ¿Y si tiene que crecer en este mundo de mierda sin tenernos a ninguno de los dos a su lado?

No podía contestar a ninguna de esas preguntas y, siendo sinceros, era algo que a mí también me preocupaba mucho. No era posible calcular el tiempo que habíamos invertido y gastado, puesto que nadie conocía su esperanza de vida, pero yo sabía que los que vivíamos como nosotros habíamos vivido no llegábamos a viejos. Nadie en La Tribu había pasado de los sesenta años, por no decir que lo más probable era terminar en torno a los cincuenta. Rainbow partía con ventaja respecto a eso, pero había pisado el turbo con Los Antípodas, así que, seguramente, estaría a la par. De pronto, me invadió la sospecha de que su tiempo podría ser menor que el mío y todo mi mundo se desmoronó. Miedo, miedo y más miedo. Y el recuerdo de aquella conversación que me parecía tan lejana acerca de quién moriría antes. Era imposible saberlo, pero con un bebé en camino la cosa se complicaba tantísimo que solo tenía ganas de llorar.

Por suerte, no tuve tiempo de hacerlo. Rainbow me necesitaba fuerte, sereno, optimista. Y Hope me necesitaba, a secas. Nuestra pequeña llegó al mundo antes de tiempo, con los ojos abiertos, apenas sin llorar. Parecía que estaba ansiosa por ver qué había al otro lado de la barriga que le había hecho de casa durante siete meses y medio. Criar a Hope fue jodidamente difícil, pero también fue sumamente gratificante. Supe enseguida que me debía a ella, en cuerpo y alma. Y también supe que era lo mejor que nos podía haber pasado. Rainbow y yo volvimos a ser los que éramos, pero en una versión diferente. Éramos padres. Unos padres orgullosos, felices, cansados, que entraban en pánico por cualquier pequeña cosa y que se comían a besos presos de todo el amor que había en casa. Presos del inmenso amor que Hope había traído consigo. Nuestra pequeña llegó en el momento idóneo metiéndonos en vereda cuando todavía ni había nacido. Fue un hito.

45

¿Miedo? Jamás había estado tan aterrorizada

Todos me acogieron de nuevo como si nada hubiera pasado y me convertí, por fin, en miembro oficial de La Tribu. Me sentí una traidora, muy culpable por lo que había hecho, pero con la noticia del embarazo supe que no me quedaba otra opción que seguir adelante, por mi bebé, por la vida que nos esperaba juntos a los tres. No quería volver al bucle de la culpabilidad, los reproches y las lamentaciones. Había tenido ya demasiado de todo eso. Mi madre, aunque al principio entró en pánico con la noticia, se convirtió en una abuela orgullosa en cuanto se hizo a la idea y vio cómo crecía mi barriga.

—Me recuerdas mucho a mí —confesó con la mirada llena de culpa y recuerdos.

—Yo también seré madre joven, pero la situación es diferente, mamá —le dije para tratar de tranquilizarla.

—Lo sé, lo sé. Es solo que… da igual. Ya está hecho, ¿no? Y voy a ser abuela, ¡quién me lo iba a decir! Estoy deseando verle la carita.

Me acarició la barriga con los ojos llenos de lágrimas y supe que todo lo que había ocurrido entre nosotras estaba más que perdonado por ambas partes.

Lissy se convirtió en la mejor amiga y compañera de embarazo posible, a pesar de que ella no tenía intenciones de tener un hijo en un futuro próximo. Me dijo que siempre le habían encantado los bebés y que había ayudado a todas las de La Tribu en el embarazo y durante los primeros meses e incluso años. Saber aquello me tranquilizó, porque a esas alturas yo era un saco de nervios, dudas y miedos y toda ayuda me parecía poca para lo que estaba por venir. Para mi sorpresa, el embarazo fue la parte más sencilla, a pesar de la revolución de hormonas y malestares físicos, síntomas que combatía repartiendo

brochazos llenos de color, creyéndome artista y disfrutando con el experimento. Esa etapa fue relativamente fácil y bonita. Lo realmente difícil fue cuando Hope decidió nacer de repente, antes de tiempo, y me encontré con que aquella nueva y diminuta vida dependía de mí para sobrevivir. ¿Miedo? Jamás había estado tan aterrorizada. Es curioso cómo un bebé pone todo en perspectiva solo con existir.

—*"Lo conseguiste, hija, lo conseguiste. Has vuelto a tu hogar y has sido hogar para una nueva vida. Ya me puedo marchar tranquila, ahora sé que estaréis bien"*

Vi y escuché a la abuela por última vez mientras sujetaba a Hope entre mis brazos, todavía envuelta en sangre. Conforme ella llegó al mundo, la abuela desapareció. Echaría de menos a su fantasma.

Adam y yo nos convertimos en unos padrazos. Nos desvivimos por y para nuestra hija y fue muy bonito contar con el apoyo de mi madre y de toda La Tribu. Gracias a eso pudimos permitirnos unos meses más sin que yo tuviera que trabajar, pero llegó un punto en que la necesidad ya era imperiosa. Mi madre me consiguió de nuevo un puesto de limpiadora en el hospital y pude contribuir con mi sueldo para todos los gastos extra que genera un bebé que, para quien no lo sepa, son muchísimos. Por suerte, los productos básicos para bebés estaban considerados como primera necesidad, así que no tuvimos que gastar unidades de más, cosa que me tranquilizaba.

Había pasado de ser una kamikaze a no querer gastar unidades bajo ningún concepto. Ya había malgastado demasiadas y me angustiaba muchísimo no saber cuánto tiempo había tirado a la basura solo por el placer puro y duro. Que mi tiempo terminara de una forma precipitada dejando a Hope sin su madre se convirtió en mi peor pesadilla y ahí comprendí realmente el precio que se paga por ser una inconsciente descerebrada que se piensa que el mundo está a sus pies. El mundo jamás había funcionado así y mucho menos aquel en el que nos había tocado vivir. Todo tenía un precio y el tiempo era la forma de pagar.

Cuando tienes un hijo el tiempo se convierte en tu mayor prioridad. Tiempo para disfrutar de esa fase de bebé, tiempo para verle crecer, para educarle, para acompañarle en su camino, incluso para tratar de

descansar y dormir más de tres horas seguidas. Tiempo, tiempo y más tiempo. Yo ya no tenía tanto como me hubiera gustado y sabía que Adam tampoco, pero seguíamos junto a ella, que era lo importante. ¿Quién podía asegurarnos que no moriríamos de repente en un trágico accidente o que una de esas horribles enfermedades que asolaban el planeta como una pandemia nos llevara por delante?

Tratamos de centrarnos en el presente, aunque el presente era algo que se nos escapaba entre los dedos. Cada hora, cada día, Hope crecía y, junto a ella, nosotros moríamos. Esa era la realidad y no nos quedó más remedio que asumirla y caminar de su mano. Eso fue lo que hicimos y, durante los primeros años, fue relativamente fácil. Con la llegada de la adolescencia fue cuando comenzó lo más complicado. Yo no quería criarla con una venda en los ojos, como habían hecho conmigo, porque estaba claro que no había funcionado, pero tampoco quería mostrarle demasiado de ese mundo que casi me volvió loca a mí. Adam tenía el mismo sentimiento, así que lo hicimos como buenamente pudimos, siempre con la verdad por delante, y suplicamos al universo para que todo saliera bien. No fue fácil, pero no nos quedó más remedio que confiar.

Hope pasó de ser una niña rubia y angelical a ser una adolescente, con todo lo que eso conllevaba. Rebeldía, malas contestaciones, discusiones, peleas, gritos, llantos, huídas de casa con portazo incluido y muchas noches sin dormir por nuestra parte. Pero también se había convertido en una gran persona. Era buena, noble, simpática y servicial. Siempre estaba dispuesta a ayudar, colaboraba en casa, se encargaba del Señor Brown, que ya estaba muy mayor, y le encantaba compartir tiempo con nosotros, ya fuera en una sesión de cine en casa, leyendo algún libro o poniendo música y bailando mientras nos dábamos algún capricho. El último capricho que le dimos al Señor Brown fue una de sus latas favoritas, las que yo seguía comprando a escondidas unas tres o cuatro veces al año. Regañaba a Adam por seguir comprando bombones, pero yo tampoco podía dejar de mimar a nuestro perro. Era uno más de la familia y su marcha la sentimos como si de una persona se tratara.

En esa etapa, en la que ya vimos a Hope lo suficientemente madura

como para comprender todo, le explicamos lo que era realmente La Tribu, la filosofía de vida que todos compartíamos, las normas, el tiempo con el que pagábamos y la posibilidad de anular la inducción del sueño. Ella no dudó en decir que quería librarse de ese castigo y a nosotros nos pareció bien. Eso sí, tuvo que prometernos varias veces que no saldría de casa pasada la medianoche ni se metería en ningún lío. De nuevo, nos tocaba confiar en ella y, por suerte, no tuvimos que lamentar nada demasiado grave.

En cuanto cumplió los dieciocho años, nos pidió permiso para empezar a trabajar. La idea me pareció horrible y me acordé de inmediato de lo mal que le pareció a mi madre cuando yo le pedí lo mismo. Yo era joven, pero Hope lo era todavía más. Sin embargo, no me pude negar. Era su deseo y sabía que acabaría haciéndolo de un modo o de otro, así que accedimos.

—Me recuerda tanto a ti —repetía Adam más a menudo de lo que me hubiera gustado.

Y es que era como mirarse en un espejo en el que todo queda reflejado, tanto lo bueno como lo malo. ¿Y si le llegaba una etapa de locura como la mía? ¿Y si conocía a algún Chase que la llevara por la mala vida? Adam y yo compartíamos ese tipo de pensamientos a menudo y era gratificante saber que siempre nos tendríamos el uno al otro, que estábamos unidos de una forma casi mística, que éramos un equipo por encima de cualquier otra cosa.

Tuve la gran suerte de vivir una historia de amor de película, como en El diario de Noah. La vi por primera vez estando embarazada y todavía recuerdo la llorera que me pegué. Adam fue mucho más de lo que yo jamás habría soñado. Fue mi compañero, mi gran amor. Compartimos momentos duros, pero, sin duda, los buenos resaltaban y brillaban sobre todos lo demás. Compartimos muchas noches en vela, algunas por elección propia, porque no podíamos despegarnos el uno del otro. Otras, porque las preocupaciones o los cambios de pañales se convirtieron en la prioridad. Tuvimos muchísimas risas, también lágrimas, momentos de felicidad absoluta en pareja e instantes en familia en los que creímos morir de pura dicha. Jamás fuimos más felices que durante esos años en los que dejamos atrás el pasado y

comenzamos una nueva vida junto a la noticia de mi embarazo, la posterior crianza y educación de nuestra hija, la construcción de una familia, un hogar, una vida en común siendo tres. Haciendo referencia a una frase que la abuela repetía hasta la saciedad cuando me hablaba de su vida pasada, supe que aquellos fueron nuestros años dorados.

46
Éramos unos críos estúpidos

Mi madre murió al poco de conseguirle a Hope un trabajo en el hospital. Parecía que hubiese estado esperando para dejar a su nieta en buenas manos, con un trabajo y una casa, tal y como hizo conmigo en su momento. Un fallo cardíaco, nos dijeron. Le había ocurrido en el hospital, durante su turno de trabajo, pero ni estando en el lugar indicado se pudo hacer nada por ella. Fue fulminante. Me enteré de la terrible noticia cuando estaba a punto de comenzar mi turno. Escuché mi nombre por los pasillos del hospital y vi que un médico venía directo hacia mí. Me asusté, pues aquello no podía ser nada bueno, pero jamás habría imaginado las palabras que salieron de su boca. Recuerdo que fue como quedarme ciega y sorda de repente. Solo alcancé a escurrirme pared abajo hasta llegar al suelo y, después, todo se volvió negro.

La reacción de Hope fue horrible. Odié tener que ser portadora de esas noticias. Mi madre y ella estaban tan unidas como lo estábamos la abuela y yo y fue como volver a revivirlo todo. Nos tuvimos que ocupar de la casa, pues ya estábamos avisadas de que cuando mi madre muriera, nuestra apartada cabaña en el bosque iba a pasar a mejor vida. Solo nos habían permitido mantenerla gracias al comportamiento ejemplar de mi madre, pero todos sabíamos que no duraría para siempre. Tanto comportamiento ejemplar, tantas normas y restricciones, ¿de qué le sirvieron? Ver demoler la casa en la que me crié no fue fácil. Sentí que una parte de mí quedaría enterrada para siempre en aquel bosque y puede que así fuera.

En los días posteriores me descubrí recitándole a Hope los cuentos que la abuela me contaba casi a diario. Sentía una necesidad

imperiosa de rememorar mi infancia, mis raíces, el gen familiar. Tuve que explicarle algunas cosas relacionadas con aquellos cuentos un tanto surrealistas, fantásticos, atrevidos y políticamente incorrectos. Pero esos momentos en los que solo éramos nosotras dos con nuestra pena nos sirvieron para unirnos todavía más. Hope adoraba a su padre y él a ella, pero el vínculo entre nosotras era algo especial, inexplicable. Ella se agarró a mí siendo todavía una célula, o el conjunto de varias, y yo me agarré a ella con uñas y dientes. Fue la que me ayudó a salir del pozo en el que andaba metida y esa conexión no solo se mantuvo, sino que se fue haciendo más y más fuerte. Quizá, de manera inconsciente, ya intuía lo que iba a pasar.

—Rainbow, tengo que decirte algo.

Adam apareció de pronto en la cocina con una mirada que hizo saltar todas mis alarmas.

—¿Qué ocurre?

—Prométeme que no te vas a enfadar.

—Es tarde, ya estoy enfadada —le gruñí presa del pánico.

Él rio, pues esa respuesta era recurrente en mí y su reacción siempre conseguía que yo también acabase riendo.

—El dispositivo… Lo que Thomas hacía para anular el sueño inducido…

—¿Sí?

—Su hijo ha conseguido algo impensable. No te lo he dicho antes porque no había nada seguro y…

—¡Oh, por favor! ¡Dilo de una vez!

Tomó aire antes de hablar.

—Puede saber cuánto tiempo nos queda.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé, ni siquiera él sabe muy bien cómo lo ha conseguido, pero puede hacerlo.

Me mordí el labio sopesando si era una buena noticia o no. Sería útil saberlo, pero por otro lado… me aterraba. De pronto comprendí lo que me quería decir. La noticia no era solo esa, la noticia era que él ya sabía cuánto tiempo le quedaba.

—Lo has hecho, ¿verdad? ¿Le has pedido que te lo mire?

Ni siquiera hizo falta que contestara, su cara de culpable lo decía todo.

—¿Cómo has podido? ¡Esa decisión tendríamos que haberla tomado en familia! ¿Y si no quiero saberlo?

—No te lo diré si es lo que quieres.

—Oh, claro, ¿crees que ahora que sé que lo sabes puedo hacer como si nada? ¿Cuánto?

—Rain…

—Adam Ambrose, ¿cuánto? —le exigí poniéndome en jarras frente a él.

—Dos años —sentenció.

Quise emitir un sonoro y agudo «¿qué?», pero la voz se me había quedado atascada en la garganta. Sentí la misma sensación que con la noticia de la muerte de mi madre, solo que aquello era mucho peor. Dos años no era nada, Adam ni siquiera había cumplido los cuarenta y cuatro y Hope… Oh, joder, aquello no era justo para ella.

—¿Dos años? —logré decir entre sollozos—. Pero si eso apenas es tiempo. Si dentro de nada habrán pasado y tú… Y yo… Nosotras, Adam, ¿qué vamos a hacer sin ti?

Él me abrazó y yo comencé a llorar su muerte en aquel mismo instante. Maldije y lamenté aquel estilo de vida que arrancaba unidades sin contemplación. ¿Y las mías? ¿Cuánto tiempo me quedaba a mí?

—Tengo que ir a ver al hijo de Thomas.

—Ni hablar.

—Pero necesito saberlo. Necesito saber quién se irá antes. ¿Recuerdas aquella promesa que nos hicimos?

—Éramos unos críos estúpidos —dijo con una sonrisa triste en su rostro.

—No, no lo éramos. Éramos unos críos enamorados y ahora esa promesa no me parece tan descabellada. Quiero saber si vamos a tener que seguir sin ti o si Hope perderá a sus dos padres en un intervalo de tiempo demasiado corto.

Adam se puso serio de repente, me agarró por los hombros y me miró fijamente.

—Rainbow, ya he hablado con el hijo de Thomas y eso no va a ocurrir. No sé si podrías manejar esa información y de verdad pienso que es mejor que no lo sepas. Le diremos a Hope lo que ocurre y viviremos estos dos años como si fueran los últimos. Porque realmente lo serán…

Un amago de sonrisa cruzó su rostro.

—¿Acabas de hacer una especie de broma macabra con la fecha de tu muerte?

Mi grito sonó en todo el vecindario. Y Adam se rio, primero tratando de esconder la cara entre sus manos, y después a carcajada limpia, lágrimas incluidas. Conforme él más se reía yo más me enfadaba. Y conforme más me enfadaba, más era consciente del poco tiempo que nos quedaba y de que no quería desperdiciar un solo segundo junto a él. Estuvimos en tensión varios días hasta que al final asumí que él tenía razón, que no me veía capaz de lidiar con esa información respecto a mi propio tiempo. Mi pasado no hablaba demasiado bien de mi capacidad para manejar situaciones límites, así que compartí mi decisión con él y se alegró como el que más. Poco después, cuando la noticia ya estaba digerida entre nosotros, se la comunicamos a Hope. Esperábamos que montara el drama del siglo, volver a las lágrimas y lamentos, pero ella demostró, una vez más, estar hecha de otra pasta.

—Gracias por decírmelo, gracias por la verdad que siempre habéis compartido conmigo. Tenemos dos años por delante y los vamos a exprimir al máximo. No se trata de vivir más, sino de vivir mejor, ¿verdad, papá?

Digna sucesora de su padre, pero con el añadido de la fuerza y valentía de las nuevas generaciones, de la juventud, de la esperanza y las ganas de comerse el mundo, así el mundo fuese un lugar terrible. Sin duda, ella fue lo mejor que habíamos hecho. Y esos dos años los vivimos tan intensamente que nos parecieron muchos más. No había un solo día que no nos dijéramos cuánto nos queríamos, ni una sola noche nos metimos a la cama sin agradecer a la vida por habernos dado tanto. No hubo abrazos ni besos pendientes de dar. No se quedaron palabras sin decir ni conversaciones a medias ni momentos

postergados por falta de tiempo o ganas. Hubo tiempo para todo, incluso cuando el tiempo era lo que corría en nuestra contra segundo a segundo.

En esos momentos comprendimos que el tiempo era nuestra condena, pero que también era un regalo. Los dos años que pasamos juntos desde que Adam nos dio la horrible noticia fueron un auténtico regalo que no todo el mundo tenía el privilegio de disfrutar. Su muerte nos hizo reconciliarnos con el mundo, aceptar que estamos aquí de paso, que nada es eterno, que somos lo que vivimos, las experiencias a las que nos enfrentamos; también las que rechazamos o evitamos. Somos los recuerdos, los instantes, los sueños, la esperanza. Somos los besos, las caricias, las sonrisas, las miradas. El tiempo que decidimos compartir junto a otros, eso es lo que nos llevamos al final de todo. Momentos, sensaciones, tiempo compartido. Vida. Qué palabra tan grande y qué corta había sido la suya. Corta pero llena y eso era lo verdaderamente importante.

Adam se marchó dejando una amapola recién cortada en el antiguo jarrón azul de la abuela y un alijo secreto de bombones bajo la almohada. Hope y yo reímos entre lágrimas mientras compartíamos uno, el primero de todos, tal y como él había hecho siempre conmigo; más adelante, también con ella. Fue su forma de despedirse, su canto de libertad. Guardamos los bombones sin envolver en el tarro de cristal de la cocina y nos pareció divertido no saber cuál nos iba a tocar cuando decidiéramos compartir el siguiente. Con los envoltorios decoramos la pared del salón. Estaban los rojos de almendra, los dorados de caramelo, los verdes de avellana, los rosas de fresa y los azules de café. Estaban nuestros primeros momentos, nuestras primeras conversaciones, mi toma de contacto con el mundo real. En esa pared estaba toda nuestra vida resumida en un puñado de papelitos de colores. Nunca tan poco había albergado tanto. Jamás el tiempo me pareció algo tan preciado. ¿Condena o regalo? ¿Sobrevivir o vivir? ¿Resignarse o sentir?

Hope y yo nos abrazamos frente a aquella pared y le dije algo que consideré que sería mi mayor enseñanza para ella.

—No podemos detener el tiempo, pero podemos aprender a vivir

dentro de él, junto a él, considerándolo un aliado y no como un enemigo. No luches contra algo tan inexorable, pequeña Hope. Sé más inteligente que eso y aprovecha cada segundo como si fuera el último. Alguno de esos «tic tac» realmente lo será.

FIN

Epílogo

Mi madre me dejó nueve años, dos meses y dieciocho días después que mi padre. Durante ese tiempo aprendimos a vivir sin él y, también, aprendimos a vivir de nuevo. Papá nos había enseñado una gran lección con su muerte, pero lo cierto era que toda su vida, y por lo tanto la mía, había estado llena de lecciones de lo más valiosas. Comprendí enseguida que no debió de ser fácil criar a una niña inesperada en un mundo como el nuestro, y también supe que no podría haber tenido a unos padres mejores. Ellos se adoraban. Crecí rodeada de tanto amor que lo que había fuera de casa no conseguía ensombrecer ni un poco lo que pasaba dentro.

Sé que no se lo puse fácil, supongo que como cualquier hijo adolescente, pero ellos siempre estuvieron a la altura de las circunstancias. En todo momento fueron sinceros conmigo, me dieron un voto de confianza, me incluyeron en la toma de decisiones, compartieron conmigo sus problemas, penas y alegrías. Mi madre compartió conmigo sus momentos más oscuros, aquellos que vivió antes de saber que estaba embarazada de mí. Me dijo que la técnica de mi abuela de ocultar información no había surtido efecto con ella y que no quería que la historia se volviera a repetir conmigo, por eso siempre me habló con la verdad por delante; ambos lo hicieron. Tras saber a lo que se habían enfrentado, los dos subieron un peldaño más en el pedestal que siempre habían estado para mí. Mi madre quería a mi padre, pero él sentía auténtica devoción por ella y esa historia no hizo más que confirmármelo. Como si todo aquello fuera poco, además tuve la gran suerte de crecer junto a un perro, que era el sueño de cualquier niño, pero algo inalcanzable para la mayoría. El Señor Brown fue mi mayor secreto, mi tesoro, el hermano que nunca tuve. Fui muy afortunada.

El momento de irnos a dormir era mi favorito. Los dos peleaban por contarme uno de sus cuentos, y fueron muchas las noches que no consiguieron ponerse de acuerdo y acababan los dos metidos en mi cama. Mamá me contaba los cuentos de su abuela, una mujer de lo más especial, y papá me contaba anécdotas y leyendas urbanas de La Tribu. No fue hasta que crecí cuando aprendí a identificar cuáles eran reales y cuáles no y aquello me pareció pura magia.

La Tribu, ellos fueron mi segunda familia, esa que por suerte me quedó cuando ellos se marcharon. Prepararon unos rituales preciosos para decirles adiós, algo a lo que yo ya había asistido con anterioridad, pero que, al tratarse de mis padres, fue muchísimo más especial. Después de aquello me apoyé mucho en Zia, la hija de Lissy, que también nos había dejado, y en Clode, el hijo de Thomas. No tardó en surgir entre nosotros una química explosiva e irresistible que más tarde dio paso al romance. Mis padres eran mi referente en cuanto al amor y tenía miedo de no sentir nunca algo tan auténtico y mágico como lo que ellos tuvieron, pero la fortuna una vez más me sonrió y pude vivir junto a Clode una vida de ensueño. Nunca me hizo falta explorar mundo, salir a recorrer distritos, delinquir por el simple placer de hacerlo. Me sentía tan plena junto a mis padres y luego junto a mi segunda familia, mis amigos y Clode, que aquello era todo cuanto necesitaba. Quizá el haber tenido toda la información del mundo exterior a mi servicio hizo que perdiera parte de su misterio, o tal vez fue que no quise pasar por lo mismo que ya habían pasado mi abuela y mi madre. Con dos historias similares ya era suficiente; yo no volvería a comer su mismo error.

Quisimos ser padres jóvenes y ambos tomamos una decisión. Cuando naciera nuestro hijo, Ambrose Thomas, calcularíamos el tiempo de vida que teníamos por delante. Y eso fue lo que hicimos. Ambrose Thomas llegó al mundo en medio de una tormenta de proporciones épicas que dejó sin luz a varios distritos durante algunas horas. Le encanta que le contemos esa historia.

Cuando me recuperé, en secreto, de la más forma más romántica que pude imaginar, calculamos nuestro fin. Me alivió saber que veríamos crecer de sobra a nuestro hijo, pero no tanto saber que

tendría que pasar por lo mismo que pasó mi madre con la pérdida de papá. Por suerte, todavía quedaba mucho para ese momento y nos prometimos vivir como había que hacerlo, como si fuese nuestro último segundo en el mundo. Clode y yo compartíamos la misma visión de la vida y así se le trasladamos a nuestro pequeño desde que comenzó a dar sus primeros pasos con un año de vida. Se convirtió en un adolescente un tanto rebelde pero maravillosamente inteligente y bonachón. Se parecía tanto a papá que nadie habría dicho que era hijo mío. También se parecía un poco a Clode, pero sin duda era un mini Adam en potencia. Moreno, alto, de ojos oscuros y labios gruesos, todo lo contrario a mí. Era perfecto.

El tiempo siguió corriendo, siempre demasiado deprisa, siempre un paso por delante de cualquiera de nosotros. Podía ver la clara diferencia que existía entre la gente que lo perseguía, los que lo rehuían y los que caminaban junto a él. Nosotros siempre fuimos de los últimos, tal y como mis padres me habían enseñado. «No luches contra algo tan inexorable» me dijo mi madre una vez frente a la pared decorada con los papelitos de los bombones que papá nos había dejado en herencia, y a mí se me quedó grabado a fuego. La misma frase se la repetía a mi hijo casi a diario, junto a todos los cuentos que recordaba de mis padres. Aquellas historias se convirtieron en una especie de tradición familiar y le hice prometer a Ambrose Thomas que se las contaría también a sus hijos, si es que alguna vez los tenía. Historias que perdurarían en el tiempo, seguramente en una versión muy distinta a las originales, pero que guardaban toda su esencia.

Hay batallas que conviene luchar, pero otras, en cambio, nunca deberían existir. La lucha del hombre con el tiempo es algo tan antiguo como demencial. Supongo que una de las principales características del ser humano es que nunca perdemos la esperanza, por eso la lucha se ha convertido en eterna, pero yo supe desde bien pequeña que no había nada por lo que luchar, que el tiempo siempre tendría el poder y que lo único que nosotros podíamos hacer era disfrutarlo. Sin más. Mucha gente tuvo que aprender eso a un gran coste, incluso llegando al borde de la muerte. Otros no llegaron a aprenderlo nunca y murieron en su propia lucha, que siempre estuvo

perdida de antemano.

Las diferencias sociales y económicas, la formación de distintos clanes y las guerrillas cada vez se hicieron más notables. El mundo empeoró con los años, incluso estuvimos a punto de tener que mudarnos a otra zona, pero conforme los más veteranos de Los Antípodas iban muriendo, todo se fue relajando. Sus sucesores eran más calmados, como si la evolución les hubiera dado la inteligencia necesaria para comprender de verdad el mundo. No se podía ir por la vida luchando contra causas perdidas, ni tampoco tenía ningún sentido ser un sumiso como Los Adeptos, resignados a sobrevivir hasta el fin de su existencia. La clave estaba en el equilibrio, en las pequeñas cosas y personas que daban sentido a la vida. Adam y Rainbow, mis padres, fueron los encargados de darme ese regalo en forma de enseñanza y por eso siempre estuvieron junto a mí a pesar de que ya se habían ido. Cada vez que desenvolvía un bombón junto a Clode y a nuestro hijo, era como volver a estar junto a ellos. Casi podía tocar el pelo rubio de mi madre y perderme en los ojos oscuros de mi padre. Podía verlos mirándose de aquella forma tan especial, sonriéndose como dos adolescentes, acariciándose cuando creían que yo no los veía. Mi madre se sentaba sobre la encimera de la cocina y esperaba a que mi padre eligiera un bombón. Después lo partía en tres trozos con un cuchillo y lo comíamos en silencio, entre miradas cómplices y sonrisas de placer. Siempre me dejaban a mí recoger las miguitas con el dedo. Solo era un instante que nos permitíamos disfrutar de vez en cuando, pero aquel ritual era la esencia de todo. Siempre habrá algún bombón escondido para quien sepa buscar. Incluso, si encontrar cosas no se te da demasiado bien, siempre habrá alguien que dejará un bombón escondido para ti.

Recuerdo la primera vez que mis padres me pusieron la película Forrest Gump. Hubo una frase que se convirtió en el lema de la familia y que todavía repito de forma incansable. «La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar». Y es que esa es la verdadera magia, el auténtico sentido de todo. Las almas libres jamás sabrán de grilletes, por mucho que los lleven colgando. La forma de vivir, de sentir, de disfrutar, jamás estará reñida con el

tiempo. Nuestra esencia es algo que nada ni nadie podrá arrebatarnos nunca y eso es más preciado que cualquier reloj, por inmenso que sea.

Y ahora sí, me despido. Tengo que ir a la tienda de alimentación a gastar mis últimas unidades en un surtido de bombones que esconderé bajo la almohada de mi hijo. Sé que le encantará el regalo y que estará bien sin mí. Me comeré uno para terminar, lo elegiré con los ojos cerrados, al azar. Me puede la curiosidad por saber de qué sabor será.

AGRADECIMIENTOS

Tres personas me vienen a la mente al pensar en la palabra «gracias». Mis tres lectoras cero.

La primera, como no podía ser de otra forma, a mi compañera y amiga Selva Palacios @selvapalacios. Nos hemos convertido en una bonita rutina en la que compartimos nuestra pasión por la lectura, por la escritura y, de paso, nos contamos la vida. Como siempre, tus apuntes fueron clave. Millones de gracias por estar siempre ahí y por lo ánimos constantes.

A Cristina de @buceandoentrehistorias. Gracias infinitas por dedicar parte de tu tiempo a leer el manuscrito. Por todos tus comentarios, los cuales me han ayudado mucho. Por las risas que siempre nos echamos, por todo tu apoyo. Tenemos pendiente un vermú (o cuatro) en algún punto intermedio entre Valencia y Murcia. Escrito queda.

A Yesenia de @leyendoafull. Te tenía un poco de miedo, lo confieso. Corre el rumor de que eres implacable (en el buen sentido), que a sincera no te gana nadie, y eso es justo lo que necesitaba, un ojo crítico, ávido, que lee libros a porrillo. Gracias por tu tiempo, por el esfuerzo, por todo lo que has aportado a esta historia. Has sido clave en todo este proceso.

A las tres: gracias por sacarle brillo a la historia de Adam y Rainbow y qué bonito haberos conocido.

Y a ti, lector, pieza valiosa como ninguna otra. Gracias por darle una oportunidad a esta historia, por dármela a mí. Haces que todo el esfuerzo que supone publicar un libro merezca la pena.

Noemí Quesada.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Murcia en agosto de 1986. Amante de las letras, he leído y escrito desde siempre. Al principio lo hacía de forma privada, y la primera vez que decidí publicar algo fue a través de un blog de cocina, una de mis otras pasiones. Eso me hizo dar un paso más y me atreví a autopublicar mi primer libro *Fuegos de Sol*, una recopilación de reflexiones que había estado escribiendo a lo largo de los años en un blog que solo yo conocía. Ese fue el detonante para escribir mi primera novela de ficción. Hasta ahora he publicado trece libros, todos disponibles en Amazon. También he publicado dos de ellos con Kamadeva editorial.

Fuegos de Sol

Vuela conmigo *y* ***Siempre contigo*** (*Bilogía Alas negras*)

Las cosas que algún día te diré

Mon petite Mon *(Kamadeva editorial)*

Hola, soy Aaron Wender

Destino Islandia

La chispa adecuada *(Kamadeva editorial)*

Inevitables

Hemos venido a jugar

Nuestro lugar en el mundo

A piel desnuda

Si quieres mostrarme tu apoyo, puedes hacerlo de muchas formas. Una de ellas es dejando valoraciones y reseñas en cualquiera de las plataformas que hoy en día tenemos a nuestra disposición. Es la mejor herramienta que tenemos para conseguir llegar a más lectores y que nuestras historias permanezcan vivas.

Estas son mis redes sociales

Instagram: **@noemiquesadaescritora**

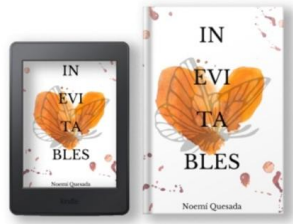
Facebook: **Querido Freddy** (Noemí Quesada)

Blog: **Querido Freddy**

Wattpad: **@NoemiQuesada** (Noemí Quesada)

Si te ha gustado este libro...

Inevitables



¿Crees en el amor a primera vista?
Oliver, a sus dieciocho años, ya sabe lo que es un flechazo. Se enamoró de Cassandra nada más verla salir del coche aquel verano en el pueblo de sus padres, pero ella solo tuvo ojos para su amigo. Ahora, un año después, Oliver se muda a Madrid para probar suerte como dibujante y, lo que no imagina, es que esa historia que intentó dejar atrás, sigue muy presente.
Ella, hija de unos prestigiosos abogados, tiene claro que quiere recorrer su propio camino, llevando una vida tranquila entre documentos y su querida zona de confort. Lo que no sabe es que su vida entera está a punto de sufrir una eclosión con la llegada de un joven.
¿Qué importa la edad cuando la química es tan inevitable?
Según él, nada. Según ella, todo.
Una decisión cobarde, un juego arriesgado, secretos inconfesables… Conexión.
Cassandra, Oliver, Sophie, Nacho, Lara y Javi.
El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Hemos venido a jugar

Todo empezó con unas inocentes clases de yoga.
Sophie necesitaba prepararse para un papel y Yago estaba dispuesto a dárselas por un módico precio.
Spoiler: de inocentes no tenían nada y el precio era desorbitado.
Sophie brilla, sueña, lucha, cree, confía, ríe, disfruta, vive.
Sophie tiene un plan y, cuando ella planea algo, el mundo entero tiembla.
Yago se estremece.
Yago es chico de aguas mansas, de chacras y aguacates. No cree en la magia y cuenta de cinco en cinco.
Y cuando dos planetas tan distintos colisionan… Toca replantearse las leyes de la física.
¿Estáis preparados? ¡Que comience el juego!

Nuestro lugar en el mundo

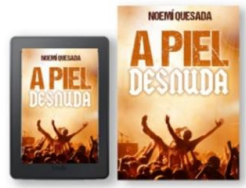
Los veranos en la campiña italiana son algo inolvidable, sobre todo si los compartes con alguien especial. Pero la vida siempre reclama su hueco y el tiempo acaba por enredarlo todo. O no. Quizá el tiempo acaba siendo necesario. Quizá la vida tiene un plan para todos nosotros. Quizá, aquello que apenas empezó a tomar forma, resurge con el viento, como unas ascuas que permanecieron candentes a través de los años. Tres vértices de una misma figura y la ciudad de Edimburgo como principal testigo.

Decir adiós nunca fue fácil.

Sanar las heridas es una ardua tarea.

Aceptar nuestra verdad es lo más valiente que haremos nunca.

A piel desnuda



¿Qué es el éxito para ti?
Veka: poder vivir de tu sueño.
Luka: ¿el éxito? Fama, dinero, chicas, reconocimiento a nivel mundial.
Thor: que se aprecie tu talento y que la gente quiera compartirlo contigo.
Leis Davidde: el éxito es conseguir que algo de lo que haces mejore un poco el mundo.

Esta es una historia que habla sobre cuatro amigos.
Es una historia que habla de música, de sueños, de miedos, de relaciones, de primeros amores pero no de últimos. Una historia que trata sobre el éxito, sobre la fama, sobre todo lo que se entreteje en el camino hacia ella.
Esta es una historia que habla de cuatro amigos que decidieron perseguir su sueño y de todo lo que ocurrió mientras tanto.
Esta es su historia.
Ellos son Helluve.

[1] Esta frase se atribuye en primera instancia a Napoleón Bonaparte, pero también se dice que quien inició esta evaluación del pasado, presente y futuro fue el filósofo español Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana cuando dijo: “Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo” y curiosamente encontramos también esta frase en polaco y en inglés escrita en las afueras de uno de los campos de concentración nazi de Auschwitz-Polonia.